POESÍAS

DRAMÁTICAS,

ESCRITAS

POR D. F. R. de L. y V.

RODRÍGUEZ DE LEDESMA

TOMO I.

MADRID
EN LA IMPRENTA DE SANCHA.
AÑO DE 1805.

POESÍAS

DRAMÁTICAS,

ESCRITAS

POR D. F. R. de L. y V.

RODRÍGUEZ DE LEDESMA

TOMO I.

MADRID
EN LA IMPRENTA DE SANCHA.
AÑO DE 1805.

LUCRECIA PAZZI.

TRAGEDIA ORIGINAL

EN TRES ACTOS.

REPRESENTADA EL PRESENTE AÑO EN
EL COLISEO DE LOS CAÑOS
DEL PERAL.

Bc^B
T2553a
v.33
no.1

LUCRECIA PAZZI.

TRAGEDIA ORIGINAL

EN TRES ACTOS.

ARGUMENTO.

Es bien sabida en la Historia de Florencia la rivalidad de las dos casas de Pazzis y de Medicis, nacida del ascendiente adquirido en aquella República por Cosme de Medicis, que por su magnificencia, popularidad, política y virtudes consiguió el renombre de *padre de la patria.*

Los Pazzis habian trabajado siempre para desposeer á aquella casa poderosa de un gobierno, que veian vincularse en los hijos de Cosme por medio de la Dictadura, y habiendo apurado en vano quantas intrigas, y quantas tramas sugiere la envidia, la ambicion y el odio, se abandonaron á una sangrienta conjuracion contra los nietos de Cosme, llamados Julian y Laurencio, de los quales era Dictador el primero.

Entran en esta conjuracion las familias de Salviatis, Galiatos, Volterras y Bandinos, que se manifestaban agravia-

771104

dos; y en un dia festivo se propusieron asesinar á los dos hermanos en el templo de Santa María de las Flores. Aunque el éxîto fué desgraciado para Julian, que murió á los atroces y violentos golpes del puñal de Jacobo Pazzi, fué sin embargo feliz para Laurencio; pues irritado el pueblo, no solo le defendió del furor de los asesinos, sino que persiguió á estos, los despedazó por las calles y plazas, y proclamó á Laurencio Dictador, asegurándole de este modo un poder, que llegó á convertirse en soberanía perpetua, y Ducado de Florencia.

Este hecho me sugirió un abundante campo para la composicion de la presente Tragedia, en la que he introducido el amor de Laurencio y de Lucrecia Pazzi, hija de Jacobo, y la rivalidad de Guillelmo Salviati, para que al lado de una pasion tan noble y generosa como aquella, resalte con mas vivos colores el odio de los Pazzis y Salviatis contra los Medicis; dando al Drama cierto interes de ternura, que le faltaria sin este recurso en una accion tan sangrienta, y terrible.

RBC/NcU

Aunque el Poeta no está obligado á seguir los hechos de la Historia, debe sinembargo conservar la verdad en quanto al hecho y accion principal. Creo haber cumplido exâctamente con este principio, y he puesto la escena en la casa de Jacobo, y no en el templo, porque no es lícito presentar á la vista y consideracion de los espectadores una profanacion tan sacrílega de los divinos Altares.

ACTORES.

JACOBO PAZZI, *padre de*

LUCRECIA.

SOFIA, *su Aya.*

LAURENCIO DE MEDICIS, } *amante de Lucrecia.*

JULIAN DE MEDICIS, } *hermano de Laurencio, y Dictador de Florencia.*

FRANCISCO NERI, *confidente de los Medicis.*

GUILLELMO SALVIATI, *rival de Laurencio.*

PEDRO GALIATO.
BERNARDO BANDINO. } *nobles Florentinos.*
ANTONIO VOLTERRA.

UN DOMESTICO DE JACOBO.

Acompañamiento, y soldados de la guardia del Dictador.

La accion pasa en la ciudad de Florencia y Palacio de Jacobo Pazzi, y su principio es de noche, y su conclusion á la mañana del siguiente dia.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Salon del Palacio de Jacobo, con sillas.

LUCRECIA, SOFIA.

SOFIA.

Dexad, Señora, el llanto, los temores
cesen, que afligen la hermosura vuestra,
y cobre aliento el abatido pecho.
La fortuna no siempre será adversa,
su rigor trocará, sereis dichosa.
Para llegar al fin que se desea,
nuestra constancia el cielo probar suele
con un afan continuo, hasta que llega
el momento dichoso, en que recibe
el alma nueva vida, y se enagena
en su fortuna inesperada.

LUCRECIA.

El cielo
que riguroso en combatir se empeña
mi pecho apasionado, oxalá hiciese
por acabar mi vida, pues mis penas
son insufribles ya. Tú el amor sabes,
que mi sensible corazon profesa
á Laurencio de Medicis, glorioso
guerrero, á quien el pueblo de Florencia
coronó de laureles repetidos
en las civiles é intestinas guerras,
que la afligieron, y apellida padre,
pues de su libertad es la defensa.
Sabes tambien el fuego eternizado
de la rivalidad, y de la fiera

envidia de mi padre, que no puede
ver de esa ilustre casa la grandeza:
que quando de reunir los dos partidos
se trató; pertinaz, las conveniencias
renunciando, á una quinta se retira,
donde he pasado el tiempo en la tristeza.
Era el pecho en amor todo abrasado
por Laurencio. ¡Qué extraño! Si á sus prendas
añadió la opinion y la alabanza,
que es voz mas eficaz, que de sirena,
que encanta á quien la escucha, y á su dulce
y lisonjero iman no hay resistencia.
El me adora tambien. ¡Ay dulce amiga!
¡Qué recíprocas fueron las finezas!
¡Qué tierno en sus papeles! ¡Qué expresivo
en su amor cordial, en sus promesas!
Solo esto pudo conservar mi vida.
En fin se acercó el dia en que Florencia
nombraba Dictador, y convocado
mi padre á la eleccion, con esta nueva
á la ciudad volvemos. Ah! Si ausente
Laurencio, su memoria sola era
bastante á entretener este tan fino,
tan entrañable amor; con su presencia,
aunque raros momentos disfrutada,
¡qué no producirá!.... Fué luego hecha
la eleccion, y á pesar de ese partido,
que de nuevo sostuvo la nobleza
contra Laurencio y Julian su hermano,
la Dictadura al fin por éste queda,
venciendo el voto de la plebe toda.
Viendo mi padre su ambicion deshecha,
desde este dia la implacable rabia,
el mortal odio, que en su pecho reyna
contra mi amante y Julian, adquieren
en su genio feroz mayores fuerzas....
¡Accidente cruel, que desvanece

mis venturas, supuesto que no queda
esperanza remota de que el dia
de nuestra union dichosa llegar pueda!

SOFIA.

¡Que no queda esperanza! No engañada
alimenteis, Señora, esas ideas.
El amor vuestro dilacion no sufre,
y Laurencio vencer sabrá la fuerza
del odio y de la envidia. Ha pocas horas
que el acaso á mis ojos le presenta,
y embebido en su amor me dice: parte,
y di sin detencion á mi Lucrecia,
que pronto nuestro enlace se dispone,
pues que no dudo conseguir la venia
de su padre.

LUCRECIA.

¡Ay Sofia! Se estremece
mi corazon, confieso que se yela
la sangre en él; pues siendo de mi padre
ignorado este amor, se representa
á la imaginacion, que en el momento
en que á su oido la noticia llega
por boca de Laurencio, su inflexible
cólera le desprecie: que se enciendan
nuevos odios; y al fin que vengativo
y ayrado su rigor á exercer venga
despues contra mi vida... ¡Quánto temo,
ay amada Sofia, aquesta escena!

SOFIA.

Pues hoy habrá de ser: le vi empeñado
en pedir vuestra mano, sin que pueda
hacerle desmayar ningun peligro;
y en su resolucion teneis la prueba
mas fina de su amor, que agradecerle
debeis.

LUCRECIA.

Aunque mi pecho lo agradezca,

me persigue el temor, y ....

SOFIA.

Pasos siento:
el labio suspended, pues alguien llega.

ESCENA II.

Dichas y LAURENCIO, *que entra conducido por un doméstico, que se retira al punto.*

DOMESTICO.

Entrad.

SOFIA.

¿Quién es?

LUCRECIA.

¡Pero qué miro!
¡Laurencio en esta casa!

LAURENCIO.

No os sorprenda
mi determinacion.

LUCRECIA.

Dueño adorado!
mi bien! ¡Ah! qué momento! En él se anega
el alma de alegria.... Mi Laurencio!....
el corazon del pecho hallar quisiera
salida. ¿Qué accidente, qué motivo
de estas cerradas puertas os franquea
la entrada, y á estas horas? Se acabaron
por ventura los odios? La entereza
de mi padre vencer habeis sabido?
Declaradmelo todo.

Sofia pasa á este tiempo á la puerta, y se detiene en ella á espiar si llega gente.

LAURENCIO.

De mi ciega

pasion arrebatado, y protegido
de ese criado á quien el oro premia,
á vuestra vista llego, atropellando
mi amor todo peligro, y aprovecha
este instante feliz para deciros
el partido tomado. Se enagena
mi corazon al veros.... Perdonadme:
no puedo hablar de júbilo.... Se acerca
el dulce plazo, que prepara el premio
á nuestro fino amor. ¡Ah! mi Lucrecia!
Tantas ansias, desvelos y cuidados
su fin van á tener. Una alma llena
de bondad, un leal y fiel amigo
á su cargo ha tomado nuestras penas
aliviar. Condolido de una vida
tan amarga, que á entrambos atormenta
en el incierto estado en que nos vemos,
reconciliar los animos intenta
entre las dos familias.

LUCRECIA.

Mas decidme,
¿Quién será por ventura aquel que pueda
el odio y el rencor envejecido
de mi padre vencer?

LAURENCIO.

Las diligencias
hace Francisco Neri; aquel amigo
que en medio de continuas turbulencias,
que han agitado siempre las familias
de Pazzis y de Medicis, conserva
la opinion de imparcial por su dulzura
y rectitud. Su mediacion emplea
en este caso, y él será garante
de nuestra union; logrando que Florencia
la paz recobre, desterrados odios,
y una la casa y la familia sea
de los Pazzis y Medicis.

LUCRECIA.

¡ Pluguiese
al cielo que de Neri la eloqüencia
Llegase á conseguir vencer á un padre
inexôrable! ¡ O Dios! su diligencia
inutil la contemplo. No es posible
alcance yo esta dicha. La entereza
de mi padre conozco : sí, Laurencio.
Vereis atropellados con fiereza
de Neri los respetos, y aun yo misma
ultrajada tambien.

LAURENCIO.

Naturaleza
sus límites señala á los derechos,
que los padres exercen, y si llega
alguno á traspasarlos, le despoja
con justicia la ley de la paterna
autoridad que ultraja. Mas conviene,
si me amais, qual yo os amo, que dispuesta
os encuentre á vencer los imposibles,
que aun intente oponer la suerte fiera.

LUCRECIA.

Dispuesta me hallaréis. No habrá tormento,
no habrá rigor humano, ni violencia,
que destruya mi amor. De mi albedrio
sois el dueño absoluto.

Sofia vuelve á este tiempo desde la puerta, y dice con sobresalto.

SOFIA.

Gente llega.
Guillelmo de Salviati y vuestro padre
vienen hablando, y hacia aquí se acercan.

LAURENCIO.

Ah! ¡ Qué escucho! No sé que me presagia
el corazon.

LUCRECIA.

Partid no nos sorprendan.

LAURENCIO.

A Dios, mi bien, y pues me amais y os amo,
nuestra constancia los peligros venza.

LUCRECIA.

Conocereis, Laurencio, donde alcanza
la fuerza de mi amor.

ESCENA III.

Dichas, y apenas se va Laurencio, salen de lo interior del Palacio Jacobo y Guillelmo, que pasan por el fondo de la escena, y al llegar al costado opuesto, despide Jacobo á Guillelmo.

JACOBO.

Aqui Lucrecia
miro ya: la diré las intenciones
de vuestro corazon, y apenas sepa
vuestros deseos cederá á mi gusto.
Me lo prometo así de su obediencia,
de su candor y su virtud, Guillelmo.

GUILLELMO.

Esa esperanza sola me alimenta,
y á Dios quedad, Jacobo.

ESCENA IV.

JACOBO, LUCRECIA *y* SOFIA.

LUCRECIA.

¡Qué he escuchado!
¡desventurada soy! *á Sofia.*

SOFIA.

Pero interesa
disimular. *á Lucrecia.*

JACOBO.

Sofia, de esta estancia
salid, que hablar á solas con Lucrecia
me precisa. *se va Sofia.*

ESCENA V.

JACOBO, LUCRECIA.

JACOBO.

De gozo enagenado
llego á tu vista.... ¡Pero qué te altera!
¡Qué noto en tu semblante, que á mis ojos
palido y temeroso se presenta!

LUCRECIA.

No lo extrañeis, Señor: sobresaltado
mi tierno corazon en vuestra ausencia
siempre se halla, porque siempre teme
los peligros, que ofrecen á la idea
esos disturbios, que la patria agitan.

JACOBO.

Aunque la situacion en que Florencia
se ve en el dia, subyugada al fiero,
y altivo Julian, que la gobierna,
ofrece á la nobleza empeños graves,
que ésta mi detencion causar pudieran;
otra la causa ha sido, en que tan solo
parte pudo tener tu conveniencia,
y la de un padre, que te adora.

LUCRECIA.

Como!....
(Qué mal me animo! Mi desdicha es cierta.)
No comprehendo, Señor! ....

JACOBO.

Toma una silla,
y siéntate á mi lado.... Estame atenta.
toman sillas.

Dispuso el cielo que en tus cortos años
fueses privada de una amable y tierna
madre, y yo mismo de una fiel esposa.
Mi amor y mi cuidado se desvela
desde aquel tiempo en dirigir tu infancia
por los principios que el honor enseña,
y la santa virtud. Dichoso he sido,
por quanto el fin logró mi diligencia.
Hoy son otros cuidados los que deben
ocuparme hacia tí, porque completa
llegue mi dicha á ser.

LUCRECIA.

Señor, decidme
lo que de mí exîgis.

JACOBO.

Oye, Lucrecia:
mi larga edad las canas testifican,
y el término fatal de mi exîstencia
tardar mucho no puede.

LUCRECIA.

(¡De mi padre
el ánimo comprehendo! Quánto cuesta
disimular!) Ay Padre! La memoria
de esa idea me aflige.

JACOBO.

La prudencia
por tanto avisa prevenir los males.
Debo esta vez hablarte con franqueza.
La noble condicion, las facultades
que gozo, y me distinguen en Florencia,
son fruto del valor de unos abuelos,
cuya conducta me sirvió de regla
desde mi juventud. Con los honores,
distinciones y bienes otra herencia
tambien me transmitieron: esta ha sido
odio implacable, y aun mortal y ciega
sed de venganza y muerte á la familia

de Medicis, que dueños de las riendas
del gobierno, al abrigo de la plebe
nuestros tiranos son. En su opulencia,
y en su ambicion hidrópica se anuncia
de nuestro Estado la ruina cierta,
si a los vastos proyectos meditados
por Cosme se somete la nobleza:
si: por Cosme, ese abuelo venturoso,
que naciendo en el seno de plebeya
cuna, al nivel consigue colocarse
de las casas ilustres, y cimenta
el soberbio y despótico edificio
de una opresion y tiranía eterna.
Las casas de Salviatis y Bandinos,
unidas siempre á nuestra descendencia,
contener hasta el dia consiguieron
el heredado orgullo y la soberbia
de sus hijos; mas hoy que descendiente
único de mi sangre eres, Lucrecia,
que no me queda un hijo, que me vengue
de los ultrajes, que el honor sostenga,
de mis gloriosos timbres, por mi muerte,
desamparada, y sin apoyo, expuesta
al capricho serás de esos tiranos.
Mi mente poseida de esta idea
melancólica y triste, de mis ojos
el sueño se ausentó noches enteras,
en lúgubres discursos sumergido.
Mas hoy el cielo á mi dolor y pena
el alivio prepara, asegurando
tu destino, por medio de la oferta
que á Guillelmo Salviati de tu mano
acabo de hacer, hija. La nobleza
de este jóven, su rico patrimonio,
su valor, su talento y tantas prendas,
que adornan su persona, me inclinaron
á ceder á sus súplicas, supuesta

tu aprobacion, y pronto desposaros será preciso.

LUCRECIA.

Yo?.... Señor!

Manifestando repugnancia.

JACOBO.

¡Pudieras oponerte á mi gusto, quando tengo mi palabra empeñada! Quando median circunstancias, que todas justifican la eleccion en Salviati y mi promesa!

LUCRECIA.

Consultadlo mejor.

JACOBO.

Solo consulto tu suerte y mi venganza. Mi exîstencia de un hijo dependió, mas no le tengo. Los tuyos nacerán de una extrangera familia; y ya mi nombre desterrado para siempre jamas sobre la tierra, los hijos de tu esposo no son mios.

LUCRECIA.

Ved como el débil sexô se desprecia entre los poderosos! Desgraciadas de nosotras! Apenas nos numeran entre sus hijos! Estos solos pueden lisonjear su nombre y su grandeza futura. Por orgullo sois amados, y en vos se ve borrada la mas tierna pasion, que hasta en los brutos resplandece, y sabia repartió naturaleza.

Se postra á los pies del padre.

Padre y Señor: á vuestros pies postrada esta hija, que amais, y en quien se esmeran vuestros cuidados, con respeto os habla. No intento á vuestro gusto una grosera resistencia oponer. Sé quanto os debo,

y que mi vida sacrificio fuera
incapaz de pagar tantos favores.
No obstante, al menos permitido sea
en este caso consultar prudente
la mutua inclinacion, que os dé la regla
de la felicidad en este enlace.

JACOBO.

Luego que no le amas me confiesas!

Con entereza.

LUCRECIA.

Si no lo confesase, faltaria

Levantandose.

á la verdad, y mis palabras fueran
juzgadas con razon de criminales,
hablando á un padre justo, que me enseña
á detestar el fraude y el engaño.

JACOBO.

Si no le amas, en amarle piensa.
Esto ha de ser.

LUCRECIA.

Amor distintas leyes
dicta á la humanidad: no se gobierna
por el odio, interes, soberbia. El trato
una conformidad, correspondencia
mutua en las almas la pasion produce,
que conducirnos á himeneo pueda,
para hacernos felices. ¿Pues qué extraño
será, Señor, que vuestra hija tema
no ser feliz en este enlace, quando
falta el principio, que al amor gobierna?

JACOBO.

Las mugeres ilustres someterse
á esas débiles leyes es flaqueza:
su suerte pende de su estado mismo,
y esta sola es la ley que las gobierna.

LUCRECIA.

Esa es injusta ley, que el mas sagrado

de los derechos destruir intenta.
Si nuestra condicion de ser esclavas
está pendiente, abjuro la grandeza.

JACOBO.

Basta, no me repliques, si no quieres
mi cólera irritar.

LUCRECIA.

Señor!...

JACOBO.

Respeta
mis órdenes, y pronta á mis preceptos
habrás de estar.

LUCRECIA.

Obedecer quisiera,
mas no es posible.

JACOBO.

¡Cómo! ¡Ingrata hija!
¿Tú me resistes? ¡De mi enojo tiembla!
¡Separate de aquí! Vete al momento
de mi vista, cruel! que no te vean
mis ojos si librarte de mi insano
furor pretendes, pues tu resistencia
mi amor convierte en odio.

ESCENA VI.

JACOBO *solo.*

JACOBO.

Si no puede
mi persuasion vencerte, la violencia
habrá de conseguirlo. ¿Mas que debo
presumir?... Esta hija... qué! pudiera
secreto amor alimentar, y hacerse
culpable!.... cielos!... Ah! su resistencia
oculto orígen tiene, y descubrirlo
importa ya.... cruel! De esta manera

tantos cuidados, tanto amor olvidas
de un padre anciano! Destruidas dexas
todas sus esperanzas! .. Qué locura!
Y cómo destruirlas!... Mis sospechas
huyan léjos de mí! No me atormenten
el inflamado corazon, que el Etna
en sus senos abriga, ni anticipe
de grandes males la enojosa idea!
Ah! deplorable padre! Qué engañado
has vivido hasta aquí! Quién te dixera,
que así una hija en la virtud criada,
que de respeto siempre y obediencia
testimonios te dió tan repetidos,
en ocasion tan crítica se atreva
á resistir tu paternal deseo,
á burlar tu esperanza y tu promesa!
Me estremezco al pensarlo!... temeraria!
Ve de tu obstinacion las conseqüencias!...
serán terribles! No seré tu padre!
tu verdugo seré!.... Pero quien llega?...
Francisco Neri! Cubra el disimulo
mi alteracion y enojo.

ESCENA VII.

JACOBO *y* FRANCISCO NERI *que entra precedido de un doméstico, el qual se vuelve.*

JACOBO.

Vos en esta
Alterado.
casa?

NERI.

No lo extrañeis.

JACOBO.

Pues que motivo
os puede conducir á mi presencia,
y á esta hora?

NERI.

Un asunto, que no admite
su anuncio dilataros. Se interesa
mi amistad, vuestra casa y el estado:
su gravedad en esto se demuestra.

JACOBO.

Francisco Neri, hablad, y no dudoso
me tengais. El motivo luego sepa
que á mi presencia os guia.

NERI.

Las venganzas,
y las parcialidades, que en Florencia
tantos y graves males produxeron
al Estado, empeñando á la nobleza
en sangrientas disputas, sostenidas
por la ambicion, que todo lo atropella,
su término tendrán. Me lo prometo,
si de amistad vos mismo me dais pruebas.
Un solo querer vuestro será el Iris,
que todos los nublados desvanezca,
de tantas tempestades y borrascas,
que nos han combatido. De Lucrecia
la mano ilustre el éxito asegura
de toda mi esperanza en esta empresa.

JACOBO.

Neri, que me decis!

Alterado.

NERI.

Pero que advierto
en vos!

JACOBO.

Hablad, y el pretendiente sepa.

NERI.

Hoy Laurencio de Medicis os pide

Movimiento de turbacion en Jacobo.

le otorgueis vuestra hija, porque pueda

unir al fino amor con que la adora,
cariño al padre y amistad eterna.
Yo me intereso, Julian su hermano
en esta union dichosa se interesa,
y ademas es garante.

JACOBO.

(No es posible
disimular ! La cólera me ciega !
He aquí el secreto inobediente hija !)

NERI.

Qué contextais ? Espero la respuesta.

JACOBO.

Me espanto á la verdad que un hombre sabio
como vos este encargo de su cuenta
haya tomado , y en agravio mio !

NERI.

Estais en vos , Jacobo ? Así se aprecia
mi zelo y amistad ? Es este el premio ?

JACOBO.

Quando el mismo Laurencio presumiera
igualar al orgullo de mi cuna:
quando por sus virtudes digno fuera
del galardon que pide, deberia,
al concederle yo lo que desea,
mirar este favor como el mas alto,
y el mayor premio ; mas si tales prendas
no concurren en él: si es mi enemigo;
y son tan repetidas las ofensas,
y ultrages dirigidos á esta casa
por su odio y rencor , y por su fiera
y altiva condicion ¿cómo ha podido
concebir que prestase yo la venia
para esta union ? Tan léjos de estimaros
la pretension , mi enojo la desprecia.

NERI.

Mirad que ese carácter siempre fiero
os precipita, y la razon os ciega.

Jacobo, reparad que habeis errado
en suponer que vuestra sangre exceda
á la de una familia tan ilustre,
que en timbres nos iguala y en nobleza;
y es vana pretension que disimulo.
En quanto á los agravios, que fomentan
vuestros disgustos, advertiros debo
que ya no exîsten. Amistad sincera,
amor constante de esta union dichosa
renacer veo. Se verá en Florencia
la quietud recobrada, que la envidia
supo alterar en sedicion eterna,
y....

JACOBO.

No os canseis. En vano persuadirme
intentaréis. La mano de Lucrecia
está ofrecida ya.

NERI.

Y ella consiente?

JACOBO.

Y un padre ha de esperar á que consienta?

NERI.

Luego quereis sacrificar su gusto?

JACOBO.

Que mas gusto ha de haber que la obediencia
en una hija!

NERI.

Aquel que le ha fixado
su inclinacion y amor, quando le regla
una conducta sabia.

JACOBO.

Mis derechos
su voluntad destruye, y la sujeta
á mi querer.

NERI.

Os engañais, Jacobo:
infiel no puede ser á sus promesas.

JACOBO.

Sus promesas!... su amor!... Qué decis, Neri!

En tono descompuesto, y vehemente.

Ha podido ofrecer sin mi licencia
á Laurencio su mano!.. Aleve hija!...
Partid sin dilacion, llevad la nueva
á mi enemigo, que Lucrecia Pazzi
tiene ya esposo, que su dicha espera:
que soy padre, y haré que mis derechos
se respeten.

NERI.

Temed las consequiencias.

JACOBO.

En mi justicia y mi valor confio.

NERI.

Mas de ella no abuseis, que á la inocencia
la ley protege.

JACOBO.

Dentro de estos muros
yo soy el soberano que gobierna:
es mi gusto la ley, y sin tardanza
á Guillelmo Salviati mi promesa
será cumplida, porque yo lo quiero.
Habrá de ser esposo de Lucrecia.

Con ímpetu y firmeza.

NERI.

No lo será, y si ciego y obstinado

Lo mismo que Jacobo.

vuestra imprudente cólera os empeña
á tal temeridad, temblad, Jacobo.

JACOBO.

Neri, dexadme!

Furioso.

NERI.

A Dios; mas de Lucrecia
respetad la virtud, esto os aviso.

ESCENA VIII.

JACOBO.

Que tal tolere! Así se menosprecian
en el recinto de mi propia casa
mis sagrados derechos! Donde llega
á rayar el insulto y el ultrage
en mis fieros contrarios!... Ah! perversa,
inobediente hija! Que disgustos
de dolor y amargura me acarreas!
Será cierto el amor que Neri afirma!...
Ah! sí... infeliz! Si burlar piensas
mi autoridad, te engaña esa esperanza,
que anima tu malvada resistencia...
Yo la destruiré! Será la muerte,
que temes ya, segura, si dispuesta
á recibir la mano de Salviati
no te encontrare, y esta noche sea.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

LUCRECIA.

Cada instante, que pasa de la noche,
parece á mi dolor un siglo eterno,
y es tal mi situacion, que temo llegue
aquel, que amenazando está á mi pecho.
O esclavitud, ó muerte, ... Quanto tarda!
Se acerca á la puerta y vuelve.
En esta soledad, en el silencio,
que me rodea, mi tristeza crece,
y mi temor me yela; pues que veo
el término ya próximo, la hora
en que un padre cruel echará el sello
á mi afliccion.

ESCENA II.

LUCRECIA, *y va saliendo* SOFIA *con reserva.*

SOFIA.

Lucrecia?

LUCRECIA.

Entrad Sofia
Corriendo á Sofia.
Habeis podido hallar seguro medio
de dirigir mi carta?

SOFIA.

Centinela
en un balcon, mis ojos argos siendo,
á nadie pude ver entre las sombras,
y quando á retirarme me resuelvo,
desesperada ya, diviso un hombre,

que al balcon acercandose con lento
paso, al llegar me dice que no tema
con débil voz. Al punto en el acento
conocí á vuestro amante, y presurosa
la carta le arrojé; mas advirtiendo
á su cuidado y á su amor el grave
peligro en que os hallais. El balcon cierro
temerosa, y turbada me retiro,
porque á corta distancia se sintieron
pasos. Yo me presumo que Jacobo
vuestro padre será, porque á Guillelmo
salió á buscar inquieto y presuroso.
El me llamó al salir, y dixo: luego
habrás de persuadir á esa hija ingrata,
á esa hija cruel, que al himeneo
pronta he de hallarla, si mi enojo teme.
Tal es su obstinacion, tal el empeño
en este enlace meditado!

LUCRECIA.

Calla.
De mí aleja, Sofia, ese recuerdo
fatal, que hace evidente mi desgracia.
Infelice de mí! ¿Vendrá Laurencio
á salvarme, Sofia? Habrá podido
tanto amor olvidar?

SOFIA.

Desechad léjos
de vos esas ideas. Mas Jacobo
hacia aquí se dirige. El dolor vuestro
disimulad, Señora, y revestios
de prudencia.

LUCRECIA.

Dios mio! dadme esfuerzo.

ESCENA III.

Dichas y JACOBO.

JACOBO.

Disponte á recibir la mano ilustre
del digno esposo, que te da mi afecto.
Mas cuerda hallarte en tu pensar confio;
pues si á la clara luz de tu talento
te has detenido á exâminar las causas,
que á prometer tu mano me movieron,
no dudo reconozcas, hija mia,
mi paternal amor. Te considero
sin culpa. Tu candor, tus cortos años
la ocasion presentaron á Laurencio
de seducirte. Vió tu inexperiencia,
la candidez, que es propia de tu sexô,
vió tu virtud, y con promesas vanas,
y falaces discursos en tu pecho
esa llama encendió. Pero ¡ay incauta
de tí! que no conoces los proyectos
de ese vil seductor! Teme, Lucrecia,
las tramas y asechanzas de ese fiero
enemigo mortal de nuestra casa.
Sediento de venganza, no contento
se ve de mis ultrages. La ignominia,
la verguenza, la infamia y vilipendio
quiere echar sobre tí. Si su amor fuera
qual tu has creido ¿cómo ni un momento
se detuviera en rescatar la mano,
que tanto anhela, y ofrecida tengo
á ese jóven ilustre y virtuoso,
que es honor de Florencia? De Laurencio
la falsedad conoce en la indolencia
con que mira tu amor, y aun el desprecio.

LUCRECIA.

No así, padre, intenteis martirizarme
por tan extraños y estudiados medios.
Sé mi deber. No pueden en el alma,
abrasada en amor, tan dulce fuego
extinguir para dar morada á otro.
Si nunca á las traiciones dió mi pecho
entrada ¿de Laurencio presumirse
pudiera ahora proceder tan feo?
Ah! no señor: su amor yo bien conozco,
en Salviati mirando al mismo tiempo
una rivalidad, con que procura
ver nuestras dichas destruidas, siendo
de su fingida inclinacion el móvil.

JACOBO.

Lucrecia! hija! Reconoce el yerro,
que te deslumbra incauta, y te conduce
á un fiero precipicio sin remedio.

LUCRECIA.

En el pereceré.

JACOBO.

Pues tú lo quieres

Irritado.

así será: perecerás, si en ello
te obstinas. Se acabaron mis prudentes
reconvenciones. Expedito tengo
mi absoluto poder, y de tu mano
será Salviati á tu pesar el dueño.

Dando algunos pasos para salir.

LUCRECIA.

Antes vereis morir á vuestra hija
de un agudo puñal al golpe fiero.

ESCENA IV.

Dichos y LAURENCIO.

LAURENCIO.

Jacobo, deteneos.

Saliendo al paso á Jacobo.

LUCRECIA.

Ah! mis ojos
le ven, Sofia!

JACOBO.

Como así, Laurencio,
quebrantando el asilo de mi casa,
me venis á insultar!

LAURENCIO.

Nunca al respeto,
que os es debido, faltará mi lengua.
No á provocaros, no, Jacobo, vengo:
es mas noble intencion la que me guia,
y así escuchad.

JACOBO.

Partid de este aposento
sin dilacion.

A Lucrecia y Sofia.

LAURENCIO.

Señora, vuestros pasos
suspended.

Deteniendo á Lucrecia.

JACOBO.

Ah! qué haceis! Entrais poniendo

Fuera de sí.

ya leyes en mi casa y mi familiá!

LAURENCIO.

No os altereis, Jacobo: vuestros fueros
serán guardados. Su presencia ahora
nos puede interesar. Por un momento

os pido se detenga, que mi labio
será breve.

JACOBO.

Pues pronto vuestro intento
declarad.

LAURENCIO.

Así haré. Pero, Señora,
escuchadme, que á vos dirigir debo
primeramente mi palabra.

JACOBO.

(Como
no me ahoga el furor!)

LAURENCIO.

Solo deseo
saber, si algun traidor pudo atrevido
intentar contra mí por viles medios
robarme vuestra mano, que el mas fino,
mas entrañable amor, y juramentos
mil veces repetidos me aseguran?
O si á sus ansias dando vuestro pecho
algun lugar, promesas tan constantes,
y votos repetidos se han deshecho?
Desengañadme porque ya en Florencia
la voz se ha divulgado de que vuestro
enlace en esta noche se dispone
con Guillelmo Salviati; mas protexto
mil y mil veces, y ante Dios os juro,
que si ha podido por infames medios
nuestras venturas perturbar!.... Que digo!....
Disimulad, Señora, si el exceso
de mi locura me enagena.

LUCRECIA.

Nunca
podrá faltar Lucrecia á juramentos
tan sagrados, y....

JACOBO.

Basta! Qué esto escuche!

En tono descompuesto y fuerte.

Resta para cumplirlos que mi asenso preceda.

LAURENCIO.

El Dios de amor dicta á las almas la libertad, que es propia de su imperio.

JACOBO.

Soy padre.

LUCRECIA.

Perdonad. En tiernos años amor supo formar mis sentimientos, grabados con tan hondos caractéres en mi sensible corazon, que el pecho á todo se resiste, quanto pueda las dichas destruir, que se ha propuesto.

JACOBO.

Calla! Vete de aquí!

LAURENCIO.

Partid, Señora, que estando yo seguro del afecto de vuestro corazon, no habrá ninguno que presuma robarmelo.

JACOBO.

No puedo sufrir tanto baldon!.... Ah! temeraria! tu perdicion te labras!

Con el mayor desórden mirando á la hija que se retira.

ESCENA V.

JACOBO Y LAURENCIO.

JACOBO.

Ya mi empeño
toma mayores fuerzas.

LAURENCIO.

Qué la envidia,
ni el injusto querer de un padre fiero,
enemigo implacable de mis glorias,
alcanzarán jamas! El amor ciego
es invencible, y todo lo atropella;
y así, Jacobo, que os venzais os ruego
á la razon: que depongais enojos,
toda rivalidad, todo fomento
de querellas, disgustos é inquietudes;
pues que vuestra amistad sola pretendo.

JACOBO.

Yo la renuncio, jóven orgulloso;
nunca tendrá lugar en este pecho,
que en iras arde; y no con tan altiva
presuncion mediteis imponer miedo
a un fuerte corazon, acostumbrado
á combatir á rostro firme el fiero
orgullo y despotismo, con que quiso
vuestro progenitor poner los hierros
á mi patria. Sí, Cosme, ese tirano,
que abatirme pensó por tantos medios,
hasta desposeerme de unos bienes,
que por justos legítimos derechos
en mí se derivaron de mis padres.
El fué el iniquo autor de aquel proceso,
por el qual vió Florencia con asombro
pasar mi patrimonio á Borromeo,
mi enemigo implacable; y aun su rabia,

su crueldad é injusticia en un destierro
me puso para mas desdoro mio.
¡Cómo será posible, si recuerdo
tantos agravios que el horror no cubra
mi corazon! Que el odio mas sangriento
no se inflame en el alma, y que la sangre,
que corre por mis venas, escarmiento,
venganza clame sin cesar! Mi rabia
implacable os intima desde luego
renuncieis ese amor.

LAURENCIO.

Yo renunciarlo!
jamas, Jacobo.

JACOBO.

Pues serán funestos
los fines que os anuncio.

LAURENCIO.

Temerario!
con esa obstinacion echais el sello
al cáracter atroz, que os ha traido
disgustos, de que autor á Cosme hicieron
injustamente. Repasad la serie
de vuestra larga vida: en su progreso
vereis que una conducta fiera siempre
fué de vuestras querellas el fomento.
En fin no deis lugar á crueldades.
Jacobo, reparad que en vos respeto
al padre de Lucrecia todavia,
y que á pesar de agravios le venero;
tanto, que el corazon se despedaza
al contemplar el horroroso extremo
á que puede arrastrarme el entusiasmo
de mi amor.

JACOBO.

Firme soy quando resuelvo.

LAURENCIO.

Pues temblad y temed.

JACOBO.

No me estremece
ningun horror: á todo estoy dispuesto.

LAURENCIO.

Jacobo, á Dios. Por último os aviso
de que yo libre soy: que los derechos
de padre esta ocasion habeis perdido:
que lícitos serán todos los medios
á mi pasion y amor desesperado,
y será conveniente preveerlos.

ESCENA VI.

JACOBO *solo.*

JACOBO.

¡Cómo me desconoces, temerario
é incauto jóven, si burlar mi empeño
has consentido! ¿Ignoras que en las Aras
las antorchas sagradas de Himeneo
van á encenderse ya? Que tu esperanza
perecerá, pues pende de un momento,
y que éste á paso presuroso corre?
¡Los humanos juicios quán expuestos
nos dexan al error, y los avisos
tan tarde llegar suelen, que el remedio
inutil es! Así la confianza
de este jóven será, y en el extremo
del dolor sumergido, consumirse
le habré de ver, burlados sus deseos,
su loca presuncion y orgullo altivo.

ESCENA VII.

JACOBO *y un doméstico.*

DOMESTICO.

Vuestra licencia para entrar Guillelmo
solicita, Señor.

JACOBO.

Entre: á Lucrecia
y Sofia preven que las espero.

ESCENA VIII.

JACOBO *solo.*

JACOBO.

El momento llegó tan deseado,
en que veré cumplidos mis intentos.
Conocerás ahora, temeraria
hija obstinada, el paternal derecho
que debo yo exercer. Ah! mis designios
favorece propicio el santo cielo.

ESCENA IX.

JACOBO, *y entra* GUILLELMO *por un costado, y por otro* LUCRECIA *y* SOFIA.

LUCRECIA.

Mi esperanza murió!

SOFIA.

Que tiranía!

JACOBO.

Mis brazos os esperan, pues el pecho
en paternal amor enagenado
os recibe por hijo.

Abraza á Guillelmo.

GUILLELMO.

Yo os ofrezco
por tantas dichas reverentes gracias,
pues el mas venturoso me contemplo
de los hombres.

JACOBO.

Lucrecia, ya te espera
el digno esposo, cuyo amor sincéro
debes pagar.

LUCRECIA.

Ah! padre!

Con la mayor turbacion.

GUILLELMO.

Mas, Señora!
Decid, qué agitacion es la que advierto
en vos!

LUCRECIA.

No puedo hablar.

JACOBO.

Es consiguiente
la timidez en su virtud, Guillelmo.
No dudeis de su amor.

GUILLELMO.

Jacobo, el alma
me está pronosticando amargos zelos.

JACOBO.

Sospechais? No os he dado mi palabra?
Pues yo sabré cumplirla. A mis preceptos
obedece.

Imperiosamente.

LUCRECIA.

Señor!

JACOBO.

Pronto.

SOFIA.

Suplíco
respeteis el dolor que de su pecho

se ha apoderado. Dilatad siquiera
por un dia esta union. (Tomad aliento.)
A Lucrecia.

JACOBO.

Dilatarla!.... Llegad, esta es la mano:
recibidla.

Cogiendo con violencia la mano de Lucrecia, y presentandola á Guillelmo.

GUILLELMO.

Qué haceis! Recibir puedo
esa mano entre sustos y sospechas,
quando no es ofrecida por su dueño!

JACOBO.

El dueño yo lo soy.

GUILLELMO.

Ah! no: conozco
que hay otro mas dichoso, que de serlo
se regocija ya: que vos, Jacobo,
con vanas esperanzas mis afectos
habeis lisonjeado.

LUCRECIA.

Permitidme
hablar siquiera.
A Guillelmo.

GUILLELMO.

Sí.

JACOBO.

Noble Guillelmo,
no la escucheis!.... Temed!

GUILLELMO.

Hablad, Señora;
pero no fomenteis en este pecho
los zelos, que me abrasan. Alejadlos
de mí.

JACOBO.

Imprudente! Su mortal veneno
á consumiros va, si dais oido!

GUILLELMO.

Ah! sepa mi rival. Vuestro silencio
romped al punto, porque no me ahogue
mi dolor ó mi rabia.

LUCRECIA.

Sí, Guillelmo:
os voy á presentar un desengaño,
que agradecer debeis, si sabio y cuerdo
mis razones pesais. En la locura
de ese amor que os arrastra considero
que esposa buscareis, que os corresponda
con igual grado de pasion y afecto,
y que al saber vos mismo que su fina
aficion era ya de otro sugeto,
lejos de amarla, aborrecerla fuera
preciso al corazon, ó quando menos
mostrar indiferencia. Pues ahora
podeis aborrecerme: yo os lo ruego,
supuesto que mi amor está empeñado,
y el dueño de mi mano es ya Laurencio
de Medicis.

GUILLELMO.

(Qué escucho! Mi enemigo!...
Ah! cólera infernal!) Yo aborreceros
porque fuí en elegiros desdichado?
Eso no puede ser. Se aviva el fuego
con vuestro desengaño.

JACOBO.

Hija traidora,
que con labio alevoso mi respeto
de tal manera ultrajas!....

Ciego de cólera.

GUILLELMO.

Vos, Jacobo,

templad ese furor. Yo os agradezco
esa sinceridad, y esa franqueza
con que ahora me hablais.
A Lucrecia con doblez.
JACOBO.
Así, Guillelmo,
vuestro desayre permitis y el mio!
GUILLELMO.
De esa infeliz, á mi pesar, respeto
la nobleza y virtud.
JACOBO.
Vos respetarla!
GUILLELMO.
Si.... Me conocereis. Haced que luego
Con reserva á Jacobo.
Lucrecia se retire.
JACOBO.
De mi vista
retírate: no tardes.
LUCRECIA.
Obedezco.

ESCENA X.

JACOBO Y GUILLELMO.

JACOBO.
Qué quisisteis decir? Hablad: qué estraña
mutacion hallo en vos?
GUILLELMO.
Atroces zelos
Con el mayor frenesi.
despedazan mi alma, y de vengarnos
la ocasion se presenta. En ese ciego
amor de vuestra hija, en la esperanza
firme y segura de lograr Laurencio
su mano, habrán de hallar el precipicio

los Medicis, si vos á mis consejos
os someteis.

JACOBO.

Decid, que ciegamente,
con tal de ser vengado, á vos me entrego.

GUILLELMO.

Sabreis disimular?

JACOBO.

Esa la escuela
ha sido, que aprendí desde mis tiernos
años, para arrostrar los infortunios,
que el tirano poder de mis sangrientos
enemigos mortales me labraron.

GUILLELMO.

Pues ya es preciso que con doble y fiero
corazon persuadais á vuestra hija,
que gustoso aprobais ese Himeneo.
Que un traidor disimulo, una fingida
falsa amistad deslumbre desde luego
á nuestros enemigos, y en el lazo
de una trama cruel caygan, á tiempo,
en que de confianza poseidos
piensen solemnizar el Himeneo
dentro de este palacio.

JACOBO.

Si: perezcan!
vuestra fina política da un medio
cauteloso y seguro. Yo le adopto,
y se ha de executar.

GUILLELMO.

En los momentos
de mi zelosa rabia lo previne.
En vuestra edad cansada admirar debo
ese extraño teson; mas estudiado
no habeis la astucia, el cauteloso medio
de burlar los tiranos. Sangre fria,
obscura sumision, valor á tiempo,

aseguran el triunfo. De este modo
los vereis destruidos: sí.

JACOBO.

Qué veo!
Laurencio y Julian aquí se acercan!

GUILLELMO.

Pues burle la cautela sus intentos.
Ya está la coyuntura en vuestras manos.

JACOBO.

Dexadme hacer.

ESCENA XI.

Dichos y LAURENCIO *con* JULIAN, NERI, *y acompañamiento de guardia.*

JULIAN.

Llegad: Neri, al momento
con mis guardias partid: Lucrecia venga,
y con su esposo amado al sacro templo
camine; que si un padre la abandona,
la santa bendicion de un Dios eterno,
de un Dios justo, ha de hallar ante sus Aras.

Neri y dos guardias entran en lo interior.

JACOBO.

(Valor, cautela!) A qué venis, Laurencio?
A qué vos, Julian, acompañados
de tropa y de ministros, con desprecio
y notorio desayre de esta casa?
A robarme una hija?

JULIAN.

No: no vengo
á robárosla, vengo á protegerla,
como oprimida del tirano imperio
de un padre injusto.

JACOBO.

Me estremezco solo
al escucharos! Suspended mas cuerdo
tan temeraria y loca providencia,
que os cubriera de oprobio.

JULIAN.

Y como puedo
suspenderla, al mirar ante mis ojos
el rival, que fomenta vuestro empeño
con injuria y desdoro de mi hermano!

GUILLELMO.

Os engañais, Julian. Estoy muy léjos
de ser ese rival. Supo Lucrecia
desengañarme. Goce de su afecto
quien digno ha sido de él; y así el impulso
desechad, que os arrastra de ese ciego
y loco frenesi; y aun esta casa,
que de antiguos blasones quiso el tiempo
adornar, con venganzas no se intente
profanar este dia, quando hay medio
facil para atajarlas. La paz reyne,
cese la sedicion, la union de nuestros
corazones comience con un lazo,
que no sin justa causa inspira el cielo.
Años sin fin en dulce union se gocen,
y el placer, la alegria y el contento
jamas les desampare. Esto desea
quien es ya vuestro amigo, y cuyos ruegos
han podido vencer á un padre ayrado.

LAURENCIO.

Qué decis! Es posible?

JACOBO.

Sí, Laurencio,
Sí, Julian: conozco quantos males
ocasiona á la patria tan funestos
rencores, que en eternas divisiones
la habemos sumergido. Llegó el tiempo

de remediar los daños, si vosotros,
disimulando mis pasados yerros,
á una conducta os someteis mas sabia,
que de tantos baldones á cubierto
me ponga en adelante.

JULIAN.

Os aseguro
que en mí tendreis, Jacobo, un verdadero
amigo.

LAURENCIO.

Un hijo en mí que en agradaros
su ventura tendrá.

ESCENA XII.

Dichos, y entran NERI, LUCRECIA *y* SOFIA.

LUCRECIA.

(Si será sueño
lo que mis ojos ven?)

JACOBO.

Hija querida,
ya eres dichosa.

LUCRECIA.

(En júbilo me anego!)
Padre y Señor, que os bese permitidme
sumisa vuestras plantas.

Arrodillandose.

JACOBO.

En mi pecho
descansa, y de mi amor y mi cariño
tranquila gozar puedes.

Levantandola á sus brazos.

JULIAN.

El contento
embarga mis potencias y sentidos.

JACOBO.

Las sacras ceremonias de Himeneo
se van á preparar. Quiero que vea
mañana con aplauso todo el pueblo
de Florencia, que Medicis y Pazzis
forman una familia, y que deshechos
los disturbios, los bandos, las venganzas
y las parcialidades, en el seno
de la paz santa reposamos todos.
Desde ahora á gozarla comencemos,
y nuestros brazos la amistad confirmen.
Estrechadme, Julian.

JULIAN.

Gustoso acepto
esa expresion con que me honrais, Jacobo,
en prueba de amistad.

Se abrazan.

JACOBO.

Llegad, Laurencio,
que en ellos os recibo como padre.

Se abrazan.

LAURENCIO.

Pues ya llamarme vuestro hijo puedo,
á otra dicha no aspiro; ella completa
todas mis esperanzas y deseos.
Llegad tambien, amigos, que mis dichas
participais, y gocen nuestros pechos
de hoy mas de la alegría y confianza.

Abraza á Guillelmo y á Neri.

Eternamente os estará, Guillelmo,
mi corazon reconocido. Todas
mis venturas, mis dichas hoy os debo.

GUILLELMO.

Mi lealtad conoced.

LAURENCIO.

Sois generoso.

JACOBO.

Al punto se convoquen nuestros deudos
á las solemnes bodas. Mi palacio
mañana sea de alegria el centro.

JULIAN.

La gala, el fausto y la opulencia brille,
para que corresponda al noble empeño,
y así todo al momento se disponga.

LAURENCIO.

En alas del amor vendrá mi afecto
á recibir la mano idolatrada
de Lucrecia.

LUCRECIA.

Impaciente mido el tiempo,
que tardeis en volver.

JACOBO *y* GUILLELMO *se van despidiendo á los* MEDICIS.

ESCENA XIII.

LUCRECIA, SOFIA.

LUCRECIA.

Ah! dulce amiga,
qué me dices?

SOFIA.

Señora, quiere el cielo
al fin premiar vuestra virtud. Al punto
las galas, las preseas preparemos,
que darán nuevo brillo á los encantos
de la hermosura vuestra.

LUCRECIA.

Quán diverso,
Sofia, es mi pensar! Tan repentina
é inesperada calma está muy lejos
de prometer segura confianza

en este corazon. Todo sospecho
desde ahora. Esa fe, y esas promesas,
que nos han parecido del afecto
nacidas, algun aspid nos ocultan,
cuyo diente mortífero el veneno
derrame sobre el pie que incauto pise.

SOFIA.

Siempre, Señora, tristes pensamientos
os habrán de ocupar?

LUCRECIA.

Acostumbrada
continuo á padecer, y conociendo
ese rencor funesto de mi padre,
cómo quieres, Sofia, que mi pecho
se abandone á impresiones lisonjeras?
Desdichada he nacido! El justo cielo
no permita jamas se verifiquen
mis fundados temores!

SOFIA.

Vamos luego.

LUCRECIA.

Dios de bondad, á mis humildes votos
prestad oidos, pues que yo os venero.

ESCENA XIV.

JACOBO Y GUILLELMO.

JACOBO.

Ya visteis mi doblez! Si reprimirme
consiguió mi política, los senos
del corazon ardian de venganza.
Ah! Quánto me ha costado!

GUILLELMO.

Los momentos
deben aprovecharse. A buscar vamos
á Bandino, Galiato, Poge, Anselmo,

Volterra y demas nobles, que alimentan
igual rencor contra el tirano imperio
de los soberbios Medicis, rivales
y enemigos cobardes que detesto.
Aun horas restan de la negra noche,
y entre sombras funestas un proyecto
sanguinario y cruel debe trazarse.
Toda sospecha huyamos. Quando el sueño
á esos mortales rinda, y en sus vanas
confianzas descansen, velarémos,
la cólera excitando de los Nobles
y el implacable odio. Sí: aquí mismo
el plan será trazado, reunidos
los amigos mas fieles que debemos
convocar, y aquí armados de puñales,
á la hora fatal, que el Himeneo
se intente celebrar, con atroz saña
á destrozar se arrojen los aceros
á esos tiranos monstruos. Así acaben
al impulso feroz del duro hierro.

JACOBO.

Como me anima vuestra voz! Mi rabia
se ha inflamado. Corramos, que sediento
estoy de sangre ya, y aunque perezca,
al ser vengado, moriré contento.

ACTO TERCERO.

Sala, y habrá en el fondo de ella una mesa con silla de brazos, y puertas á los dos costados.

ESCENA PRIMERA.

JACOBO *con un doméstico, que trae una luz y la pone sobre la mesa.*

JACOBO.

Déxame solo aquí. Si algun patricio
llegare á mi palacio, libre entrada
darás. A tu sigilo lo confio
y á tu lealtad. Velando en esta estancia
quedo en silencio.

DOMESTICO.

Así lo haré. (Sospecho
graves males!)

Retirandose.

ESCENA II.

JACOBO *se sienta en la silla.*

JACOBO.

Ah! noche, que retratas
en tu sombra espantosa las ideas
lúgubres y terribles que en el alma
se estan reproduciendo por momentos!
Embebido en la sed de mi venganza,
repaso sin cesar los accidentes,
que pueden ocurrir, hasta que haya

llegado el fatal término, la hora
de horror, en que la sangre derramada
de los Medicis corra. Fiel acero!
Sacando el puñal y contemplándolo.
A este calor templado de mis ansias,
tu me consuelas! En tu agudo filo
mi esperanza mi júbilo descansa.
Bañado me pareces de la negra,
de la vil sangre, y que vapor exhala
tu punta destilándola. Sé firme,
no me faltes ahora, ya que tantas
veces mi rabia y cólera has servido
en la vicisitud de mis desgracias;
que este odio infernal hasta el sepulcro
dilatar quiere, y vida tan amarga,
y de zozobras llena me ha labrado....
El término llegó: quede la Patria
en libertad, ó en las cenizas goce
mi sombra aquel descanso, con que acaban
de tormentosa vida los afanes.

ESCENA III.

JACOBO *y* BANDINO *antes de entrar pregunta desde la puerta.*

BANDINO.

Velais, Jacobo?

JACOBO.

Sí: mas quién me habla!
Levantándose, y entra Bandino.

BANDINO.

Soy Bandino.

JACOBO.

Llegad.

BANDINO.

Estamos solos?

JACOBO.

Nadie nos oye: todos en la casa
en un profundo sueño sumergidos
reposan. Solamente me acompañan
la cólera y el odio, que abrasado
tienen mi corazon. Quales las ansias
serán, amigo, conoced, que afligen
mi espíritu! Decidme sin tardanza
lo que ocurra. En que estado nos hallamos?
Ha podido Salviati á la venganza
seducir los patricios? Se reunen
á esta conjuracion? Prontas las armas
estarán de soldados aguerridos,
que en ocasion urgente ó necesaria
nos auxílien?

BANDINO.

A fin de conseguirlo
la comision oid de que os encarga
Salviati. A vos me envia porque al punto
á vuestro amigo Anselmo, que en la plaza
es el Gobernador de la milicia,
partais á ver. A vuestra confianza
y amistad cederá.

JACOBO.

Pues no perdamos
tiempo. Nos seguirá. Las horas pasan,
vos á Salviati le decid que pronto
con Galiato y Volterra, antes que el alba
alumbre el horizonte, en este sitio
le encuentre. Yo dirijo mis pisadas
al palacio de Anselmo: será breve
mi diligencia.

BANDINO.

Todos la esperanza
en vos ponemos. Para el plan formado
solo de Anselmo la asistencia falta.

ESCENA IV.

SOFIA *va saliendo con cautela.*

SOFIA.

Ah! con razon Lucrecia de sospechas,
y de temor contínuo está cercada.
Esta paz en Jacobo fue fingida,
y alguna vil traicion su enojo trama
contra Laurencio! Ay Dios! Será posible
que en pecho noble quepa tan vil alma,
tan alevoso proceder, que al lazo
conyugal le convide, y con su falsa
fingida y doble fé venderle quiera!....
Ah! No hay duda! La noche inquieto pasa;
mientras en el palacio todos duermen,
gentes recibe, con sigilo hablan,
entran, salen y vuelven con cautela.
Dios mio! Ah mi Lucrecia! despedaza
mi corazon la suerte lastimosa
que con estas sospechas se retrata
en mi tímida y triste fantasía!....
Serás víctima al fin de la atroz saña
de un padre aleve y pérfido!.. Si puedes
este delito cometer é infamia,
teme á un Dios vengador! Atroces penas
de su tremendo brazo se disparan
siempre contra el malvado, el asesino
y el parricida, y su justicia santa
á la inocencia y la virtud protege.
Mas qué veo!... Lucrecia en esta estancia!

Corriendo á Lucrecia.

ESCENA V.

SOFIA, *y va saliendo* LUCRECIA *manifestando en el semblante su consternacion y espanto.*

LUCRECIA.

Huya de mí tan espantosa imagen,
que aterroriza el consternado pecho!

SOFIA.

Lucrecia, donde vais? Qué raro asombro
es el que os turba, y de pavor cubierto
os tiene el corazon?

LUCRECIA.

Ah! fiel amiga!
Horrible mortandad, fieros espectros,
ideas tristes de horroroso luto
me rodean, me cercan.... Sobre el lecho,
desvalidas mis fuerzas, el descanso
buscaba temerosa, quando un sueño
pavoroso domina mis sentidos,
y un elado sudor cubre mis miembros.
A la imaginacion, atormentada
de tanto afan y tristes pensamientos,
se representan fantasías vanas,
ideas de terror, de sangre y duelo,
y el alma perturbada y afligida,
se agita, tiembla, y de repente advierto
que me cercan puñales de asesinos,
y dirigir sus puntas á mi pecho....
Ay de mi! me parece que sus roncas
voces escucho!.... Que ahora mismo veo
sus ojos centellar, crugir sus dientes,
y de sus rostros el horrible aspecto
mil muertes presentar.... Huyamos pronto
de este sitio... Mis ojos estan llenos
de sangre... Donde quiera que mis plantas

fixo se anegan.... Mutilados cuerpos
en mil formas horribles reproducen
la imágen de la muerte... Ya su yerto,
su descarnado brazo la guadaña
mortal levanta... Descargarla veo
sobre mi amante. Justo Dios! Ya corre
su sangre por aquí!... Ay mi Laurencio!
Tú muerto, muera yo.

Cae atonita en la silla, reparándola Sofia el golpe con sus brazos.

SOFIA.

Desventurada
jóven!... Volved en vos... Mortal tormento!
Ah! desmayada en su deliquio yace!
Lucrecia amable!... Su semblante advierto
desfigurado y pálido!... Cadáver,
Ay Dios, parece!
Pausa y despues con alegría.
El perezoso aliento
indica ya volver de su letargo.
Volved, Señora, y en mi amante pecho
extrechaos.

La abraza tiernamente, y la ayuda á levantarse.

LUCRECIA.

Sostenme, que en mi angustia
ignoro donde estoy.

SOFIA.

Si el dolor vuestro
así turbar os pudo los sentidos,
desechad el terror, de que cubierto
teneis el corazon. Las circunstancias
presentes piden el mayor esfuerzo.

LUCRECIA.

Ah! dia perezoso, lentas horas,
que dilatais mi mal y mi tormento!

SOFIA.

No en llanto inútil y continuas quejas,
triste Lucrecia, se nos pase el tiempo.
El dia alumbra ya. De vuestro enlace
se aproxîma la hora; pero temo
que con falsa amistad hoy vuestro padre
os vende, conjurado con Guillelmo,
alevoso rival, y otros traidores,
mortales enemigos de Laurencio,
y de su hermano Julian. Conviene
no perder ocasion, buscar el medio
de darles pronto aviso. Si culpaba
antes tantos temores, y el tormento
de sospechas contínuas, ya conozco
que tuvisteis razon, que mi sincéro
corazon se engañaba, y que es preciso
destruya un desengaño en vuestro dueño
la confianza y fé, que le conduce
al peligro mayor. Esto os advierto,
por si se encuentra algun arbitrio, ó pronta
coyuntura....

LUCRECIA.

Ay Sofia! No la encuentro.

SOFIA.

Un doméstico fiel pudiera acaso....

LUCRECIA.

La suerte ya se echó. Cómo en el seno
de este palácio hallár un alma quieres
leal, que sin peligro de vendernos,
vaya á dar el aviso? Todos, todos,
esclavos del temor del duro y fiero
carácter de mi padre, de mi amante
espias y enemigos los contemplo.
En situacion tan bárbara socorro

ninguno ya nos queda: no lo encuentro.
Morir es el destino que prepara
la venganza de un padre. Mas Laurencio
no morirá. Los golpes, que á el dirijan,
antes descargarán sobre este pecho,
que su escudo ha de ser. Interponerse
sabrá á los golpes del malvado acero,
que le amenace. Moriré gustosa,
con tal que él viva.

SOFIA.

Ah! mi Lucrecia! veo
vuestra comun desgracia. Hija querida!
El corazon se parte; si contemplo
las desgracias futuras. No, Dios mio!
No permitais que crimen tan horrendo
cometa un padre! Vos velais continuo
por la inocencia, el brazo justiciero
levantado teneis contra el malvado,
y sabeis confundirle en el momento
de perpetrar sus barbaros delitos.

LUCRECIA.

No los cometerá. Mi padre al menos
tendrá piedad de mí.... Pero que digo!
vacilo entre temores y deseos,
y estos mortales desmedidos odios
en sangre acabarán. Solo el acero
del puñal alevoso ha de extinguirlos....
Ah! Como yo debiera preveerlo!...
Que bodas tan infames y exêcrables
son las que se preparan, Dios eterno!
Capaz, padre, sereis de atroz venganza,
y de tan vil traycion! .... Ah! no es de pechos
nobles y generosos.

SOFIA.

Gente viene,
y es Jacobo.

LUCRECIA.

En su rostro feroz leo
el enojo y la cólera sangrienta,
que roe sus entrañas.

ESCENA VI.

Dichas y JACOBO *entra apresurado.*

JACOBO.

Llegó el tiempo
de tu felicidad. El nuevo dia
anunciándola viene, y mis deseos
se cumplirán. Que júbilo renace
en mi alma, Lucrecia, si contemplo
las ventajas futuras! Largos años
serán á mi impaciencia los momentos,
que estas felices bodas se dilaten.
A este lugar caminan nuestros deudos
y amigos, en su gala acreditando
su amor y su placer. Vendrá Laurencio
tambien con Julian y sus amigos,
que las dichas celebran. Al momento
tu persona se adorne de las joyas
y preséas mas ricas, que al empeño
deben corresponder. Partid que el hora
se acerca ya.

LUCRECIA.

Sumisa os obedezco.
Sofia, qué temór! Mis plantas tiemblan,
y en un mortal sudor toda me yelo.

Yéndose las dos.

ESCENA VII.

JACOBO.

Infelice! Que vanas esperanzas
son las que lisonjean ese pecho,
que un imprudente amor hizo rebelde!
Mirando por donde fué la hija.
Tendré la complacencia de que yerto,
partido el corazon al dar la mano
veas a ese traidor! Debido premio
será á tu injusta y loca inobediencia.
Yo mismo por mi mano de su pecho
lo arrancaré despues, porque tus ojos
le vean palpitar.... Extraño fuego:
un volcan por la sangre se difunde,
y muerte clama.... Pero aquí Guillelmo
se presenta.

ESCENA VIII.

JACOBO, SALVIATI, BANDINO, *y* GALLATO.

JACOBO.

En mis brazos os recibo.
Abrazando á Salviati.
Declaradme el estado en que se halla
nuestra conjuracion. Anselmo ahora
de mí se separó. Prontas las armas
de la milicia estan, él las reune.

SALVIATI.

El cielo nos protege. No esperaba
aun tanto como espero.

JACOBO.

Pues mi brazo
pronto le encontraréis á la venganza;
que nuevas fuerzas en mi pecho adquiere

esta pasion violenta, que me abrasa.

GALIATO.

Si el plan está dispuesto, declaradme:
de herir á los traidores quien se encarga?
En qué sitio ó lugar? A qué momento?

SALVIATI.

Escuchad todo. Con prudente y sabia
direccion y cautela por los nobles
hice correr la voz de esa tirana
atroz accion, y proceder infame,
que ayer contra el sagrado de esta casa
intentaron los Medicis soberbios
cometer, ultrajando vuestras canas,
y vuestro propio honor. Supo mi astucia
el crimen describir con fuerza tanta,
con tan vivos colores, que suscito
entre los malcontentos odio y rabia,
y con feroces animos desean
se dé señal á la cruel matanza.
Para la execucion nos bastan pocos,
pero todos armados de tal saña,
tal corage y valor, como el que anima
á nuestros deudos, que presentes se hallan.
Anselmo, que las tropas acaudilla,
cercará este palacio y la gran plaza
al momento de dar el fiero golpe
á los tiranos. Clamará venganza
por el pueblo, y nosotros llegarémos
sin dilacion á unirnos con sus armas.
Desde este punto y ocasion Florencia
en sedicion vereis toda alterada,
y triunfantes quedar nuestros puñales,
lavada con la sangre vuestra mancha.

JACOBO.

Mas de inmolar los dos en un momento,
Salviati, se ha pensado?

SALVIATI.

Así se trata,
Jacobo.

BANDINO.

Los aceros, que vengarnos
deben, será preciso á un tiempo caigan
sobre los dos. Si el uno el golpe yerra,
se malogra la accion.

SALVIATI.

Estan tomadas
todas las precauciones. El momento
de dar el golpe sea quando vayan
los dos tristes esposos á ofrecerse
la mano, y la fé mutua de sus ansias.
Entonces verteremos la vil sangre
de esos tiranos, que la ley ultrajan,
hombres, naturaleza y aun Dios mismo,
cuya justicia desde el cielo clama
por el castigo digno á sus maldades.

BANDINO.

Reflexionad que atrocidad tan rara
y alevosa de horror cubrirá al pueblo,
y adquirimos el odio.

SALVIATI.

Importa nada
la opinion de la plebe. Nuestra empresa
con mas temor que cólera mirada
habrá de ser, Bandino. Os estremece
verter la sangre por ventura!

BANDINO.

Ultraja
esa reconvencion el valor mio.
Nunca pudo la sangre derramada
turbar al que ha nacido en los combates
del furibundo Marte, ó derramarla;
y mil pruebas he dado. Lo que importa
es ya saber el brazo á quien se encarga

la muerte de los Medicis.

SALVIATI.

El mio
á Laurencio ha escogido, porque el alma,
que en zelos arde, satisfecha quede.

BANDINO.

Yo á Julian.

JACOBO

Ah! no: que ya se halla
Sacando el puñal.
armado el mio, y el honor obtenga
de dar el primer golpe. Nuestra espalda
guardareis vos Galiato, y vos Bandino
mientras la execucion, y en esta sala
quedareis de reserva, porque nadie
pueda escapar al filo de la espada.
Ya me parece oir los espantosos
lamentables suspiros, con que exhalan
sus negras vidas: que el clamor funesto
en ecos repetidos por las anchas
las espaciosas bóvedas se extiende,
que cubre de pavor, que al vulgo pasma
atónito y turbado. Nuestro imperio
hoy renace en Florencia, y nuestra fama,
que en los siglos eterna hará la Historia.

SALVIATI.

Mas debo preveniros que la saña
no os ciegue y precipite. Un excesivo
ardor puede dañar. Tened osada
mano, mas firme y pronta, imperturbable
semblante, boca muda, propia de alma
habituada á la efusion de sangre;
y apenas de mi brazo el puñal haya
dado el golpe, que el vuestro no descuide
el suyo; pero un gesto, una mirada
con sobresalto, un imprudente y pronto
movimiento, y tal vez una palabra

podrá quitar el tiempo á nuestra empresa,
al que hiera el valor, la confianza
á los tiranos y perderse todo....

JACOBO.

Ah! la ocasion quisiera que llegara
de enterrar el puñal en el vil pecho
de Julian, y rotas sus entrañas,
verle despues enroxecido en sangre....

Se oyen pasos.

BANDINO.

Callad.... Pero es Volterra.

ESCENA IX.

Dichos, y llega VOLTERRA *apresurado.*

VOLTERRA.

Sin tardanza
el puñal y la espada preparemos.
Ya se acercan los Medicis, la entrada
de este palacio pisan. Lisonjeros
forman su comitiva. Por la plaza
el pueblo expectador en tropel corre,
admirando la pompa y extremada
opulencia, que excede á quanto ha visto
Florencia en sus torneos. Del Arabia
los perfumes, las perlas, los diamantes,
que la avaricia de esa vil prosapia
consiguió acumular en sus tesoros,
prodigan en su pompa y en su gala.

SALVIATI.

Pues corage y valor. Los dos el brazo
preparemos, Jacobo, á la venganza.

ESCENA X.

Dichos, y llegan JULIAN, LAURENCIO, NERI, *y acompañamiento lucido de Nobles.*

JACOBO.

Que alegre es este dia para un padre,
que todas sus venturas ve logradas!

LAURENCIO.

Despues de las deshechas tempestades
el sol parece que con luz mas clara
alumbra á los mortales, destruyendo
temores é inquietudes, que á las almas
afligieron. Así sucede ahora
á nuestros corazones. Ya se hallan
en estrecha amistad tan enlazados,
que miran con horror la edad pasada,
y se entregan al gozo y regocijo
en el presente dia.

JULIAN.

Enagenada
Florencia toda en júbilo bendice
estas bodas dichosas, y os aclama
por padre generoso. Mas que extraño
será su regocijo, quando aguarda
su dicha conseguir con este enlace,
y la tranquilidad, de que privada
se vió otro tiempo.

SALVIATI.

Corazon hubiera,
que insensible á las dichas se mostrára
en tan plausible dia? Ah! mi pecho
en las satisfacciones se embriaga,
que mira ya constantes y seguras.

ESCENA XI.

Dichos y llega un Doméstico.

DOMESTICO.

Las santas ceremonias se preparan,
y el sagrado Ministro y vuestra esposa
para las bendiciones os aguardan.

LAURENCIO.

Hora feliz, que colma mis venturas!

Van entrando todos, menos los siguientes.

ESCENA XII.

GALIATO, BANDINO, *y* SALVIATI.

SALVIATI.

Hora de horror, de sangre y de venganza
decir debieras! Prevenios luego
á rechazar osados con la espada
á quantos evadirse del extrago
intenten, que mi mano sanguinaria
va pronto á herir.

BANDINO.

Marchad: de nuestro acero
ninguno ha de librarse.

ESCENA XIII.

BANDINO *y* GALIATO *desenvaynando las espadas.*

GALIATO.

Nuestra patria
venguemos hoy de la opresion que sufre,
y quede de una vez libre de tantas

inquietudes, que causa esta familia.

BANDINO.

Sí, Galiato: trastorne de esa casa
los soberbios y altivos pensamientos
el valor reunido de las almas
libres, á quienes tan pesados grillos,
y eterna esclavitud les amenaza.
Esa puerta guardad, yo esta aseguro.
No quede á vida nadie, que con planta
atrevida á pisar llegue este suelo.

Pasa cada uno á su puerta.

GALIATO.

El momento ha llegado. Las estancias

Ruido de espadas dentro.

del palacio retiemblan.

Voces dentro

Asesinos!....

Cobardes!

BANDINO.

Escuchad: desconcertadas
voces oigo... Los gritos y alaridos
crecen. La tierra tiembla. Se acobarda
el corazon. Las vidas exhalaron
los tiranos.

GALIATO.

Lucrecia consternada
se acerca!

ESCENA XIV.

Dichos, y LUCRECIA *sale huyendo horrorizada.*

LUCRECIA.

Por piedad abridme paso.

BANDINO.

Deteneos, Señora: está cerrada
para vos de este sitio la salida.

LUCRECIA.

Bárbaros, ya lo sé que vuestras almas
ninguna pasion noble y generosa
conocen. Oh! mi Dios! Tigres de Hircania!
Cobardes asesinos! A lo menos
dadme el consuelo de que vuestras armas
viles me eviten esa horrenda vista.
Mi muerte apresurad. Esas espadas
denme el consuelo.... Mas que veo! Ay triste!
Ve á este tiempo á su padre llegar herido.
Mi padre! Que dolor! Sangre derrama
de una herida cruel!

ESCENA XV.

Dichos, y sale JACOBO *bañado en sangre con el puñal en la mano.*

JACOBO.

Llegad Galiato:
valedme.

GALIATO.

Vos herido!
Le sostiene Galiato.

JACOBO.

Mi venganza
el brazo executó. Mira, hija infame,
el vapor denso que el puñal exhala!
Mostrando el puñal.
De un tirano es la sangre.

LUCRECIA.

Ah! de Laurencio!....
Habeis podido, padre, vuestra saña
descargar sobre el pecho de mi Esposo!

JACOBO.

Pude: mas quando en iras y atroz rabia
ciego en Julian los golpes repetia

mi puñal, esta herida que me mata,
de un alevoso, de un traydor acero
recibi, y ella sola es quien le salva
de mi furor; mas sabe que otra mano
le habrá herido mas firme y mas osada
que esta trémula mia.

LUCRECIA.

Yo fallezco!....
Padre inhumano, que las leyes santas
del honor y amistad habeis violado!....
El horror y piedad juntos batallan
dentro del corazon!.... El ser me disteis,
mas la naturaleza me reclama
contra vos un tan bárbaro delito,
y me horroriza el veros! Se desatan
en este punto vínculos sagrados
que á vos me unieron, y mi acento clama
al cielo vengador que de su esfera
rayos fulmine, y sus voraces llamas
en cenizas convierta á los malvados.
De un Dios temed las iras!

Voces dentro.

Las pisadas
de Jacobo seguid.

Tropel de gentes dentro.

GALIATO.

Este es Laurencio!

BANDINO.

El triunfa y nos persigue.

LUCRECIA.

Que oigo!

JACOBO.

Faltan
mis fuerzas ya. Salviati ha perecido....
La empresa se perdió. Fortuna ingrata!

Que así me abandonastes! Mas que veo!
Al ver huir á Bandino y Galiato.
Y vosotros!

GALIATO.

Buscamos la esperanza
Huyendo.
de salvarnos.

JACOBO.

Cobardes! Almas viles!

ESCENA XVI.

JACOBO *y* LUCRECIA.

LUCRECIA.

Librarse no podrán: no, si se halla
Laurencio vivo: donde quiera muerte
segura encontrarán.... Vivo le alcanzan
á ver mis ojos! Ah! justo es el cielo!
Dios mio, castigad!

Con el mayor entusiasmo, al ver á Laurencio que va á salir.

JACOBO.

Toma, villana,
recibe ese puñal, y antes que llegue
á mi turbada vista me traspasa
el corazon con él.

LUCRECIA.

Yo, insano padre!

JACOBO.

Horrible vista!
Al ver entrar en la escena á Laurencio.

ESCENA XVII.

Dichos y LAURENCIO *seguido de varios Nobles con las espadas desnudas.*

LAURENCIO.

Aquí el traydor se halla.
Despedazadle.

LUCRECIA.

Por piedad siquiera....
Interponiéndose.

LAURENCIO.

A defender os atreveis un alma
alevosa y cruel! No es vuestro padre,
es un monstruo, un malvado. De su rabia
fué víctima Julian; pero yo vivo!
Sí! Salviati á los filos de mi espada
espia sus delitos exêcrables.
Para vos una pena mas amarga
habrá, traydor!

LUCRECIA.

Porqué tan inhumano!
A Laurencio, y abraza al padre.

LAURENCIO.

Vos le abrazais!

LUCRECIA.

El muere: ved que exhala
suspiros dolorosos.

JACOBO.

Este agudo
puñal debeis mirar. La sangre helada
de que se ve bañado es del tirano,
es del vil Julian.... Solo faltaba
á mi ambicion y enojo que la vuestra
tambien hubiera sido derramada....
Moriria contento, mas rabiando
muero.

LUCRECIA.

Dolor cruel!

LAURENCIO.

Nunca la santa
justicia permitió que el asesino
tranquilo muera.

ESCENA ULTIMA.

Dichos y NERI *con el pueblo armado.*

NERI.

Ya Volterra acaba
de arrojar su vil alma por mil bocas.
Los demas conjurados, de la saña
del pueblo horrorizado son despojo,
y Dictador á voces os proclama,
fugitivas las tropas, que el malvado
Anselmo en vuestro daño acaudillaba.

JACOBO.

Que escucho! Aun esto mas!... Muerte, que esperas!
No mas sufrir.

Se hiere con el puñal y muere.

LUCRECIA.

Cruel!... Suerte inhumana
que en afliccion me abismas!

Estrechándose con el padre.

NERI.

Feroz padre!

LAURENCIO.

El cielo ha sido justo. Separadla
al punto de ese monstruo. El tiempo solo
de su pecho podrá calmar las ansias,
la amargura y tormento, que la afligen.
Y pues libre se mira nuestra patria
de viles asesinos, mi ventura
Florencia admire, y goze la paz santa.

VIRGINIA.

TRAGEDIA ORIGINAL

EN TRES ACTOS.

ARGUMENTO.

Si el Decemvirato no hubiera producido en Roma mas que las doce tablas, hubiera sido una época gloriosa para la República; pero degeneró en tiranía, y nada respetando los tiranos, se perdieron ellos mismos.

Apio, habiendo quedado en Roma mientras que sus colegas hacian la guerra en el sitio de Algido, se apasionó de la jóven Virginia, hija de Virginio, anciano plebeyo, y prometida esposa de Icilio, antiguo Tribuno del pueblo.

Despues de varias tentativas inútiles para satisfacer su pasion, tomó el partido de apoderarse de ella por fuerza en qualidad de Juez, suponiéndola nacida de una esclava de su confidente Marco,

que la reclamó. Icilio y Numitorio defendieron á Virginia con el ardor propio de un tio y de un amante, y este es puesto en prision por órden de Apio.

Advertido Virginio por Numitorio del peligro en que se hallaba su hija, se dió priesa á partir del campo de Algido volando á su socorro. Llega á Roma, y defiende su causa: ve dispuesto al malvado Decemvir á apoderarse de la persona de Virginia por medio de su sentencia, y no hallando otro recurso para salvar el honor de su hija, hiere su pecho con un puñal, y mostrando éste ensangrentado á Apio, le dice: *por esta sangre es por la que ofrezco tu cabeza á los Dioses infernales.*

Apio ordena en vano que se prenda á Virginio, se abre éste paso por entre los Lictores y la tropa, y excita contra el tirano el odio del pueblo, que horrorizado, y acaudillado por Horacio, y Va-

lerio, esparce la venganza por todas partes, rompe las prisiones que oprimen á Icilio, confunde y despedaza á los malvados: Apio muere, y volviendo vencedor á la Plaza, encuentra Icilio á Virginia espirando en los brazos de Publicia.

ACTORES.

APIO CLAUDIO, *Decemvir.*

MARCO, *su confidente.*

VIRGINIO, *padre de*

VIRGINIA, *sobrina de*

NUMITORIO.

PUBLICIA; *Aya de Virginia.*

ICILIO; *amante y prometido esposo de Virginia.*

ROMANOS.

LICTORES Y SOLDADOS.

La escena es en Roma en el atrio del templo de Júpiter Estator, y delante del Foro Romano, adornado de arcos, obeliscos, y trofeos.

El primer acto principia al obscurecer.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

APIO, *y* MARCO.

Entran juntos, y Marco se acerca á la entrada del templo, observa, mira, y despues vuelve.

MARCO.

El Templo solo está: los sacrificios,
hasta despues, no creo se repitan,
todo es silencio.

APIO.

Mi impaciencia, Marco,
temo que ponga término á mi vida,
pues el ardor insano, que me abrasa,
con tal voracidad mi pecho agita,
que de pábulo sirve en tal incendio
lo mismo que saciar mi gusto priva;
y así mayores fuerzas da al deseo
todo lo que me aparta de Virginia.

MARCO.

¿Juzgas que con afectos persuasivos
reducir su esquivez no se consiga?
¿Podrá ser todo con su sexô inútil?
Apio, no: que es muger á quien incitan
aplausos, vanidades, é intereses.
Resuélvete: la noche se aproxima,
y en medio de sus sombras amor suele
proteger la pasion que te lastima.
Nunca será acertado que aventures
otra vez tus intentos á la vista
de tantos concurrentes, que esta noche

á los sacros altares se encaminan.
A su casa... APIO.
No, Marco: fuera insulto....
MARCO.
Otras las leyes son de la justicia
en Apio: su querer, única regla
habrá de ser, que sus acciones mida.
Quien ha sacrificado por la patria
su quietud, sus talentos, sus vigilias,
el código formando de las leyes,
de las trabas políticas se mira
exênto. Tu placer, Apio, merece
mayores atenciones que la vida
de una plebeya, que su honor precario.
APIO.
El que dicta la ley debe cumplirla.
MARCO.
Pero tambien escrúpulos desprecia,
quien á lograr lo que apetece aspira:
rezelos, ó reparos al que manda,
ó al poderoso nunca le intimidan.
Si en tu lugar me hallára, de sus lares,
del seno paternal la arrancaría:
tu norte debe ser tu propio gusto.
APIO.
Con tus discursos nuevo fuego aplicas,
y nuevo impulso das á mi deseo:
vencer no podré ya la llama activa
que me devora el corazon... A todo
estoy resuelto.
MARCO.
Sola con Publicia
su Nútriz estará, y ausente el padre,
aun esta circunstancia te convida
para lograr tus gustos, sin que pueda
llegar á sus oidos la noticia

de un manejado amor... Sus familiares,
sus mas fieles esclavos, y aun su fina
nutriz al oro cederán....

APIO.

Suspende,
que Valerio, y Horacio se divisan.

MARCO.

Pues vamos á emprender la última prueba
de tu solicitud.

APIO.

El paso guia.

ESCENA II.

HORACIO, VALERIO.

HORACIO.

Qué de tristes imágenes, dó quiera
la planta fixo, el corazon agitan!

VALERIO.

Vistes al Decemviro, y confidente
explorando el lugar?

HORACIO.

Me pronostica,
que algun infame lazo se prepara
á la inocencia y la virtud en dia
en que al supremo Jove sacrificios
las matronas, y virgenes destinan.
¡Oh tiempos! Oh costumbres! Patria amada
entregada al desórden!

VALERIO.

Que desdicha!
Es este el capitolio? El foro es este,
en donde las virtudes reunidas,
el valor, y constancia al mundo dieron
exemplos de eternal sabiduría?
Es esta Roma, Horacio?

HORACIO.

No, no es Roma:
solo el nombre ha quedado, si exâminas
que desaparecieron de sus muros
las almas fuertes. Triunfan, y dominan
solamente en su centro los mas viles
vergonzosos delitos, que amancillan,
cubren de oprobio la memoria nuestra,
y al pudor, y decencia escandalizan.
Los Decemviros hoy con su gobierno
tirano, su ambicion, y su codicia
duros grillos fabrican, y cadenas,
que á los libres Romanos esclavizan.
Para hacer mas temible, y mas durable
la opresion, y violencia que meditan,
acaban de poner esa barrera,
ese muro, esa ley que á las familias
de plebeyos impiden se reunan
en Himeneo santo á las patricias.
Así seguros dominar pretenden
á la sombra de eternas, y contínuas
discordias infernales, que la audacia
y orgullo de los nobles autoriza.
Apio, fingiendo integridad y zelo,
á Roma engaña con su hipocresia,
y haciendose rogar de sus colegas,
vuelve á tomar el mando, que decia
serle insufrible, y muy pesada carga.
A su cabeza puesto, al punto quita
la máscara falaz, y el velo doble,
que su soberbia, y su ambicion cubria.
¿No se vió en el primer Decemvirato,
que aquel que la asamblea presidia
gozaba solamente de las fasces,
hachas, y todas las demas insignias,
que al cargo consular le fueron dadas?
Que sus colegas no se distinguian

de todos sus demas conciudadanos
mas que en el oficial que les seguia?
Pues hoy todos en público aparecen
cercados de Lictores, y acaudillan
al lado de esta imágen espantosa
de las fieras violencias que meditan,
hombres viciosos, gentes criminales,
y juventud Romana corrompida,
que despojan á todos de sus bienes,
y disponen impunes de sus vidas.
Por medio de una ausencia voluntaria
desterrados se ven en las campiñas,
ó en los pueblos vecinos los patricios,
blanco temiendo ser de tiranías.
El dar la libertad á nuestra patria,
fué honor hereditario en las familias
de Valerios, y Horacios: esta gloria
á los dos pertenece en este dia,
y dignos nos hagamos....

VALERIO.

Basta, Horacio:
quien supo en el senado, y á la vista
del numeroso pueblo tantas veces
oponerse á la audacia, y tiranía
de ese opresor, con animo constante
por la patria sabrá perder la vida.

HORACIO.

Nada se omita ya: comun á todos
es el peligro, quando la injusticia
llega del opresor á tal extremo,
que á los fuertes Romanos sacrifica
á su venganza atroz: pues fué ya Sicio
blanco de la mas vil alevosía,
vendido á la traycion, asesinado
por una tropa infame, corrompida
por los diez opresores de la patria,
que poco á poco aniquilar aspiran

á los fuertes patricios, y plebeyos,
en quienes Roma su defensa fia.
Valerio lo será tambien, y Horacio,
si á reparar el daño no caminan.
Confúndase á los malos, que tuvieron
el temerario arrojo, la osadía
de publicar, que al punto despeñados
de la Roca Tarpeya se verían
los que en contradecirlos insistiesen.

VALERIO.

¿Ultrage tal se sufre, y no castiga
nuestro valor?

HORACIO.

Al punto á Numitorio
busquemos: es Romano, á quien anima
el amor de la patria, detestando
de esa canalla audaz las injusticias:
ademas, de la plebe es el zeloso
defensor con Icilio, á quienes ligan
intereses de amor, que puro y tierno
este jóven profesa á su sobrina:
sabes que otros Romanos con Virginio,
(padre de aquella jóven) que sus vidas
exponen en Algido por la patria,
parciales son tambien de las familias
de Quincios, Cincinnatos, y Lucrecios,
que aunque patricios, toda tiranía
á rostro firme siempre destruyeron.
Pero qué acaso á Numitorio guia
á este lugar?

ESCENA III.

HORACIO, VALERIO, *y* NUMITORIO.

Se va obscureciendo lentamente, de modo que concluya de estarlo á la siguiente escena.

HORACIO.

¿Qué buscas alterado,
demudado el color?

VALERIO.

¿Dónde caminas?

NUMITORIO.

A vengar una ofensa.

HORACIO.

Aunque ignorase
la justa causa, que á furor te incita,
y á todos es comun, en tu zozobra,
y en tus turbados ojos la leería.

NUMITORIO.

Romanos, crece el mal: pronta venganza
reparar solo puede la injusticia,
y agravios recibidos del tirano.
En sojuzgar á Roma no limita
sus asechanzas ya, camina osado
á manchar el honor de las familias.
Impúdico agresor del débil sexô
se ha declarado, y ya de su lascivia,
de su pasion brutal, é impuras llamas,
sin distincion objeto son las hijas
mas recatadas, que en seguros lares
conservan el candor, que honor inspira,
la sangre, y el exemplo en su crianza.

HORACIO.

¡Qué dices, Numitorio!

NUMITORIO.

Sí: Virginia,
hija de Numitoria, y de Virginio,
y de Icilio la esposa prometida,
es el blanco á que osada se dirige
del Decemviro la voraz lascivia.
¿Qué seguro hallarán nuestras matronas,
si corromper las vírgenes medita?
Y á qué desórden no abrirá camino,
si un atentado tal no se castiga?
En las públicas plazas se cometen
sus infames asaltos, y á la vista
de las madres, que asisten á las sacras
ceremonias de Jove con sus hijas.
Esto pasa, Romanos: este ultrage,
este propio baldon es el que irrita
mi cólera y venganza, el que devora
mi corazon en infernales iras.

HORACIO.

¡Quando Virginio entre el furor de Marte,
y en medio de las huestes enemigas
guerrea por la patria, la defiende,
y por nuestra salud se sacrifica,
ese infame opresor una deshonra
le prepara!

VALERIO.

Tan bárbara osadía
á un exemplar castigo nos provoca.
Numitorio: mi espada, si mil vidas
Apio tuviese, las cortára todas.
De mi brazo dispon.

HORACIO.

Templa, mitíga
ese indiscreto fuego. Es necesario
en el caso tomar otras medidas:
no nos precipitemos.

NUMITORIO.

Pues qué, Horacio
con tanta indiferencia sufre y mira
nuestro oprobio, y baldon?

HORACIO.

Si conociese
que tal reconvencion no era nacida
de tu zelo, y honor, cómo pudiera
disimularla yo, menos sufrirla!
No conoces á Horacio, Numitorio?
Me injurias de ese modo? Así te olvidas
del valor, del honor de mis abuelos,
del espíritu indómito, que inspiran
los antiguos blasones heredados,
la sangre ilustre que mi pecho anima?

NUMITORIO.

No mi intencion....

HORACIO.

Valerio, Numitorio,
que modereis la cólera y las iras
os prevengo, que males de esta clase,
si pensais que se cortan, se radican
con un despecho. La cautela sola
de castigar los medios suministra;
á ella apelemos. Sepan los patricios,
la plebe sepa, que la senda pisa
del honor, los peligros que amenazan
á la patria, y á todas sus familias.
A la voz de la gloria reunidos,
rompamos las cadenas que nos ligan,
y de la iniquidad el peso abrume
al autor de la infamia y tiranía.
El medio es este.

VALERIO.

Sigo tu consejo.

NUMITORIO.

Ah! me temo, Romanos, se repita

la escena infame del impuro Apio.
Al sacro rito vuelven nuestras hijas,
pues á Jove Estator, en esta noche
victimas y holocaustos sacrifican
por la salud del pueblo, y sus victorias.

HORACIO.

¡Será tan loca, tan voraz, y impía
la pasion de ese monstruo, que las santas
ceremonias profane! No: camina,
y sigue tú, Valerio. A abrazar vamos
un proyecto atrevido contra insidias
tan bárbaras, é infames, y prometo,
segun este valor, que al pecho anima,
purgar la patria de malvados hombres,
sin que quede memoria, ni aun reliquia
de que exîstieron. Quincio, Cincinnato,
con Lucrecio, prometo que nos sigan
en la empresa. Partamos á buscarles,
tú á Virginio de todo al punto avisa,
y á Roma venga.

NUMITORIO.

Partirá un correo:
sabrá del Decemviro la perfidia.
Del amor paternal arrebatado,
y de su honor, á defender la hija
volará.

VALERIO.

Nuestra empresa se execute,
y cayga de una vez la tiranía.

ESCENA IV.

PUBLICIA, VIRGINIA *temerosa y afligida.*

PUBLICIA.

Ya Numitorio, tu adorado tio,
los medios busca, la ocasion medita,
de castigar en Apio las maldades,
que á Roma infaman, y tu honor lastiman.
No temas, no: las vírgenes romanas,
que al templo reverentes se encaminan,
á buscarte vendrán, y si al asilo
de tus lares sagrados te retiras,
darás que sospechar. Todo motivo
evitar procuremos.

VIRGINIA.

Ah! Publicia!
¿No quieres que esta plaza me intimide,
en cuyo tribunal las injusticias
se convierten en ley, la audacia reyna,
y los vicios y robos se autorizan?
La ausencia de mi padre al Decemviro
puede dar nuevamente la osadía
de repetir sus viles asechanzas.

PUBLICIA.

Que tu prudencia tome las medidas
de evitar los insultos de sus ojos
lo aplaudo; pero advierte, mi Virginia,
que si á los ritos faltas, las sospechas
serán contra tu honor. ¿Yasus porfias,
de impulsos sensuales animadas,
y de torpes antojos producidas,
no has rebatido, dí, con animosa
resolucion, tan propia de quien hija
es de Virginio, y Numitoria?

VIRGINIA.

Pero
no extrañes mi afliccion, dulce Publicia;
que si la voz por las montañas hondas
de valle en valle el eco multiplican:
tambien de bocas mil, en mil el vulgo
la menor nota, que el honor denigra,
con rapidez extiende en los oidos,
y abulta la opinion que mas lastíma.
Esto solo me aflige, y el que á Icilio
pueda haber una lengua fementida
sugerido sospechas, que degraden
mi conducta y honor.

PUBLICIA.

No así te aflijas:
Icilio ignora todo, que á saberlo,
arrebatado de celosas iras,
hubiera ya vengado tal ofensa,
quando solo en tu amor todas sus dichas
estan cifradas....

VIRGINIA.

Ah! la corta ausencia
que noto desde ayer, me pronostica
no sé que de temores, que á quien ama,
recelos, sobresaltos siempre agitan.
Mas quien hácia aquí llega?

PUBLICIA.

Tu semblante
compon... Icilio es... ya nos divisa:
suspende el llanto, enxuga esos cristales,
que empañan el coral de tus mexillas.

VIRGINIA.

Fácil no podrá ser aunque me anime.

ESCENA V.

ICILIO *y dichas.*

Si un acaso me pudo, mi Virginia,
privar de la luz clara de tus ojos,
que vida y alma y corazon anima:
si religiosa ocupacion te llama,
que encontrarte en tus lares hoy me impida,
como siglos eternos son las horas,
que Icilio cuenta quando no te mira,
te busca diligente y cuidadoso,
antes que el carro de la noche fria
con su brillante luz la aurora ausente;
mas no á saber de aquella dulce, y fina
voluntad que te dí, porque confio
que tu pecho la alberga, y acaricia,
desde el punto feliz que la admitiste;
y sí de tu salud, pues que la mia,
de su especial conservacion depende.
Dime, pues, cómo estas? y tranquiliza
mi cuidado... Qué es esto?.. No respondes?
Qué veo?... Tú llorosa? Tú afligida?
Tu semblante turbado? Así le niegas
tu amable rostro á Icilio?... Ah! Publicia,
que suspension es esta?... Tambien callas?
Algun mal grave!...

PUBLICIA.

Icilio, no la aflijas.

ICILIO.

Deidades, llegó el triste doloroso
lance de ver Icilio que Virginia
desatiende su amor! (ah! no es posible *Ap.*
que proceda de causa tan indigna
su disgusto) Señora, quien los rayos
de tus hermosos ojos hoy eclipsa!

Quién desluce tu rostro! Quién te aflige!
Dímelo, pues, y á Roma la alegría
vuelva, que la robó tu desconsuelo.
Hay quien pródigo acaso de su vida,
sin temor de mi enojo te provoque?
Dímelo, sí, mi bien, y al alma mia
saca de pena tanta. El llanto crece,
que empaña el rosicler de tus mexillas!
Si algun aleve pudo... Mas qué digo!
No me lacereis mas, celosas iras!

VIRGINIA.

No, Icilio, no, mi bien, nunca imagines
que en tu lugar mi corazon admita
otro dueño. ¿Capaz me consideras
de tan torpe baxeza? Está esculpida,
en el alma tu imagen.

ICILIO.

Pues si Icilio
es tu bien, por qué causa no le explicas
los males que padeces? Tu tristeza
nace de algun pesar!

VIRGINIA.

El la origina,
es verdad.

ICILIO.

Cómo! dí...

VIRGINIA.

Y el mismo llanto,
que en balde reprimí, lo califica.

ICILIO.

Pues no me le recates: sepa luego
el orígen del mal... Mas tú, Publicia,
sácame de esta duda.

PUBLICIA.

Del recato
padecerán las leyes.

ICILIO.

No prosigas.
Qué es esto, Dioses! El pudor padece?
Callais las dos, y el llanto lo autoriza?
Qué mas pretendo! calla, no me expliques
un mal, que solo imaginado, quita
el vivir!

VIRGINIA.

Pues acaso!

ICILIO.

No te escucho.

VIRGINIA.

Presumir puedes de mi fé sencilla!

ICILIO.

O! matenme los Dios!

PUBLICIA.

Considera
que el pundonor ofendes de Virginia....
que es inocente....

ICILIO.

En vano persuadirme
á vista del silencio solicitas:
ya sé lo que he perdido.

VIRGINIA.

Calla, Icilio,
el acento suspende, que denigra
mi pundonor, sino tu lengua fuera,
la arrancára en un punto. Qué, te olvidas
de que Virginio y Numitoria fueron
de mi exîstencia autores? Tan indignas
sospechas no las sufro. Para siempre,
hombre atrevido, huye de mi vista.

PUBLICIA.

Señora!... Icilio!... reparad!...

ESCENA VI.

VIRGINIA, ICILIO, PUBLICIA *y* NUMITORIO.

NUMITORIO.

Qué es esto?
Los tres enmudeceis? Y tú, Virginia,
llorosa estas? Tambien Icilio ayrado?
Quién te aflige? Responde: quién irrita
tu cólera?

ICILIO.

Señor, Virginia explique
lo que callar pretende con Publicia.

VIRGINIA.

Si el no acertar mi empacho con las voces,
á Icilio pudo dar tanta osadía,
que contra mi modestia la mas leve
presuncion concibiese; sufriria,
aun mediando el amor, tanta baxeza?
No era posible, no: la causa explica
A Numitorio.
de mi mal, pues la sabes, que en tu lengua
cabrá mejor tal vez el proferirla:
mi honor defiende, pues que ya no solo
es el blanco fatal de la lascivia
de un tirano, sino que las sospechas
de un indiscreto amante me lastiman.

ICILIO.

Ay de mí! qué escuché?

NUMITORIO.

Cómo imprudente!..

ICILIO.

Mi error perdona, y no tambien tus iras
me quieran confundir. Qué es lo que he oido?
que eres blanco fatal de la lascivia
de un tirano? O furor! ó rabia! ó zelos!

Quién atrevido tuvo la osadía
de intentar ?...

VIRGINIA.

Quién pudiera? El Decemviro.

ICILIO.

Qué mas quiero saber! basta, Virginia.
No me reprendas: basta, Numitorio.
O demencia de amor!.. será la vida
de tu agresor tirano vil despojo
de este acero.

Sacando la espada en accion de partir, Virginia y Numitorio le detienen.

VIRGINIA.

Qué intentas ?

NUMITORIO.

Qué meditas ?

ICILIO.

Confundir á ese monstruo de los hombres,
el mas infame, y exêcrable.

NUMITORIO.

Mira
que te pierdes, y todos nos perdemos.

ICILIO.

En vano lo impedis... Las negras furias
del averno me abrasan, me consumen.

NUMITORIO.

Templa, pues, tu furor, no de las iras
te arrebaten los ímpetus violentos,
y todo se aventure.

VIRGINIA.

Ni Virginia
puede ya con su llanto contenerte?

ICILIO.

Solo á vengarte mi valor aspira.

NUMITORIO.

La ceguedad por lo comun no acierta,
y la cordura ofrece las medidas
en arduos lances. Ya dispuesta tengo
la venganza, á que ciego te deslizas:
con mas consejo la ocasion se espera,
que ofuscada razon no facilita.

ICILIO.

Qué dices? Pues qué aguardas!

NUMITORIO.

Sí: Valerio,
Horacio, y otros muchos se acaudillan:
para vengarnos, y vengar la patria,
el plan es concertado.

ICILIO.

Nueva vida
me has dado.

NUMITORIO.

Disimula tus enojos,
y quando llegue á reventar la mina,
sea para que queden los tiranos
envueltos entre escombros y ruinas.

VIRGINIA.

O padre! si llegara á tus oidos
el estado infeliz de aquesta hija,
en alas del amor volar te viera.

NUMITORIO.

Ese consuelo le tendras, Virginia:
partieron á avisarle, vendrá á Roma,
y porque no retarde su venida,
si es que el marcial encargo lo resiste,
informado será de la perfidia
de tu vil seductor. En los patricios
crece el rencor, enojo, y ojeriza,
al ver la muerte que al anciano Sicio
preparó la mas torpe felonia.
La rabia, la iracundia por las calles

el pueblo manifiesta, y aun publica
pronto romper ignominiosos grillos.

ICILIO.

Su voz sigamos.

NUMITORIO.

Parte con Publicia,
A Virginia.
y al templo caminad con las matronas,
sin temer de asechanzas. Quando el dia
dé principio á la luz vendré á buscaros
á este mismo lugar.

ICILIO.

A Dios, Virginia.

VIRGINIA.

A Dios, Icilio, y los supremos Dioses
velen por nuestro honor, y nuestras vidas.

ESCENA VII.

VIRGINIA, PUBLICIA *caminando al templo.*

PUBLICIA.

Será ya tu temor tan importuno,
que no dará lugar á la alegría?
A Roma ves armarse por tu causa,
y aun no descansarás?

VIRGINIA.

Que mal, Publicia,
me quieres persuadir. ¿Cómo es posible
que el alma pueda sosegar tranquíla,
quando la patria, y aun mi honor padece?

PUBLICIA.

Los Dioses que detestan la injusticia,
al vil tirano, tu agresor infame,
el castigo darán, y la condigna
pena de sus delitos.

VIRGINIA.

Hácia el templo
partamos diligentes.

A este tiempo van pasando doncellas Romanas que se dirigen al templo.

PUBLICIA.

Las patricias
vírgenes ; y matronas religiosas,
á los sacros altares se encaminan.

VIRGINIA.

De nuestra humilde religion la ofrenda
no dilatemos : sígueme, Publicia,
que nuestra detencion en este sitio
extrañar pueden , y mi honor peligra.

PUBLICIA.

Vamos , vamos : mas ay ! que es evidencia
tu presuncion : Señora , date prisa,
Apio es aquel.

VIRGINIA.

Qué dices ?

ESCENA VIII.

VIRGINIA , PUBLICIA , MARCO *y* APIO *que salen al encuentro por un costado del templo.*

MARCO.

Oportuna
es la ocasion.

APIO.

Retírate, no sigas.
Se retira Marco.
Despues ven á buscarme. No te turbes,
y permite siquiera á la rendida
amorosa pasion con que te adoro

una dulce esperanza, una benigna
atencion, pues un pecho lastimado
del hijo de Citéres lo suplica.
Duélete, pues, de un alma, que en tí sola
todo el honor de sus deseos cifra.

PUBLICIA.

¿Cómo atrevido á profanar te atreves
nuevamente su honor con tu porfia
criminal é indiscreta? No contiene
tu arrojo el pundonor de mi Virginia?
Aparta, seductor, y sus oidos
no manchen expresiones tan indignas.
Para mugeres frágiles las guarda;
esas que el pundonor en nada estiman,
que libres vagan por los lupercales,
por las públicas plazas, y convidan
á lascivos antojos.

APIO.

No te empeñes,
muger, en apartarme de su vista,
ni estorbes que á lo menos de su boca....

PUBLICIA.

Es vana pretension que lo permita,
ni menos que ella escuche...

APIO.

El ser dichosas
vuestro ceño, y enojo desestima?
Yo creyera que fuese tu consejo
menos capaz de malograr las dichas,
que puede el que absoluto manda en Roma,
ofrecer á las plantas de Virginia,
y á las de su nutriz.

VIRGINIA.

Infame, calla:
Si mi silencio dió tal osadía
al desenfreno de tu torpe lengua,
ya no sufro....

PUBLICIA.

Señora....

VIRGINIA.

Aparta, quita,
que oir tan delinqüentes sugestiones
no es permitido. Ignoras, alma impía,
los ilustres blasones de mi sangre?
El pundonor, y orgullo que me inspira
mi prosapia, que á un torpe, é infame lazo
tu antojo me sugiere, y me convida?
La honestidad del talamo, y las leyes,
que velan por tu esposa, que castigan
aun los imaginados adulterios,
no te contienen; y aun aquella misma,
que vano, y orgulloso promulgastes,
para impedir la union de las familias
patricias, y plebeyas, no te sirve
de freno, aunque intentase tu malicia
dirimir de tu esposa el nudo sacro?
Reprime esa tu bárbara lascivia,
ese vil, ese torpe, y vano antojo
á que ciego, y audaz te precipitas.

APIO.

Luego mi autoridad, y mis tesoros
desprecias con que pródigo convida
mi amante corazon?

VIRGINIA.

A un alma grande,
á una Romana corromper meditas
con el vil interes? calla, malvado.

PUBLICIA.

Atroz ultrage! infamia nunca oida!

VIRGINIA.

Huye al punto, tirano, que aun el ayre
que circunda tus ropas, que respiras,
me temo contamine la pureza
de mi honor, y virtud.

APIO.

Pues tan esquiva,
tan inflexible estás que me desprecias,
y tal virtud, y pundonor publicas,
yo haré que á tu pesar, y al del felice
amante á quien tus votos se dedican,
que la fuerza conozcas del que puede
tu soberbia abatir, y altanería.

VIRGINIA.

No temo tu amenaza. El mismo Jove,
vengador de la patria, tu injusticia
á confundir vendrá desde el Olimpo,
pues el rayo fatal su diestra vibra.
Será tu suerte la del vil Tarquino,
si en tu pasion insistes, y Virginia
seguirá de Lucrecia el grande exemplo,
que acrisoló su honor, y la eterniza.

Partiendo con Publicia.

APIO.

Orgullosa muger, detente, espera.

PUBLICIA.

No mas le escuches.

VIRGINIA.

Sigueme, Publicia.

ESCENA IX.

APIO.

Burlado así me dexa! Despreciada
mi altivez y soberbia, y abatida
mi autoridad! Qué es esto! Nueva fuerza
recobre mi valor, y no se diga,
que una flaca muger con sus desvios
pudo burlar asi la llama activa
que me consume. Mudaré de medio,
que el poder absoluto facilita
todo hasta el fin de conseguir el gusto.

Este es mi empeño, y un ardid consiga
lo que la blanda sugestion no pudo
alcanzar. A mi antojo tan altiva,
tan loca presuncion ha de rendirse.

ESCENA X.

APIO *y* MARCO.

MARCO.

Señor... que veo! tu semblante indica
en esa alteracion, en ese enojo,
que despreciadas fueron por Virginia
tus diligencias, que negó á tu ruego
lo que el poder á todos facilita.

APIO.

Ya no queda recurso: á la violencia
debo apelar. Discurre, premedita
el medio, y me aconseja: no te pares
aunque en él una infame villanía,
una maldad, un dolo se cometa.

MARCO.

Dias ha que adoptó mi fantasía
una cautela, un medio que promete
el dominio absoluto de Virginia;
pero es tal, que es preciso tenga parte
tu autoridad.

APIO.

Con tal que se consiga
mi deseo, que dome de esa jóven
orgullo tanto, y condicion altiva,
no habrá reparo alguno en quanto emprendas.

MARCO.

Si pública no fuese, y conocida
ya tu aficion, pudiera lentamente
su ingratitud vencerse á las porfias,
mas hay contrarios fuertes prevenidos
á defender su honor.

APIO.

En este dia
Icilio, y Numitorio solamente
en Roma se hallan, que emprender podian
oposicion. Son débiles esfuerzos
los de estos dos rivales: no intimidan
mi espíritu arrojado.

MARCO.

Pues el lance
se logre antes que llegue la noticia
á Virginio su padre, que en defensa
de la patria en Algido sacrifica
su sangre, y su valor.

APIO.

No temas, Marco,
que á Roma llegue: tengo las medidas
tomadas á este fin. Luego se emprenda
quanto por complacerme determinas,
si es posible al momento, en el instante;
que no descanso en tanto que abatida
no veo á esa orgullosa, á esa altanera.

MARCO.

Apio, no es ocasion: en las divinas
ceremonias de Jove se entretiene
con las demas Romanas. Hasta el dia
concluirse no pueden, y entretanto
el caso preparar se necesita
con atencion que el exîto asegure.
Quando la aurora anuncie su venida
nos será conveniente dirigirnos
á este lugar: en todo caso evita
que alguno nos escuche.

APIO.

En el retiro
de mi casa podremos sin espias
tratar de la asechanza, y del proyecto,
que tu talento, y tu amistad medita.

Allí hablarémos solos: sigue, Marco:
no se pierda un instante, pues irrita
la tardanza, y mas crece el apetito
de pasion, que consume, y martiriza
el corazan ansioso, y abrasado.

MARCO.

Prometo serás dueño de Virginia.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMEA.

MARCO, *acompañado de un soldado, y entran explorando el lugar.*

MARCO.

Ya es hora de que el rito concluido,
á sus lares las Vírgenes se vuelvan.
Las torres dora el sol del capitolio,
y el Romano industrioso á su tarea
vuelve, recuperado por Morfeo
nuevo vigor en sus cansadas fuerzas....
Si no me engaño, si el rumor no miente,
del templo salen, y los ritos dexan.
Ya puedes avisar al Decemviro.
Al soldado que se va.

ESCENA II.

MARCO, *y de dos en dos van saliendo del templo Romanas, que pasan por la escena.*

MARCO.

Mi torpe ceguedad me cubre y llena
de sobresalto. Mientras á la orilla
del riesgo estuve, con indiferencia
lo miré; mas metido en el empeño,
falta el arrojo, el pecho desalienta....
¡Pero yo estoy remiso, y dificulto
cumplir lo prometido! Qué dixera
Apio de mí!... Valor, que la fortuna
al audaz favorece; y aunque sea

un exemplar sin exemplar el mio,
lo autoriza el poder, la conveniencia,
y la privanza, sólidos cimientos
de mi ambicion, y mis seguras medras.

ESCENA III.

MARCO, VIRGINIA, *y* PUBLICIA, *que salen del templo, y al verlas Marco se oculta al costado por donde han de pasar.*

MARCO.

Ya está en mi mano el lance: diligentes
salen del templo, y hácia aquí se acercan.

PUBLICIA.

Que hermosa es la mañana! El sol sus rayos
extendiendo á los seres vida nueva
prestando viene.

VIRGINIA.

Y á Virginia agrava
el nuevo dia la inquietud, y pena.
El sol anuncia amenazar mil males
con desmayada luz, y faz sangrienta.
Las víctimas al pie del simulacro
en sus rasgadas vísceras presentan
presagios tristes: mi temor es cierto.

PUBLICIA.

Prestigios son, Virginia: los desprecia.
Qué treguas no darás á tus temores?
No te abandones tanto á la tristeza.

VIRGINIA.

Ah! Publicia, ó dolor! cómo es posible
desechar mi pesar! Llorar me dexa,
y al asilo paterno caminemos.

PUBLICIA.

Hácia esta parte Numitorio espera:
ya le diviso: ven.

Divisa á Marco que imagina ser Numitorio.

Marco sale al encuentro, y coge á Virginia de la mano.

MARCO.

No, que es el dueño,
que donde quiera que lo suyo encuentra,
lo puede recobrar.

VIRGINIA.

Qué es esto, Dioses!

MARCO.

Al punto sigue á tu Señor: la fuerza
me habrá de autorizar, si lo resistes.

Marco la quiere arrebatar: Virginia y Publicia lo resisten.

VIRGINIA.

Cómo, infame!.... sepárate.

PUBLICIA.

Refrena
tu atrevimiento.

MARCO.

No te empeñes: sigue,
y obedece á tu dueño en lo que ordena.

VIRGINIA.

Qué dices!

MARCO.

Que eres hija de una esclava,
que en mi dominio está: que fué supuesta
tu cuna: que eres mia por derecho,
y que lo haré valer.

VIRGINIA.

Calle tu lengua
fementida! Yo fruto de tan torpe,
de tan vil lecho? Calla! Las supremas
Deidades, que mi orígen limpio saben,

defenderán mi causa, y tu perversa
accion castigarán. Cómo has podido,
criminal hombre, una maldad tan fea
concebir! No te abisma, y te confunde
tu delito! El rubor, y la vergüenza
has perdido tambien!

MARCO.

No mas resistas
seguir á tu Señor.

VIRGINIA.

Romanos!.... *Clama.*

MARCO.

Cierra
la boca al punto.

Queriendola tapar la boca para que no clame.

PUBLICIA.

Icilio!.... Numitorio!

MARCO.

Clamas en vano.

VIRGINIA.

Amadas compañeras!
acudid á librarme de un aleve,
pues que mi honor á todos interesa.

Romanas dentro.

Pueblo Romano, á su afliccion acude.

ESCENA IV.

MARCO, VIRGINIA, PUBLICIA, *Romanas*, *Romanos*, *y* NUMITORIO *sale despues precipitadamente.*

NUMITORIO.

Infelice Romana, á tu defensa
corre ya Numitorio.... Mas que veo!
Virginia la ultrajada!... Cómo intentas,
traydor el mas infame, y atrevido,

cometer este insulto, y tal violencia!

Coge de la otra mano á Virginia.

NARCO.

Como que me autorizan nuestras leyes
á recobrar de la intrusion agena
lo que usurpado encuentro, lo que es mio.

NUMITORIO.

¡Qué es lo que dices! Al instante suelta
á esta jóven, ó teme que arrojado
mi cólera castigue tu insolencia.

VIRGINIA.

No en desatar te pares este nudo:
córtalo al punto, y separada sea
de un hombre abominable.

MARCO.

En vano clamas.

NUMITORIO.

Sepárate.

MARCO.

No es facil que la ceda,
es mi esclava: el dominio me compete
como Señor. A tribunal apela,
si presumes....

NUMITORIO.

Osado: no prosigas
en tu temeridad. Por las supremas
Deidades!...

En tono descompuesto.

PUBLICIA.

Ay de mí!

VIRGINIA.

Tantos delitos
es posible que en Roma se consientan!

MARCO.

El ímpetu deten, ó yo....

ESCENA V.

MARCO, VIRGINIA, PUBLICIA, NUMITORIO, *Romanas, y pueblo que concurre á las voces, y se presenta* APIO *con sus Lictores, y Marco suelta á Virginia.*

APIO.

¿Qué es esto?
¿Quién atrevido la quietud altera
del pueblo? Responded. ¿Quién en un dia
tan solemne, y sagrado, en que celebra
sus cultos Roma religiosa á Jove,
se atreve á interrumpir? ¿Quién no respeta
mi augusta autoridad?

NUMITORIO.

Este malvado,
este infame raptor, que con violencia
arrancar de mi mano pretendia
de esta inocente vírgen la belleza,
qual lobo fiero, que el redil asalta.

MARCO.

No le escuches, Señor, y tu severa
justicia ponga freno á su arrogancia.
El motivo sabrás. Esta doncella,
que de Virginio, y Numitoria, hija
se presume, es mi esclava, sin que pueda
negárseme el dominio, que las leyes
me dan, como nacida de una sierva,
que heredé de mi padre. Mi derecho
acreditan las mas seguras pruebas.
Compró el parto la estéril Numitoria:
lo supuso, y suplió con esta prenda
furtiva lo que el cielo la negaba
en su infecundidad. Que yo pretenda
volver á mi dominio lo que es mio,

accion es del Señor, que donde quiera
que ve su alhaja recobrarla puede.
Aquí la hallé, y aquí la ley me presta
toda la autoridad; pero al usarla,
Virginia lo resiste, y altanera
declama contra mí, grita, me injuria,
y su nutriz al pueblo con querellas,
con clamores conmueve. Numitorio
entre la turba presuroso llega,
me acomete atrevido; y de mi mano
pretendió arrebatar á viva fuerza
la esclava: tú llegaste: mas al punto
desistió mi respeto de la empresa:
esto es lo sucedido.

APIO.

Y tú que dices,
Numitorio? Respóndele: qué alegas
contra la accion de Marco?

NUMITORIO.

A tan horrible
intencion criminal: á tan grosera
fábula, que desmiente toda Roma,
y que solo el descaro sostuviera
de un Romano inmoral, que ni las leyes
de la virtud y honor jamas respeta,
que puedo responder! Yo, como tio
de Virginia, sostengo su defensa,
y no permitiré que mano aleve
intente arrebatarla de mi diestra:
esto responde Numitorio.

APIO.

Basta... *Enojado.*

VIRGINIA.

No basta, no: Virginia bien penetra
del supuesto Señor las intenciones,
las dobles miras, la infernal cautela,
el infame proyecto, que á la sombra

de la privanza, conseguir intenta,
quien no pudo vencer por otros medios.

APIO.

Suspended luego la atrevida lengua.
Respetad el lugar donde reside
mi autoridad. Tú calla, y tú contesta
directamente á la intencion de Marco.

NUMITORIO.

Y qué he de responder á una novela,
á una impostura atroz, y tan notoria,
que la verdad profana! Presumiera
nadie que hubiese un hombre, que enemigo
de su honor, se atreviese á tan perversa
demanda contra un hecho tan notorio,
que no hay acaso en Roma quien no sepa
que Virginia es la hija de mi hermana
difunta, y de Virginio!

APIO.

Aunque así sea,
la prueba debes dar. Como supremo
magistrado y juez oir es fuerza
en el caso presente al que demanda,
y al demandado. Ni ocasion es esta,
ni el tiempo es oportuno, ni la hora
para oir con exámen las defensas.

NUMITORIO.

¡Defensas ante tí! Cómo ha de hallarlas
ante un juez parcial! Basta que sea
padre Virginio de esa triste jóven,
para que la opresion, el odio exerzas
contra su honor. Parece que la plebe
destinada se ve por la soberbia
de tantos opresores á ser blanco
de los ultrajes. Apio, y sus colegas
hasta la luz del dia, á ser posible,
la arrebatáran. Tanto se desprecia
esta clase Romana! A tanto grado

llega ya la maldad, y la insolencia
de los nobles, que el ayre que respira
la quisieran vender! Pues que nos queda
de nuestra antigua libertad? La infamia.

APIO.

No intentes sorprehender con tus querellas
estudiadas, é inutiles, al pueblo:
procura obedecer sin resistencia.
A la tarde acudid al foro, donde
la suprema equidad Roma respeta,
y en él será la causa ventilada,
para que justamente se resuelva;
pero en tanto, advirtiendo que reclama
una esclava su dueño, providencia
debo tomar, y en Marco determino
se deposite esta infelice, mientras
se termina el juicio.

NUMITORIO.

¡Que pronuncias!...

VIRGINIA.

¡Ay de mí, desgraciada!

PUEBLO.

Lo que ordenas
es injusto.

PUBLICIA.

O dolor!

APIO.

No se replique.. *Con entereza.*
Numitorio, obedece, y no suspendas
un punto mi decreto.

NUMITORIO.

Mis razones
antes debes oir, que su belleza
no se ha de abandonar al vil antojo
de un hombre criminal.

MARCO.

De esa manera,

tu rectitud permite que se injurie
el honor de un Romano! Tu presencia
solamente ha podido contenerme.

NUMITORIO.

¡Que esto se sufra!

APIO.

Esa muger entrega.

VIRGINIA.

¡Romanos!

NUMITORIO.

¿Es posible que al desnudo,
bárbaro dicho de ese infame atiendas,
y que la voz del pueblo desestimes?
Horrible cosa, y nunca oida fuera
privar á un ciudadano del derecho,
que sobre un hijo dió naturaleza,
y en el crítico tiempo en que le impide
el hacerlo valer su justa ausencia:
su padre está en Algido peleando
por nuestra patria: espérese su vuelta.

APIO.

Si Marco se conviene en que el litigio
hasta acabar el sitio se difiera,
le dexaré suspenso: mas si clama
sobre que en él al punto se proceda,
á mi sumo poder no es permitido
consentir que hasta tanto se suspenda.

MARCO.

Me opongo con razon á que se espere,
porque sabrá Virginio con cautela
ofuscar el juicio, ó dilatarlo.

APIO.

Numitorio, ya ves su resistencia.

NUMITORIO.

Ya comprehendo la trama; pero en tanto,
guardar su honor al tio le competa.
La execucion de aquella ley reclamo,

que expresamente en este caso ordena,
que si sobre el estado se disputa
de persona, que libre se contempla,
por provision la libertad disfrute
hasta que se publique la sentencia.

APIO.

No son aquí las mismas circunstancias.
Dos ciudadanos hoy se me presentan,
que como padre el uno, el otro dueño,
iguales pretensiones manifiestan;
si aquí se hallase el pretendido padre,
por provision en su poder pusiera
la hija, mas estando de aquí ausente,
se le debe al Señor la preferencia,
si baxo de caucion volver su esclava
promete al tribunal.

MARCO.

Pues que lo ordenas,
así lo cumpliré.

NUMITORIO.

Yo lo resisto!

VIRGINIA.

Yo del cielo provoco las severas
venganzas contra tí, juez injusto.
Yo voy á hacer patente, y manifiesta
tu maldad; que no es bien que el artificio
de tu infame decreto oculto sea,
ni menos que se ignoren los enlaces
de trama, la mas vil, y mas perversa.
No disimules, Apio, que no puedes,
de tu maldad habiendo dado pruebas
á costa de mi rabia, y tu sonrojo;
y antes que me atropelles indefensa,
y tu lascivo gusto facilites,
móvil de la maldad que te gobierna,
y de tanto baldon, é iniquidades;
pues que la rabia, y cólera me ciega,

sino me escuchan con piedad las gentes,
mis clamores, mis voces descompuestas
publicarán, porque lo sepan todos,
que es tu villana, que es tu torpe, y fea
pasion....

APIO.

Esclava vil! Calla.

VIRGINIA.

¡Que escucho!
¡Virginia esclava vil! De tal manera
injusto te produces, que denigras
mi nacimiento, dando por supuesta
una infamia en mi cuna!

NUMITORIO.

¡Será extraño,
que Marco audáz á demandar se atreva
delante de un juez, que sus intentos
apoyar desde luego manifiesta!

APIO.

Ea, callad al punto.

VIRGINIA.

¡Qué, te irrita
el que tu iniquidad, y tu perversa
parcialidad descubra! El pueblo todo
te mira ya con odio, te detesta,
y pronta á reventar está la mina
que te ha de confundir, y á esa caterva
de aduladores viles, comensales
de todos tus delitos.

APIO.

Altanera,
jóven audáz, que bien tus expresiones
la cuna que has tenido manifiestan!
No irrites mas mi cólera: obedece,
y tú Marco, al momento te apodera
de esa esclava. Lictores, protegedle,
y si fuere preciso, á viva fuerza
de la mano del tio se la arranque.

Se ponen en movimiento los Lictores, y el pueblo manifiesta indignacion.

NUMITORIO.

¿Qué importa que lo intenten, si contemplan
en el semblante ayrado de ese pueblo
su propia confusion?

APIO.

Marco!....

Animando á Marco.

VIRGINIA.

A mis quejas
acudid, ciudadanos.

MARCO.

No resistas....

Intenta coger á Virginia.

ROMANAS.

Nosotras te amparamos, y no temas.

Rodeando á Virginia, y la defienden.

NUMITORIO.

No así su honor permitas que se ultraje,
y reprime de Marco la insolencia.

PUBLICIA.

Quita, aparta malvado, no te arrojes
á tanta iniquidad!

NUMITORIO.

Marco, respeta
los fueros de las vírgenes Romanas!

Vuelven á moverse los Lictores, y uno coge de la mano á Virginia.

VIRGINIA.

Icilio, donde estas! Ven á mis voces!

ESCENA VI.

Dichos, y al llegar ICILIO *precipitadamente separa á los Lictores, y se apodera de* VIRGINIA.

ICILIO.

Aquí me tienes: nadie me detenga.
Ya estas en mi poder, ya te defiende
tu esposo. Habrá traydores que se atrevan
contra tu honor? Sepárate, malvado!
A Marco con indignacion.

APIO.

¡Cómo mi autoridad así desprecias!

ICILIO.

Apio: solo la muerte separarme
podrá de mi Virginia. Si te ciega
ese poder tiránico que exerces,
este delito sobre tantos cuenta
de que eres ya manchado. Tus Lictores,
si quieres, junta, y todos tus colegas,
que hasta el último aliento, de mi esposa
defenderé el honor.

APIO.

Calle tu lengua.

ICILIO.

No lo esperes. Nos fueron los Tribunos
quitados, por ventura, porque sean
nuestras dulces esposas, nuestras hijas,
víctimas, y baldon de tu grosera
impudicicia! Tu tirano imperio
sacia, y exerce contra las haciendas;
pero la castidad de las personas
que mas amamos, á lo menos sean
libres, baxo el seguro de las leyes,
y al abrigo tambien de tus violencias.

Si al honor de Virginia se atreviese
algun aleve, juro á las supremas
Deidades, que provoco por testigos,
que su temeridad tendrá la pena
igual á su delito.

APIO.

Así me agravias,
obstinado! Tu loca inobediencia,
tu temerario arrojo castigado
será, sino desistes de la empresa.
Al momento se cumpla, y execute
mi decreto....

A los Lictores, que hacen semblantt de embestir.

ICILIO.

Es en vano, y si te empeñas
en que se cumpla, no serán mis voces
las que solo se opongan, pues aun fuerzas
á mi brazo acompañan. Y primero
que mi esposa en poder de Marco vea,
Sacando la espada.
ha de faltar mi aliento. En el semblante
mira de todo el pueblo que te cerca
la indignacion que causa tu decreto,
pues tu injusticia, y tu maldad penetra.
Le verás inflamado, aun mas si cabe,
contra la iniquidad por mi eloqüencia,
y arrollar tus Lictores.

APIO.

Que pronuncias!
Perturbador astuto! Descubierta
es tu intencion. Ya veo que no es móvil
Virginia de tu empeño, y que tu idea
es á un tumulto concitar al pueblo,
para lograr el título á que anhelas

de Tribuno. Mas Apio, que en su mano
tiene el poder y autoridad suprema,
te sabrá castigar. Ola, Lictores,
y soldados, al punto Icilio sea
á prision reducido. Despeñado,
como perturbador de la Tarpeya
serás mañana. Al punto se desarme,
y á un calabozo conducido sea.

VIRGINIA.

¡Que dices! ay de mí!....

Interponiéndose.

ICILIO.

Virginia, aparta.

NUMITORIO.

¡Qué haces!

Conteniéndole.

ICILIO.

Será cara mi exîstencia
para tanto traydor.

APIO.

Despedazadle,
si temerario....

NUMITORIO.

Icilio, no á la fuerza *Lo mismo.*
te quieras oponer: cede á la suerte.

ICILIO.

Ceder! y Numitorio lo aconseja!
Ea, apartad....

Batalla con los soldados.

APIO.

Matadle.

ICILIO.

¡Fieros hados!

Pierde la espada, y echa mano al puñal.
Mas el puñal....

VIRGINIA.

Detente....

Se arroja á contener el golpe, y le prenden.

ICILIO.

¡Así me entregas
á los traydores! O furor! O rabia!

NUMITORIO.

Los Dioses velarán en tu defensa.

APIO.

Al punto conducidle á las prisiones.

ICILIO.

Llevadme, sí, llevadme: tu presencia
me causa mas horror que los tormentos.

VIRGINIA.

¡A morir te conducen!

NUMITORIO.

Nada temas.
Roma no puede ya tantas infamias
tolerar, ni es posible las consienta.
Volverá por tu honor, y por su vida.

ICILIO.

Pueblo Romano, pues que te interesa
conservar el honor de tus familias,
tu propia libertad, y tu defensa,
la virtud de Virginia te encomiendo,
y la vida de Icilio, que mil pruebas
te dió de rectitud, y de justicia
en este mismo foro, donde reyna
la iniquidad.

APIO.

Llevadle.

VIRGINIA.

No: qué dices!
Humillada....

ICILIO.

Detente. ¡Acaso intentas
someterte á su ley!

NUMITORIO.

Como! La hija
de Numitoria, y de Virginio, fuera
de espíritu tan débil, que la suerte
de su esposo adorado á una baxeza
la hiciera someterse!

VIRGINIA.

No: si el filo
de un cuchillo el tirano dirigiera
contra mi cuello. Así con heroismo
camina, que yo basto á mi defensa.

NUMITORIO.

Sed Romanos.

ICILIO.

A Dios...

Virginia é Icilio se despiden con un tierno abrazo, y le llevan.

PUEBLO.

Tanta injusticia
el pueblo vengará.

APIO.

Que voz es esa
tan osada....

Llevan á Icilio los Lictores.

ESCENA VII.

APIO, MARCO, NUMITORIO, VIRGINIA, PUBLICIA, *Romanos, Romanas, y entran precipitadamente* VALERIO, Y HORACIO.

HORACIO.

Es la voz de la justicia,
nacida del impulso de la interna
conmocion, que producen los delitos

en los humanos pechos, si alimentan
la virtud, y el honor.

VIRGINIA.

Nobles patricios,
mi causa defended, y mi inocencia.

APIO.

Respetad el lugar, y no alborotos
intenteis fomentar.

NUMITORIO.

Quien los fomenta
no es Numitorio, Horacio, ni Valerio;
es, sí, tu proceder.

APIO.

Ya la paciencia
apurándose va.

VALERIO.

Te engañas, Apio,
si es que impune oprimir al pueblo intentas.
Por todas partes cunde tu injusticia:
todos murmuran, todos la detestan.

HORACIO.

Si es que á la accion de Marco darle visos
se puede de legal, enhorabuena
se ventile en justicia, como dicen
que has mandado, y recayga la sentencia,
despues de haber oido las razones
de actor y reo, y respectivas pruebas;
pero que intentes despojar á un padre
de su derecho, que la ley le acuerda,
y mandes se apodere de Virginia
Marco, porque ser suya manifiesta,
sin otro fundamento que su dicho;
esto no puede ser que se consienta,
ni menos que á un ilustre ciudadano
condenes á prision, porque su ciega
pasion hácia esa jóven le arrebate
á pedir que este pueblo la defienda.

APIO.

El es perturbador.

NUMITORIO.

Ese delito
que abultas, Ah! no es, Apio, el que te inquieta,
es el amor de Icilio á la inocente
Virginia, y éste solo le condena,
y para hacerte el absoluto dueño
de su persona, quieres que perezca,
y que entre tanto Marco la arrebate,
la ley hollando, echándola por tierra.

APIO.

Yo, que he dado las leyes, tambien puedo
interpretar su justa inteligencia.
El caso es singular.

VALERIO.

Aunque el Romano
generoso los impetus contenga
en ocasiones, llegan á tal grado
ya la opresion, insultos, y violencias,
que resuelve romper del sufrimiento
los límites.

APIO.

Valerio, no suspendas
mas tiempo con inútiles discursos
mis órdenes.

HORACIO.

¡Y extrañas que se vea
Roma alterada, y conmovida, viendo
lo que pasa en el Foro, y que se atreva
á levantar la voz! Depositario
debe ser Numitorio.

APIO.

Horacio, cesa.

MARCO.

(Ya es preciso ceder: crece el peligro.)
A Apio al oido.

Aunque la accion es mia, y no debiera
ceder un solo punto, condesciendo
en que Virginia á Numitorio sea
entregada: mas dando la debida
caucion de presentarla en esta audiencia.

VALERIO.

Todos por su belleza la prestamos.

HORACIO.

Ningun Romano habrá que no la ofrezca.

VIRGINIA.

Tan generosa insinuacion Virginia
agradece.

APIO.

Pues Marco manifiesta
ceder de su derecho, lo autorizo,
siendo bastante la caucion que ofrezca
Numitorio; y supuesto se murmura
de mi severidad, quiero dar pruebas
de que es mi rectitud, y mi justicia
quien dicta mis decretos.

NUMITORIO.

A la audiencia
promete presentarla Numitorio.

APIO.

Apio decidirá la controversia,
conforme la equidad, y los derechos
que se acrediten, y las partes tengan.

Se retira Apio con Marco, Lictores, Soldados, y pueblo.

ESCENA VIII.

NUMITORIO, VIRGINIA, PUBLICIA, HORACIO, *y* VALERIO.

NUMITORIO.

Hipócrita malvado! copia exâcta

de Tarquino el soberbio! Quién creyera
en tus dobles palabras!

PUBLICIA.

A mis brazos
ven, Virginia infeliz. *Se abrazan.*

VIRGINIA.

¡O compañera
adorada! Aun cercado de temores
está mi corazon.

HORACIO.

No á la tristeza
así te entregues: viven aun Romanos,
y generosas almas, que protestan
á costa de su sangre defenderte;
y en el tirano castigar ofensas,
que recibe la patria con desdoro
de su augusto esplendor.

VALERIO.

Pues no se pierda
momento.

HORACIO.

Numitorio, nuestras vidas
á todo se expondrán.

NUMITORIO.

Pues á la empresa,
y cayga de una vez ese coloso,
que al pueblo abruma, y soterrarlo intenta.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

HORACIO, *y* VALERIO, *que entran á un tiempo, el uno por la derecha, y el otro por la izquierda.*

VALERIO.

En tu busca, las calles presuroso
corro de Roma, Horacio.

HORACIO.

Pues, Valerio,
¿qué causa tu zozobra? Qué accidente,
ó inesperado mal?

VALERIO.

En llanto eterno,
en amargo dolor es sumergida
la casa de Virginia. El desconsuelo
aumenta cada hora la tardanza
de su padre. Yo ví su gentil cuerpo
ahora mismo con lúgubres vestidos,
con tristes tocas anublado. El duelo,
la amargura es comun en las matronas,
y vírgenes Romanas, que el afecto,
y el interes comun ha reunido
á consolarla en su afliccion. Me temo
que alguna vil sorpresa al padre oprime.
En vano Numitorio mensageros
en su busca despacha. Ya publica
en voz confusa el oprimido pueblo,
que satélites viles, alevosos,
con órden de Apio al paso le salieron;
que cayendo Virginio en su emboscada,

triste víctima fué de sus aceros.

HORACIO.

Aunque esa voz por Roma es esparcida,
y la misma tardanza fundamento
da al temor general, y amargo luto
de Virginia, no temas. El proyecto
alevoso y cruel que el Decemviro
concibió temerario en su vil pecho,
y encargó executar, mi diligencia
consiguió deshacer De sus intentos
avisos recibidos ganar pude
las horas, los instantes: un correo
dirigí noticiándole á Virginio
el peligro fatal á que era expuesto,
si extraviadas sendas no seguia
hasta llegar á Roma; pudo á tiempo
recibir la noticia. La tardanza,
que origen tenga me persuado en esto.

VALERIO.

Sin embargo, Virginio ya debia
haber llegado á Roma, si el correo
le pudo prevenir, si se ha librado
de la trama alevosa. Los momentos
instan ya, pues la hora señalada
para el juicio proxîma la veo.
Llegará el Decemviro al capitolio,
cercado de sus viles lisonjeros,
de sus Lictores, y sus Legionarios.
Audáz con su poder, al verse dueño
de la pública fuerza, ¡ quien no teme
que consiga atrevido sus deseos,
que triunfe del recato de Virginia
con escándalo, horror, y vituperio
de toda Roma! ¡ Quien podrá su orgullo
contener este dia, y poner freno
á su temeridad!

HORACIO.

Quién? Los Romanos,
que conservan honor, que sus proyectos
detestan, que abominan su injusticia,
que encendidos en iras, de horror llenos
estan con la noticia del infame,
y detestable crimen de ese nuevo
atentado alevoso contra el padre
de Virginia. De él supo mi talento
sacar todo el partido necesario
para inflamar los generosos pechos.
Fué facil á mi astucia y eloquencia
atizar el rencor, el odio fiero
propagar en la plebe, en los patricios
contra el tirano. Ya ganado tengo
el corazon del número mas fuerte.
Impacientes esperan el momento
de poderse vengar, de ver la patria
libre de ese leon, el mas sangriento
que en la Libia pudiera producirse.
De castigar de Marco, del perverso
astuto confidente las maldades.
De ver á Icilio libre de los hierros,
de esa prision infame en que le oprime
la tiranía. No hay temor, Valerio.
O Roma ha de quedar en este dia
purgada de asesinos, ó el incendio
consumirá sus torres y palacios.
Ya las medidas concertadas tengo
para la atroz venganza que medito.
A seguirme tambien estan dispuestos
los Xefes mismos de las dos legiones,
que en Roma exîsten. El terror, el miedo
volará por las calles y las plazas.
Ya me parece que en el foro veo
correr la abominable y negra sangre
de los traydores: que insaciable el pueblo

en su venganza atropellado corre,
por todas partes destrozando, hiriendo:
que atónito, aterrado el Decemviro
de heridas mil, y mil todo cubierto,
huye en vano, vacila, traspasado
aquí cae, y despide con horrendo
suspiro su vil alma.

VALERIO.

Ah! si cumplidos
fuesen como predices tus deseos,
y nuestras esperanzas! Mas, Horacio,
no tanto de promesas nos fiemos.
La falsedad, y la doblez domina
en los pechos Romanos. Ya no encuentro
ni palabra, ni fé, todo es perfidia.

HORACIO.

No tan mal juzgues: aun existen pechos
en Roma valerosos: no les culpes.
Ausentes abominan en silencio
la comun opresion. Esperan solo
coyuntura feliz, aquel momento
de poderse vengar, y este es el dia
en que se verán rotos nuestros hierros.

ESCENA II.

HORACIO, VALERIO, *y* NUMITORIO.

NUMITORIO.

Valerio, Horacio, todo es ya perdido.
Quando se obstina el hado en ser cruento,
no hay género de males que no aborte.
Virginio pereció.

VALERIO.

Dioses severos!
Aun esto mas!

HORACIO.

¿Qué dices, Numitorio!

desventura cruel! Virginio ha muerto!

NUMITORIO.

Sí, Horacio. Los delitos se suceden.
A Roma miran con ayrado ceño
las Deidades. Parece que la eterna
maldicion ha caido sobre el suelo,
tan amado otro tiempo de los Dioses.
De las supremas iras instrumento
es ese Decemviro sanguinario,
fatal aborto del obscuro averno.
Ese mortal, escándalo de Roma,
que en los vicios, y crímenes mas feos
encenagado, la virtud persigue.
La muerte de Virginio ha sido efecto
de su maldad, y vil alevosía.
Acaba de anunciarme mi liberto
Publio, á quien encargué que á buscar fuese
á Virginio en el campo, y que al momento
partiese á defender, ponerá salvo
el honor de su hija; que saliendo
de quatro ciudadanos asistido,
á pocas millas de camino fueron
de viles asesinos asaltados.

VALERIO.

Pérfido Decemvir!

HORACIO.

Ah! vil, perverso tirano!

NUMITORIO.

Que una atroz mortal pelea
trabada con los pérfidos, y ciego
uno y otro partido, se encarniza
arrojando centellas los aceros
al formidable golpe que descargan
en los escudos, y acerados petos.
A este tiempo, al favor de las tinieblas
Publio herido escapó, pues indefenso

al verse ya, su vida hubiera sido,
sin poder resistir, despojo cierto
del furor sanguinario y alevoso.
Falto de sangre ya, todo cubierto
de heridas, pudo apenas la noticia
llegar á dar á Roma. Este es el hecho,
que en la desolacion ha sumergido
la casa de Virginio, y en funesto
dolor y amargo llanto á la infelice
y conturbada hija.

HORACIO.

Aun satisfechos
no estais, ayrados Dioses!

VALERIO.

Numitorio,
Horacio, me seguid. Nuestros aceros....
Sacando la espada.

HORACIO.

Detente: donde vas inadvertido?
Considera que todo lo perdemos,
si se anticipa el golpe preparado.

NUMITORIO.

O situacion cruel! O desconsuelo!
pues qué partido!...

HORACIO.

Está tomado. Al punto
conviene retirarnos; urge el tiempo.
Tu, Numitorio, al tribunal presenta
á la triste Virginia; y tú, Valerio,
guarda el valor intrépido que anima
tu noble corazon, y ese ardimieento,
tan propio de un Romano, para el lance
concertado, y me sigue. Satisfecho
será nuestro rencor, la patria libre
de tiranos, y sirva de consuelo
á tu afligido corazon, si cabe.

ESCENA III.

NUMITORIO.

Falta el valor, desmaya el sufrimiento.
Severos Dioses! dadme vuestro auxîlio
en la dura afliccion en que me veo.
Desgraciada Virginia, cuyo estado
es el mas doloroso, el mas funesto!
Tu desgraciado amante en las prisiones
de la cadena arrastra el duro hierro!
pierdes á un padre, tu esperanza sola,
en quien cifrabas tu único consuelo,
y por colmo de todos tus pesares,
los mas crueles, aun tu honor expuesto
queda al capricho del autor infame
de todas tus desgracias! Cómo el cielo
tanta maldad consiente, y no castiga!
Pero qué hago! En vano me detengo.
Prepárate, infelice, á la afrentosa
audiencia que te espera, pues el pueblo,
ansioso de saber qual es tu suerte,
camina á este lugar. Ya llega el tiempo
del juicio. El tirano y sus Lictores
á la plaza se acercan. Ah! sangriento
tigre insaciable! O infame confidente,
astuto cortesano, y lisonjero. *Vase.*

ESCENA IV.

APIO *seguido de los Lictores, y precedido de Guardias que cercan el tribunal, y entra despues Marco.*

APIO.

El foro defended, y de las calles
las entradas tomad; haced que el pueblo
concurrente al juicio, compostura
guarde, y procure conservar silencio.

MARCO.

Todo el poder del Decemviro imploro
en la ocasion presente. En Roma veo
indicios claros, próximas señales
de una sublevacion. Los descontentos
acaudillados corren por las plazas,
y calles, murmurando sin respeto
á la suprema autoridad que riges,
de todas tus acciones y decretos;
y aun de aqueste juicio, en que empeñada
está tu rectitud, y los derechos
pendientes de un Romano, se critica
con público descaro, y menosprecio.
Yo mismo ya he sufrido mil baldones
por el vulgo atrevido, é indiscreto;
que á tal punto ha llegado la insolencia,
la audáz altanería y desenfreno.

APIO.

No se me oculta, Marco, lo que dices,
ni los autores de ese descontento.
Es un débil recurso de cobardes,
que agraviados se fingen de mi recto
proceder, y al que manda en tales casos
obrar solo compete, y con desprecio
tal flaqueza mirar. Teson me sobra,

poder, y autoridad; y juro al cielo,
y á los supremos Dioses, que el osado
que se atreva á impedir de mi gobierno,
y mi justicia el exercicio libre,
probará de mis iras todo el peso.
De los perturbadores que sugieren
la pública inquietud y el descontento,
no son las miras, Marco, la defensa
de esa muger; mas alto, mas supremo
orígen se descubre, pues aspiran
á suprimir la autoridad que exerzo;
pero si su conducta no moderan,
si á su temeridad no pone freno
la muerte que de Icilio es decretada,
dexaré á las edades un exemplo
de mi severidad, con el castigo
mas cruel, para público escarmiento.
Descansa en mi poder, tu accion prosigue.
Numitorio parezca al foro, templo
en donde la justicia se venera,
y no se gaste inutilmente el tiempo.

Sube al tribunal y se sienta.

MARCO.

Ya llega Numitorio con Virginia.

APIO.

El juicio se abre, impóngase silencio.

ESCENA V.

Dichos, y llegan NUMITORIO, PUBLICIA *y* VIRGINIA: *éstas vestidas de luto, y denotando el mas amargo desconsuelo.*

VIRGINIA.

Me falta ya el valor.

NUMITORIO.

No así desmayes.

(Pero qué digo! Dioses! si no puedo
yo mismo con mi pena!) Aun esperanzas
nos quedan, sí, Virginia, de ver presto
abatido al tirano.

PUBLICIA.

Amarga suerte!

VIRGINIA.

O situacion terrible! No hay consuelo
para Virginia, se me parte el alma.

PUBLICIA.

No te atormentes.

VIRGINIA.

Mi dolor acerbo
es á mis fuerzas superior. Ay triste!

NUMITORIO.

Sigue, Virginia, y ese heroyco pecho
reviste del valor de una Romana,
que mira las desgracias con desprecio,
y sabe superar á rostro firme
aun de la muerte el horroroso ceño.

Acaban de entrar en la escena.

UN OFICIAL.

Compareced al punto, pues la audiencia
preparada está ya.

VIRGINIA.

Dioses! Yo muero.
Horror me causa este lugar! La sangre
en las venas se hiela! Que funesto
presagio me atormenta! Numitorio,
Publicia, defendedme del sangriento
atroz puñal que miro levantado,
que en mi inocente sangre su cruento
furor quiere cebar. Aparta.... Dioses!

NUMITORIO.

Qué dices!

PUBLICIA.

¡O dolor!

VIRGINIA.

Ayrados cielos!
estais tan irritados, que aun la muerte
de un padre no ha dexado satisfecho
vuestro enojo cruel! Que mi exîstencia
odiais tambien!

APIO.

Llegad.

VIRGINIA.

Sufrir no puedo
tu aspecto criminal. Mas será extraño,
Apio, que me horrorice, quando veo
en tí el autor, el pérfido asesino
que mi dolor produce!

APIO.

No con nuevos
insultos me provoques: obedece
mis mandatos al punto.

NUMITORIO.

Echado el resto
tendrás á su desgracia.... Ya lo indica
la confianza de ese lisonjero,
la osadia, y descaro conque mira
insensible el dolor, el desconsuelo
de esta infeliz. Mas teman los malvados
el rayo con que Júpiter supremo
amenaza.

MARCO.

Responde á mi demanda,
respeta el tribunal, y no dicterios
me dirijas.

VIRGINIA.

Con tanta indiferencia
quieres se mire el criminal proyecto,
hijo de la maldad mas inaudíta!
Un atentado bárbaro, fomento
de la prision de Icilio, y su condena!

De la muerte de un padre por los medios
mas viles y alevosos! Pues no miras
que conmovido tiene todo el pueblo!
Que la mas negra indignacion se advierte
delineada en su rostro!

APIO.

No gastemos
en palabras inútiles las horas.
Marco, si tienes que decir, á tiempo
estas de executarlo todavia.

MARCO.

A mi demanda que añadir no tengo.
Numitorio responda, si la impugna,
pues esto le compete como á reo.

NUMITORIO.

A que fin exîgir de Numitorio
respuestas á tu accion! No ha descubierto
tu maldad exêcrable y calumniosa!
No está patentizado el vil proyecto
tramado entre el Juez y demandante!
Pues á qué mayor prueba! Si el empeño
es triunfar del honor de esta Romana,
aquí la tienen sus verdugos fieros:
su infamia se decrete, y se consume
tanta maldad, un crimen tan horrendo.

APIO.

Numitorio, responde á la demanda
directamente al punto, ó mi decreto
terminará el juicio.

VIRGINIA.

Ay de mí triste!

NUMITORIO.

Nada respondo.

APIO.

Pues en tal supuesto....

PUBLICIA.

Quál será su sentencia!

VIRGINIO *dentro.*

Hija adorada!
tú en poder de asesinos! Abrid luego
libre paso á este padre sin ventura.

APIO.

Levantándose alterado.

Qué voz es esa?....

VIRGINIA.

Que confuso acento!...

NUMITORIO,

Ah! Virginia! Que oí: si es que tu padre!
Mas es delirio.

MARCO.

Amotinado el pueblo
corre á este sitio,

APIO.

Contened su furia....

Se mueve la tropa á contener al pueblo, y éste abre paso á Virginio y oficiales que le acompañan.

ESCENA VI.

Dichos, y VIRGINIO *se abre paso con los quatro oficiales que le acompañan por entre la tropa y pueblo concurrente: traen los rostros manchados de sangre que figurarán heridas.*

VIRGINIO.

En vano lo intentais.

APIO.

Dioses! qué veo! *A Marco.*

MARCO.

(Virginio vive!)

VIRGINIA.

Es ilusion!

NUMITORIO.

O dicha
inesperada! VIRGINIA.

Mateme el contento.

Corriendo al padre para abrazarle.

VIRGINIO.

Llega á mis brazos, hija idolatrada.
Llega, llega mil veces. En mi pecho
descanse el tuyo, y cobren nueva vida
dos corazones de amargura llenos.
Ya te defiende el brazo de tu padre.

VIRGINIA.

Pero qué heridas en tu rostro veo!

VIRGINIO.

Estas son las señales de la infamia,
que cometió un traydor que me esta oyendo.

APIO.

Cómo, Virginio, así!....

MARCO.

Todo es perdido. *á Apio.*

APIO.

No te acobardes, sigue mi despecho. *á Marco.*

VIRGINIO.

Amado Numitorio! Donde Icilio!...

VIRGINIA.

O triste padre!

NUMITORIO.

Aun este desconsuelo,
aun este dolor mas nos despedaza
el corazon.

VIRGINIO.

Qué dices!

NUMITORIO.

O tormento!

VIRGINIA.

En prision rigurosa... destinado....
A morir....

VIRGINIO.

Dioses !

APIO.

Decretada tengo *Con enojo.*
su muerte.

VIRGINIO.

Qué pronuncias ! O tirano !

APIO.

Y si Virginio no modera luego
su altiva condicion, tendrá igual suerte.

VIRGINIO.

Qué escucho ! O enojo ! O rabia ! Aun no contento
está tu sanguinario corazon ! O furias,
que me devoran ! Sufrirás, tú, pueblo
generoso, tan bárbaras perfidias,
delitos tantos ! Cómo me contengo
en mi insano furor. !

APIO.

Calla atrevido.
En Roma sin mis órdenes te veo !
Prófugo desertor, de esa manera
de la Milicia el sacro juramento,
la disciplina rígida quebrantas !
Tú sin órden expresa de Cornelio
á Roma vienes fugitivo ?

VIRGINIO.

En vano
me quieres abatir por tantos medios,
imputando tambien al honor mio
ese grave delito Estoy exênto
de tal borron. Virginio, sin licencia
de sus Xefes, jamas dexó el estruendo
de Marte. No te irrito fugitivo,
te irrita el ver que fueron tus intentos
iníquos malogrados. Mi presencia
te atemoriza, sí : ya considero
que tu vil corazon tiembla aterrado,

y confundido. El horroroso ceño
te abisma de la muerte que te cerca.
Esta es tu confusion. Estás temiendo
el enojo feroz de un padre ayrado,
á quien tu atroz, y tu villano intento
meditó asesinar en el camino,
por los mas viles, y alevosos medios.
Las sangrientas heridas que en mi rostro,
y en el de esos valientes compañeros
esculpió la perfidia mas infame,
dan nueva confusion á tu perverso
corazon criminal Ellas excitan
la rabia y el furor de todo el pueblo,
y á costa de ellas destrozados quedan
á tu pesar los asesinos fieros,
que corrompió tu iniquidad.

APIO.

Qué dices!
Impostor! Hás pensado por el medio
de imputarme delitos inventados
eludir mi justicia, y el severo
rigor de nuestras leyes! Pues te engañas.
Para despues patentizar reservo
esa infame novela, dirigida
astutamente á conmover el pueblo.

VIRGINIO.

Aun para replicarme valor tienes!
Aun el obscuro y tortuoso seno
de tu vil corazon halla recursos
para disimular! En tí el modelo
de la maldad se encuentra.

APIO.

Toda Roma
ve mi moderacion, mi sufrimiento,
impropio ya al oirte: pues debiera
tu orgullo castigar; pero pretendo
dar pruebas de piedad, que no mereces.

Mostrar procura las razones luego
que de Marco destruyan la demanda.
Esto te importa. El dice, que supuesto
fué el parto de Virginia, y que á su esclava
lo compró Numitoria Este es el hecho,
ahora responde si razones tienes.

VIRGINIO.

Capaz ha sido Marco.... (Yo estoy ciego!)
Mirando á Marco con indignacion.
de tan atroz calumnia!

MARCO.

La justicia
es quien ha de juzgar de mis derechos.

VIRGINIO.

Sí, infame, la justicia de los Dioses
te juzgará.

NUMITORIO.

Que osado!

VIRGINIO.

Ved suspenso
el rayo fulminante que te debe
convertir en cenizas. Ya comprehendo
hasta donde se extiende tu osadía
y descaro. Responda todo el pueblo.
Necesidad tendria Numitoria
de comprar parto en el regazo ageno
de una esclava naciéndola Virginia!
Aunque fuese infecunda, en tal supuesto
no hubiera preferido de una libre
Romana el hijo? Y cómo tal secreto,
de infinitas personas no ignorado,
oculto pudo estar tan largo tiempo?
De Roma las matronas principales,
que en ocasion del parto concurrieron,
y que vieron tambien lactar la hija
desde aquel dia en el fecundo pecho
de Numitoria, me serán testigos.

ROMANOS.

Notorio á todos fué su nacimiento.

MARCO.

Cómo así asegurais?

VIRGINIO.

Calla, malvado:
no me provoques.

APIO.

Guardese silencio,
Virginio, ya es preciso sepan todos
quantos me escuchan lo que en mí reservo,
lo que yo mismo sé, como instruido
por el padre de Marco: Este secreto
me reveló, ya próximo á la muerte.
Exâminé el negocio, lo hallé cierto,
despues, y comprobado: mas no quise
mezclarme en un asunto que era ageno
de mi inspeccion entonces; pero ahora
que el juicio ante mí, como supremo
magistrado de Roma está pendiente,
conforme á mi conciencia fallar debo.

VIRGINIO.

Y qué pronunciarás!

VIRGINIA.

(Ay de mí triste!)

APIO.

Que á Marco pertenece por derecho
el dominio absoluto de esa esclava.
Entréguese.

NUMITORIO.

O traicion!

VIRGINIA.

Dioses! Yo muero.

VIRGINIO.

Ved consumada la maldad mas fea.
Cómo entregar mi hija al mas perverso
de los mortales!

APIO.

Mi furor provocas
con tu tenacidad. Qué . los efectos
intentas suspender de mi justicia?
Los Lictores no ves? No ves que tengo
aquí los Legionarios prevenidos,
para hacer que respetes mis decretos?

ROMANOS.

No manches el honor de una Romana
en términos tan viles.

APIO.

Calle el pueblo.
Lictores, franquead al punto el paso,
y Marco de Virginia se haga dueño.
Los Lictores se mueven, y Virginio sale al paso.

VIRGINIO.

No acudais tan veloces al desdoro
de Virginia.

NUMITORIO.

O baldon!

VIRGINIA.

En tan funesto
lance, Dioses! valedme.

VIRGINIO.

Excelerado.
No á la torpeza de tu vil deseo
destiné yo á Virginia, ni á que fuese
su castidad y pundonor trofeo
de un impuro raptor. Sí para esposa
de un noble ciudadano. Tan horrendo
ultraje, si la plebe, y los patricios
dilatan castigar, será mi acero
bastante á confundirte.

APIO.

Temerario!
no me provoques mas. No loco, y ciego
quieras tu perdicion.

VIRGINIA.

Ah! mi adorada
Publicia!

APIO.

Arrebatadla.

A los Lictores y soldados.

VIRGINIO.

No! primero
me verás destrozado.

VIRGINIA.

No permitas
mi deshonor.

El pueblo se conmueve, y algunos Romanos desenvaynan las espadas.

NUMITORIO.

Repara en los aceros
desnudos que te cercan y amenazan.

APIO.

Cómo atrevidos!... tan atroz intento
Levantandose sorprendido.
contra mi autoridad!... Soldados, pronto:
castigad tal insulto: el desenfreno
abatid de la plebe: los traydores
atrevidos perezcan: al momento
corra Marco á entregarse de Virginia.

Los soldados ahuyentan al pueblo, y los Lictores, y Marco van á apoderarse de Virginia.

VIRGINIO.

Si un paso dais, infames, de este acero
Saliéndoles al paso con el puñal.
el filo probareis.

APIO.

Arrebatadla.

Animando á los soldados.

Entretanto que Virginio contiene á Marco, y á los Lictores, corre la tropa á la voz de Apio, y se apodera de Virginia.

VIRGINIA.

Padre mio! mi honor quedará expuesto
al antojo feroz de mis tiranos!

NUMITORIO.

Triste Virginia!

VIRGINIO.

Furias! qué estoy viendo!
Envilecida, afeminada plebe!
Romanos, así huis! cobarde pueblo!
que se puede esperar de tu flaqueza!

VIRGINIA.

Libradme, padre mio, á qualquier precio.
La vida con oprobio ya no es vida.

VIRGINIO.

Verdugos, apartad. No hay otro medio,
Corre ciego á su hija y la hiere con el puñal.
Virginia, en tal conflicto Tu pureza
conserve el filo de este agudo hierro.

APIO.

Barbaro!

VIRGINIO.

Ay de mí triste!

Corren Numitorio y Publicia á impedir el golpe, y cae Virginia entre los brazos de aquella al pie de las gradas del tribunal donde se sienta sosteniendola en su regazo.

NUMITORIO, *y* PUBLICIA.

Atroz desgracia!

APIO.

Prended á ese traydor.

VIRGINIO.

No ves, perverso,
temblar de mi furor quantos te cercan.

MARCO.

Huyamos.

Desamparando á Apio.

APIO.

Ah! cobarde, lisonjero,
que en medio del peligro me abandonas!

VIRGINIO.

Seguidle.

NUMITORIO.

Será víctima al momento
de mi espada.

Siguiéndole con algunos Romanos.

APIO.

Que haceis! Esos aceros *A la tropa.*
de tan bárbaro padre la fiereza
castiguen.

VIRGINIA.

O dolor!

VIRGINIO.

Huid, perversos
satélites infames!

VIRGINIA.

Padre mio!
que angustia!

VIRGINIO.

Amable hija!

VIRGINIA.

Pues que muero
libre de infamia, no te pese el golpe.
Iré gustosa á unirme á mis abuelos;
pero libra á mi esposo: no permitas
que perezca.

VIRGINIO.

El puñal que dexa ileso

tu pundonor, Virginia, de la negra,
de la criminal sangre está sediento.
Los Dioses infernales lo destinan
contra el indigno abominable pecho
de los traydores. Probarán mi rabia.

Dentro.

Muera el tirano.

Suena rumor de espadas, y huyen los Lictores y soldados.

APIO.

(Mi peligro es cierto.)
Así desamparais al Decemviro!

Huyendo precipitadamente, y Virginio le sigue con el puñal.

VIRGINIO.

Romanos, perseguidle. A los avernos
te seguirá Virginio si te ocultas.

Sigue el rumor de espadas.

ESCENA VII.

Virginia en los brazos de Publicia, y algunas Romanas que demuestran su dolor en las acciones.

VIRGINIA.

Las fuerzas ceden ya.

PUBLICIA.

Que desconsuelo!

VIRGINIA.

Ay, Publicia adorada! compañera
en mis desgracias!

dentro ICILIO.

Donde está mi dueño?

ESCENA VIII.

Dichas, y entran apresurados, ICILIO *sin manto,* VALERIO *y soldados con espadas desnudas.*

VIRGINIA.

Aquí la tienes en el trance amargo
de dar la vida, por guardar eterno
amor al amor tuyo.

ICILIO.

Mi Virginia,
en brazos de la muerte! Que estoy viendo!
Soberanas Deidades! Quién tu sangre
vertió atrevido? Dónde está el sangriento
homicida cruel?

Se arrodilla, coge de la mano á Virginia, y queda embargado en su dolor por un rato.

VALERIO.

Desventurada
Virginia!

PUBLICIA.

Dioses santos! Yo fallezco.
Tristes amantes!

ICILIO.

O mi amor! O golpe
atroz! O infame mano, que en el eterno
dolor me has sumergido!

VIRGINIA.

No: no culpes,
Icilio amado, el sanguinario acero...
No de otro modo.... pudo mi pureza....
Un padre conservar.... Contenta muero....
Virginia te ama.... Te amará en la tumba....
A Dios, Icilio.

ICILIO.

En tan amargo duelo
dexas abandonado al que te adora!
Al que solo en tí vive! Y valor tengo
aun para lamentarme! Y en pedazos
no sale el corazon! Dioses, que es esto!
De pérfido es sin duda, pues resiste.
Ayrados Dioses! Y vengar no puedo
tu desgracia! Ay de mí! Tu padre ha sido
quien tu hermosura marchitó! Quién fiero
partió tu corazon! Ah! mi Virginia!
Tú mueres! Yo estoy vivo! Y no te vengo!
Mueran los alevosos que ocasionan

Se levanta enfurecido.

tu desgracia. Seguidme compañeros.

Dan algunos pasos.

ESCENA IX.

Dichos, y entran NUMITORIO, VIRGINIO, HORACIO, *y tropa con espadas desnudas; pero se presentarán sucesivamante segun les toca hablar.*

HORACIO.

Adonde vas Icilio?

Entrando.

ICILIO.

A ser vengado,
á cebar mi furor, la rabia, el fuego,
que el alma me devora.

NUMITORIO.

Los traydores,

Entrando.

en mil pedazos quedan ya deshechos.

VIRGINIO.

Y sus impuras almas por mil bocas

arrojadas, caminan al averno.
Mas que digo!... O puñal!... Hija inocente!
Entrando y reparando en la hija se arroja á ella.
Unica prenda de mi amor. Que ciego
frenesí, que furor, que rabia, que ira
precipitó mi brazo!... Yo fallezco.

ICILIO.

Inocente beldad! Bárbaro golpe
Arrodillándose.
que tanto mal produxo! Brazo fiero,
inhumano puñal, infernal furia
que traspasó tu delicado pecho!
O padre sin piedad, que has marchitado
todas mis glorias! Mira el dulce dueño
de mi vida en el duro amargo trance.
Pero que digo! Mi Virginia ha muerto!
Ya no exîste! Las luces de sus ojos
se apagaron!

VIRGINIO.

No mas mi desconsuelo
aumentes con tus voces dolorosas.

ICILIO.

Como podré vivir! Dioses eternos!
si me falta la vida de mi vida!

VIRGINIO.

Calla, Icilio. O dolor! O furor ciego!
que en eterna amargura me has dexado!

HORACIO.

El llanto cese ya: cese el funesto
amargo lamentar. La patria es libre
de traydores. Los dioses dispusieron
esta venganza á costa de la vida
de una inocente virgen. No debemos
sus iras provocar. Pues que propicios
se manifiestan ya, vamos al templo,
á ofrecer reverentes nuestros votos
por la salud del lastimado pueblo.

LEONIDA,

ó

EL AMOR DESGRACIADO.

TRAGEDIA PASTORAL

EN DOS ACTOS.

Periculosum plenum opus aleæ
Tractas: et incedis per ignes
Suppositos cineri doloso.
HORT. CARM. *L.* 2. *Od.* 1.

REPRESENTADA EN ESTA CORTE EN EL AÑO DE 1797.

PROLOGO.

Parecerá acaso extraño el nombre que se da á esta fábula de Tragedia Pastoral, y por ventura se graduará de impropia del arte esta composicion : la misma extrañeza causaron los primeros dramas titulados Tragedias Urbanas, no conocidas por los Poetas de la antigüedad, y criticados por los modernos sin otro motivo que el de la novedad.

Querer limitar las acciones trágicas á cierto órden de personas y de sucesos, es una esclavitud. No solo los palacios y las ciudades ofrecen exemplos propios para conmover y purgar los ánimos, excitando la compasion y el terror, sino tambien las aldeas; porque donde quiera vive el hom-

bre, y en todas partes reynan las pasiones violentas, y aun hallándose en estas poblaciones contrapuestas á una mayor sencillez de costumbres, parece que resaltan mucho mas aquellas, y excitan mayor terror y lástima; y siempre que en estas composiciones se verifique el fin de la Poesía en general, que es imitar á la naturaleza instruyendo y deleytando, y el de la Dramática en particular, que es excitar algunos afectos, y purgar el ánimo, proponiendo exemplos de la vida humana, como acciones propias para instruccion de las buenas costumbres, no sé porque no ha de tener lugar en la escena una accion trágica entre pastores, si en su composicion se sostiene el carácter de las personas que la manejan, guardando la verosimilitud y lenguage que le es propio.

Creo que estas dotes se hallen bien manejadas en el presente Drama, en el

que no he hecho mas que seguir los pasos del inimitable ingenio que me ha suministrado la fábula, aunque variándola en los incidentes para verificar la integridad de la accion, y acomodarla al tiempo y lugar de la escena; y si no me engaño ha de surtir su representacion los mismos efectos que otro qualquier Drama trágico bien manejado: y sobre todo el público juzgará con imparcialidad.

ACTORES.

CRISALVO, *amante despreciado de*

SILVIA, *prima de Crisalvo, hermano de*

LEONIDA, *amante de*

LISANDRO, *amigo de*

LIBEO, *pastor de otra aldea.*

CARINO, *traydor, y falso amigo de aquellos.*

La escena pasa á la entrada y sitio inmediato de una aldea.

ACTO PRIMERO.

Valle hermoso, cercado de frondosas arboledas, entre las quales se descubrirá á lo léjos alguna casa rústica, y al costado del teatro habrá una fuente.

ESCENA PRIMERA.

Aparece LISANDRO *sentado en el borde de la fuente denotando en sus acciones impaciencia: mira hácia la aldea con inquietud, y levántandose dice:*

LISANDRO.

En este sitio me dixo
que le esperase : ya el tiempo
se va pasando y la hora
que señaló para vernos.
Quanto tarda! O corazon!
No desconfies, que el cielo
será piadoso, y dará
á tu pasion el remedio.
No dió á su prima esperanzas
de favorecer mi afecto?
Carino no se interesa
en que tengan mis deseos
cumplido fin? Sobre todo
no serán indicios ciertos,
ó Leonida adorada!
tus dulces ofrecimientos,
y el ver yo tu corazon
arder en el vivo fuego
que me consume?... No tardes,

Carino, pues sufre el pecho
con tu dilacion los males,
las angustias y tormentos
de quien pendiente la vida
tiene de un sí de su dueño.
Ah! si mi carta la hubiera
inclinado á mis deseos!
Entonces, quien tan feliz
pudiera ser! Mas que veo!

Mirando al camino de la aldea.

Carino llega.... El temor
y desconfianza el pecho
aflige siempre al que ama.
Pero que dudo ni temo?

ESCENA II.

LISANDRO *se adelanta á encontrar á* CARINO *que llega.*

LISANDRO.

Qué nuevas me das, Carino?
Habla, que pendiente tengo
de tus palabras mi vida.

CARINO.

No dudes ya de su afecto.
Este papel por su mano
anoche me entregó á tiempo
de despedirme.

LISANDRO.

Qué escucho!
Oh fortuna! Qué contento!
Mas dime: de su semblante
que has inferido?

CARINO.

Qué puedo
inferir, quando su alma

abrasada la contemplo
en tu amor?

LISANDRO.

Oh Dios! Qué dices?
Mas porque yo me detengo
en ver lo que escribe? Escucha.

CARINO.

Ya te escucho, y ve leyendo.

Lee el papel.

„Si no tuviese, Lisandro,
„ya conocido tu afecto,
„al ver tu carta pudiera
„culparte de atrevimiento.
„Eres noble: ya lo sé,
„enamorado y discreto,
„prendas todas que merecen
„el correspondiente premio.
„Yo por mi parte lo diera,
„pues que digno te contemplo
„de galardon superior;
„pero difícil encuentro
„que mis padres y parientes
„vengan gustosos en ello.
„De mi voluntad ya eres,
„Lisandro adorado, el dueño.
„Carino y Silvia, que tanto
„se han interesado en nuestro
„amor, allanar esperan
„de nuestros padres y deudos
„la enemistad; mas si acaso
„nó se consigue el intento,
„para ser tuya dispon
„con Carino y Silvia el medio
„de que se cumplan muy pronto
„nuestros votos, ó á lo menos
„sácame de tantos sustos,
„de que cercada me veo,

„ y avisa á tu enamorada
„ Leonida. Qué mas puedo
desear? O fiel amigo,
quanto á tus piedades debo!
con qué podré yo pagar
tu amistad? Llega á mi pecho,
llega.

Abraza á Carino estrechamente.

CARINO.

Lo que yo executo
qualquiera pastor hacerlo
debiera por un amigo.
Mutuamente nos debemos
auxîliar en los negocios
de la vida, y quando veo
que vuestro enlace podrá
producir bienes inmensos,
me pudiera yo excusar
á ser mediador en ello?
Qué mayor felicidad,
si llegan por este medio
á extinguirse los rencores,
las iras, y los eternos
odios, que en nuestras familias
la envidia fué produciendo,
y la ambicion de mandar,
enemigo vil y ciego
de la sosegada vida
y tranquilidad del pueblo?
Los rencores han llegado
á tal punto, que el remedio
solo será vuestro enlace,
pues no han podido vencerlos
las continuas mediaciones,
diligencias y consejos
de los prudentes ancianos
intercesores. Yo puedo

engañarme; pero el mundo
ofrece muchos exemplos,
que de estas parcialidades
un enlace es el remedio
entre jóvenes personas
de los partidos opuestos.

LISANDRO.

Oxalá que sucediese
así: pero mis rezelos
me quitan toda esperanza.
Es mi destino tan fiero,
que parece se conjuran
contra mí los mismos cielos.
Ay Carino!

CARINO.

No desmayes.
Las tempestades, los fieros
uracanes, aunque turben
á veces el universo,
siempre queda la esperanza
de encontrar seguro puerto
á todos los miserables,
que fluctuan en los riesgos.
Adonde está ese valor
invencible de tu pecho?
Se acabó, y la cobardía
tomó en su lugar asiento?
No, Lisandro: no hay motivo
para tal abatimiento.
¿Silvia y yo en favorecerte
no estamos, dime, de acuerdo?
Pues ella hará por su parte
quanto pueda, y mis desvelos,
continuamente empleados,
no en vano buscan los medios.
Parte a ver á Silvia, y sepa
de esa carta. Yo prometo,

que á vista de ella, las cosas
tomarán mejor aspecto.

LISANDRO.

Dices bien. Aquí me espera.
Sí, amigo: dar parte debo
de este papel á mi prima
Silvia: merece el deseo,
é interes que manifiesta
en que nuestro enlace efecto
tenga, que la participe
una expresion de mi dueño.

CARINO.

No te detengas.

LISANDRO.

A Dios.

ESCENA III.

CARINO *sigue con la vista á* LISANDRO *hasta que le pierde, y dice luego furioso.*

CARINO.

Desdichado! Que funesto
puede serte ese amor, cuyo
fruto esperas! No sosiego,
ni descanso. Oh envegecido
rencor! Oh activo veneno,
que el corazon me devoras,
vivas llamas encendiendo
de venganza! La ocasion
se prepara de que el fiero
corazon de dos rivales
enemigos satisfecho
quede. Oh vil y vergonzosa
pasion! Mas el duro pecho
no admite reconvenciones.
Este rencor, que en secreto

me devorá y martiriza
las entrañas tanto tiempo,
salga, qual mina encendida,
y venguese á un punto mesmo
de Crisalvo por la afrenta
que recibí, quando diestro
me venció ante las zagalas
y zagales en los juegos
y luchas, que hace dos años
en la aldea se tuvieron;
y de Lisandro en castigo
de los viles y siniestros
informes, con que deshizo
mi tratado casamiento
con Anarda, para que
se casase con Mireno
su hermano, quien de mi amada
hace dias que es el dueño.
Esto ha de ser: la desgracia
á los dos va dirigiendo
por las torcidas veredas
de mi designio. El veneno
quede oculto, mas la astucia
obre con fingido velo
de amistad. Pero aquí llega
Crisalvo: sabré sus zelos
encender contra Lisandro
y Silvia, de cuyo ceño
y desdenes desabridos
está el rigor padeciendo,
sin que súplicas, ofertas,
sacrificios, rendimientos
hayan podido alcanzar
ni aun el favor mas pequeño.

ESCENA IV.

CARINO *y* CRISALVO, *al llegar le coge la mano con interés, y la lleva al pecho.*

CRISALVO.

Carino, amigo!

CARINO.

Qué mandas?

CRISALVO.

Quantas gracias á los cielos
doy por hallarte!

CARINO.

Y en qué,
Crisalvo, servirte puedo?
Soy tu amigo, y....

CRISALVO.

Nunca dudo
de tu amistad, y en fe de ello,
siempre has sido de mis cuitas
el íntimo consejero.
Ya sabes, que la pasion
de amor con el mas acerbo
padecer me martiriza:
sabes las ansias, desvelos,
amarguras y fatigas,
continuos desasosiegos,
que de Silvia tu parienta
los desdenes en mi pecho
causan. Llego en ocasiones
á la demencia: no encuentro
alivio en tanto penar,
y solo busco remedio
en los arbitrios, que puedan
ofrecerme tus consejos.

CARINO,

Ay amigo! De tu suerte
sabes que me compadezco.
Tu situacion me lastíma;
mas como amigo no puedo
dexar de desengañarte.
(Pues la ocasion ahora tengo
de preparar mi venganza
será bien la aprovechemos.)

CRISALVO.

Qué te suspende?

CARINO.

Dudaba
en declararme....

CRISALVO.

Mi pecho
acostumbrado á rigores
á todo está ya dispuesto.

CARINO.

Pues atiende.

CRISALVO.

Ya te escucho.

CARINO.

En prueba de que yo tengo
en mas precio tu amistad,
que de Silvia el parentesco,
juzgo por indispensable
sepas, lo que á no estar ciegos
tus ojos de la pasion
amorosa, ha mucho tiempo
que en mil señales hubieran
conocido. Los extremos
de amor de Silvia y Lisandro
van ya tan al descubierto,
que Crisalvo solamente
puede ignorarlos.

CRISALVO.

Es cierto
lo que dices!

Se inmuta con la noticia.

CARINO.

No lo dudes;
y si cerciorarte de ello
pretendes, verás que Silvia,
sin empacho de su afecto,
hace galardon, y á todas
horas á los dos encuentro
juntos. Pero yo el amor
de Lisandro lo contemplo
emprendido solamente
por darte enojos.

CRISALVO.

Que es esto
que por mí pasa! Las iras,
y este volcan de los zelos,
que me abrasan, triunfarán
de tan fementidos pechos.
Ah! que trastorno, Carino,
en mis pasiones has hecho!
pues otro tanto que amaba
á Silvia ya la aborrezco!
En odio el amor trocado
se vé ya: solo deseo
la ocasion de la venganza.

CARINO.

Ahora, Crisalvo, el talento
necesitas. Disimula
las ofensas: arda el fuego
en la hoguera, mas el humo
no se vea.

CRISALVO.

Y dí, qué puedo
hacer?

CARINO.

Encubrir tu pena:
sigue astuto mis consejos,
persuadido de que yo
te seré fiel compañero
en tus designios. Ya sabes
la confianza que tengo
en casa de mi parienta
Silvia: todos sus secretos
me comunica: con arte
hace dias que pretendo
disuadirla del amor
de Lisandro: en este empeño
estoy metido, y hacer
pretendo el último esfuerzo,
para inclinarla y vencerla
á tu amor: al fin mis ruegos
puede ser que lo consigan;
mas si obstinado y resuelto
su corazon se negase,
entonces meditarémos
la venganza.

CRISALVO.

O si pudieses
convencerla de mi afecto!
Mi dicha fuera cumplida;
mas si obstinado su pecho
niega al mio todo alivio,
seré verdugo sangriento
de quien mi amor desatiende,
y de quien tantos desprecios
me ocasiona.

CARINO.

Dexa, dexa

á mi cuidado el empeño.
Búscame luego, y de todo
quanto ocurra por extenso
serás informado.

CRISALVO.

A Dios

CARINO.

El te guarde.

ESCENA V.

CARINO.

Pues dispuesto
el corazon de Crisalvo
á mis designios le tengo,
siga el ardid y la astucia
de vengarme, previniendo
los lazos, las asechanzas
para cumplir mis deseos.
Pero aquí llega Lisandro:
astucia, disimulemos.

ESCENA VI.

CARINO *y* LISANDRO, *que vuelve triste.*

CARINO.

Qué pronto has dado la vuelta!

LISANDRO.

Ha sido vano mi intento
de hallar á Silvia, pues dicen
que fué esta tarde al majuelo
del sotillo, en compañía
de Leonida y Libeo
su pariente, que en la aldea

vecina casó hace tiempo
con la pastora Amarili.

CARINO.

O quanto me lisonjeo
de esa noticia!

LISANDRO.

Por qué?

CARINO.

Si sale mi pensamiento
como medito, dichoso
puedes llamarte.

LISANDRO.

No entiendo
lo que dices.

CARINO.

Lo sabrás;
mas antes yo de Libeo
quiero el ánimo explorar.

LISANDRO.

Ya de oirte estoy inquieto.
Declara.... Dime....

CARINO

No pueden
ya tardar. Aquí esperemos.
El sol á bañarse corre
al mar con paso ligero,
y pues este es el camino
que han de traer, los podemos
aquí esperar.

LISANDRO.

Está bien;
mas no me tengas suspenso.
Declárate.

CARINO.

Lo sabrás.
A la orilla nos sentemos
de la fuente en esas peñas.

LISANDRO.

Soy gustoso.

Se sientan sobre una peña, y al punto se levantan.

Mas los ecos
escucho de una pastora
hácia esa parte.

CARINO.

El acento
se distingue ya. Sin duda
son ellas.

LISANDRO.

No lo dudemos.

Cantan dentro la siguiente letrilla.

Pastoras, pastores,
al prado acudid
á coger alegres
las flores de Abril.
Venid, sí, venid.
Gustad la fragrancia
que exhala el jazmin,
la rosa, azucena,
clavel y alelí.
Venid, sí, venid.

CARINO.

Ya llegan.

LISANDRO.

Que hermosa viene
mi Leonida! ó portento
de hermosura!

ESCENA VII.

Dichos, LIBEO, LEONIDA *y* SILVIA, *con canastillos de flores.*

LIBEO.

Vuestras vidas
haga felices el cielo.

CARINO.

El os haga venturoso,
pastor amigo.

LISANDRO.

Libeo
amado! sea señal
de mi amistad este estrecho
abrazo.

LIBEO.

Mi corazon
lo acepta. Llega á mi pecho.
Se abrazan los dos con estremada aficion.

LISANDRO

Pastoras, disimulad
si el júbilo y el contento
de saludar á un amigo
dilató que mis respetos
os rindiese. (Ay adorada
Leonida!)

SILVIA.

Tomad de estos
ramilletes.

CARINO.

Que graciosos!

LEONIDA.

Ten Lisandro.

LISANDRO.

Con que anhelo
esperaba la ocasion
de verte!

LIBEO.

Aquí nos sentemos.

Se sientan junto á la fuente Libeo enmedio, á su izquierda Leonida y Lisandro, y á la derecha Silvia y Carino.

LEONIDA.

Que largas son á quien ama
las horas!

LISANDRO.

Ya cobra aliento
mi espíritu, á quien anima
la luz de tus ojos bellos.

LIBEO.

Dichoso puedo llamarte,
Lisandro, amigo, pues veo
tu amor tan correspondido.

LISANDRO.

Mucho me dices en eso;
mas no soy tan venturoso.

LIBEO.

Qué dices?

LEONIDA.

Nuestro contento
no es cumplido.

SILVIA.

Son avaros
los amantes.

CARINO.

Ya los cielos
abrirán camino.

LEONIDA.

Como!

Ambos con interés.

LISANDRO.

Qué dices!

CARINO.

No estais resueltos
los dos á qualquiera empresa,
que se estime como medio
para que tenga cumplido
fin vuestro amor honesto?

LEONIDA.

Quien lo duda?

LISANDRO.

Las promesas
de esta carta son efecto
del espíritu que anima
su voluntad.

Leen la carta para sí Silvia y Libeo.

CARINO.

Y Libeo
está del caso instruido?

LIBEO.

Nada ignoro.

SILVIA.

Por extenso
hemos hablado esta tarde;
y aun por si pudiese diestro
hallar arbitrio al enlace,
con los padres he compuesto
de Leonida que en casa
quede esta noche.

CARINO.

Me alegro.

SILVIA.

Explícate.

LEONIDA.

Todo en vano
ha de ser, sino vencemos
que en ello vengan mis padres.

CARINO.

Esos son mis pensamientos,
y no dudo que se cumplan,
si me ayudase Libeo.

LIBEO.

Contad conmigo: yo estoy
pronto á todo lo que vuestro
discurso ordene: mi gusto
mayor en ser medianero
en vuestros gozos se cifra;
y oxalá que mis deseos
se cumplan como merecen
corazones tan honestos.

LEONIDA.

Con qué te podré pagar!....

LISANDRO.

Ah! dulce amigo!

LIBEO.

Yo el fuego
de amor he experimentado:
sé las ansias y tormentos
que padecen los que heridos
estan del dulce veneno,
que el corazon martiriza.
Si yo en el dia el incendio
que os abrasa padeciese,
quien duda que diera al cielo
gracias de hallar un amigo
que me ofreciese el consuelo?
Pues lo que en tal caso hiciera
otro por mí, debo hacerlo
yo ahora, y así propon.

LEONIDA.

(Ah! que nobleza)

CARINO.

En fé de ello
sabed lo que mi discurso
medita.

LIBEO.

Pues dí, que espero
impaciente.

CARINO.

Ya no está
por esta noche dispuesto
que Leonida en la casa
de Silvia quede? Podemos,
pues la ocasion favorece,
executar un proyecto,
y es, que tú mismo á tu casa *A Libeo.*
la conduzcas; pero esto
es preciso que se haga
con el sigilo y secreto
indispensable, antes que
Crisalvo llegue á saberlo,
pues estorbarlo pudiera;
y porque si á comprehenderlo
llega, sea ya despues
que esté en casa de Libeo,
es bien á la madrugada,
ó media noche emprenderlo.
En tu Aldea con quietud
bien pueden tener efecto
vuestras justas intenciones;
porque si de este suceso
de Leonida los padres
no se mostraren contentos,
estando ausente, será
mucho mas facil al menos
vuestras bodas concertar.

LIBEO.

Por mi parte soy contento.

SILVIA.

Me parece que no puede
discurrirse mejor medio.

LEONIDA.

De Lisandro, allá parientes
apasionados tenemos.

LISANDRO.

Todos prestarán gustosos
su mediacion.

LEONIDA.

Yo me temo
de mis padres y parientes
muchos rigores.

LISANDRO.

Con eso
das á entender poco amor.

CARINO.

Los peligros y los riesgos
vence el amante, y el que
nunca se arrostra á vencerlos,
da pruebas de que su amor
es tibio, ó que no es perfecto.

LEONIDA.

Pues si es así, no se diga
jamas que abriga mi pecho
cobardía; estoy resuelta.

LISANDRO.

Qué dices, amado dueño?
Eres contenta?

LEONIDA.

No dudes.
A tu voluntad me entrego:
aspiro solo á ser tuya,
y este es todo mi contento.

CARINO.

(Albricias, que mis designios
á medida van saliendo.)

LISANDRO.

O Leonida! pastora
adorada, cuyo exemplo
de constancia y de firmeza
excita en mí los afectos
del amor mas acendrado,
en que me abraso y me quemo!
Que eres mia?

LEONIDA.

Y de ser tuya
el solemne juramento
hago ante el Dios que sostiene
los astros del firmamento.
Ahora vengan sobre mí
borrascas, rayos, incendios,
persecuciones, rigores,
y quanto abriga en su seno
la desgracia, fiera envidia,
y el enojo vil y ciego
de todos quantos procuran
impedir nuestros contentos.
Nada me asusta, Lisandro,
que á todo está ya mi pecho
determinado, sí.

LIBEO.

Ahora
resta solo concertemos
la salida.

CARIÑO.

Esta será
á la media noche; tiempo
en que entregados ya esten
los padres de Silvia al sueño.

Tan cercana está la aldea
que en media hora podemos
á Leonida dexar
en la casa de Libeo,
quien para disimular
la salida, dirá luego
á tus padres, Silvia, como
tiene que ir sin remedio
de madrugada á su aldea.
Conviene salga primero,
y se adelante á esperar
en el valle del Almendro,
que allí puede incorporarse
con nosotros.

SILVIA.

Bien dispuesto.

CARINO.

La obscuridad de la noche
favorezca nuestro intento,
pues los nublados empañan
por todas partes el cielo;
pero es preciso en el caso
guardar el mayor secreto.

LIBEO.

Está bien.

SILVIA.

Mas que aviseis
á la hora, esto os advierto,
por la ventana, no sea,
que entregándonos al sueño,
se nos pase.

LISANDRO.

Sí: nosotros
vigilantes estarémos.

SILVIA.

Pues cuidado: por la puerta

de los carros nos saldremos,
y vámonos que ya es tarde.
A este tiempo irá obscureciendo lentamente.

LIBEO.

Zagales, guardeos el cielo,
Los dos
Id con Dios.

LISANDRO.

Pues que me llevas
el alma, adorado dueño,
sin espíritu ni vida
no me dexes mucho tiempo.

LEONIDA.

Si con tu vida yo anímo,
vive tú con la que dexo.

ESCENA VIII.

CARINO *y* LISANDRO.

LISANDRO.

Qué servicios bastarán
para un agradecimiento
á tu voluntad conformes?
Qué digo? Has echado el sello
con esta accion, ó Carino,
á la amistad, ó perfecto
amigo! ó lealtad
acendrada! ó vivo exemplo
de nobleza, que debiera
esculpirse en bronce eterno!

CARINO.

No me averguences, Lisandro.
Es propio de tu contento
exâgerar los servicios
de un amigo, que no ha hecho,
ni hará mas que lo que debe

hacer. Cuidado, que siendo
la hora me buscarás,
y á la aldea vamos luego.

LISANDRO.

Como gustes, pues las horas
se me harán siglos eternos.

CARINO.

(Ah! Lisandro, que desgracias
preparo á tu amor funesto!)

ACTO SEGUNDO.

Aparece noche obscura y tenebrosa: se oirán á lo lexos, y de tiempo en tiempo algunos truenos confusos, con relámpagos tímidos: la luna se descubrirá algunas veces entre nublados opácos, y el teatro representará la entrada de la aldea, adonde va á dar una ventana de la casa de los padres de Silvia.

ESCENA PRIMERA.

CARINO *mira con asombro la tenebrosa noche, y dice.*

CARINO.

Horror me causa tu vista,
ó tenebrosa, ó funesta
noche! Con tu semblante
melancólico repruebas
severamente delitos,
que medita una sangrienta
venganza. La misma luna,
iracunda allá en su esfera,
con triste y lúgubre aspecto
me parece que suspensa
dirige torvas miradas,
que el corazon me laceran;
y los roncos truenos que oigo
á lo lexos, acrecentan
los temores, que al culpable
sus miembros pasman y hielan.
Miserable condicion
de nuestra naturaleza!....

Mas ya despechado estoy,
y es tal mi altiva soberbia,
que desprecio todo aviso,
hasta que cumplida vea
mi venganza. Quando traygo
á mi memoria la ofensa
recibida, el corazon
se consume en una hoguera
infernal.... Pero qué sombra
por esta parte se acerca?
En voz baxa, y saca el cuchillo.
Quién va?

ESCENA II.

CARINO, *y entra observando* CRISALVO; *aquel le aguarda levantado el brazo en accion de herirle.*

CRISALVO.

Carino.

CARINO.

Es Crisalvo?

CRISALVO.

Yo soy.

CARINO.

(Corazon alienta.)
Volviendo el cuchillo á la cintura.
Impaciente te esperaba,
temeroso que Lisandro
llegase antes que pudieras
ser brevemente informado
de lo que ocurre.

CRISALVO.

Qué hay?

CARINO.

El escandaloso caso

que se executa esta noche
por Silvia: el hecho villano
de salirse disfrazada,
solamente de Lisandro
en compañia á la aldea
vecina.

CRISALVO.

Que escucho! Y quándo
piensan partir?

CARINO.

Brevemente.

CRISALVO.

Pues será el último plazo
de sus vidas miserables.

Con fiereza.

CARINO.

Baxa la voz, no seamos
conocidos. Luego que
de casa salgan, y al campo
se dirijan á tomar
el camino, iré volando
á darte aviso. De aquí
debes retirarte en tanto.

CRISALVO.

Pues en la ermita te espero.

Con inquietud dando algunos pasos.

CARINO.

No: detente.

Deteniéndole.

CRISALVO.

Qué me dices?

CARINO.

Otra cosa dispongamos.

CRISALVO.

Propon, que en executar
jamas hallaré reparo.

CARINO.

La hora ya se apresura.
Adelántate tú al prado
de la fuente del Almendro,
en donde esta tarde hablamos.
Pero no. (Qué digo? allí
Libeo estará aguardando
como se trató) mejor
es te quedes emboscado
un poco antes en el
copado monte.

CRISALVO.

Allí aguardo.

CARINO.

Por allí habrán de pasar;
tú entonces aprovechando
la ocasion....

CRISALVO.

Basta: no digas
mas, pues todo me abraso
en cólera, y me parece
que ya el vengativo brazo
descarga sobre sus pechos
traydores el acerado
cuchillo: verle quisiera
ya de su sangre bañado.

CARINO.

No tardes; pues la ocasion
se ha venido á nuestras manos,
no se pierda. La ventana
abren: acelera el paso,
que yo el primero seré
quien en Silvia el inhumano
cuchillo ensangriente de
su desenvoltura en pago.

ESCENA III.

CARINO *mirando á* CRISALVO *hasta que rece, y dice colérico.*

CARINO.

Ah! miserable pastor,
que de mi astucia engañado
te precipitas en el
mas bárbaro asesinato!
Que de pesares te aguardan,
quando sabido el engaño
no halles remedio al dolor
que causarán tus estragos!
Mirando ahora á la casa de Silvia dice:
Y tú, pastora, que incauta
como tórtola en el lazo
de mis viles asechanzas
vas á caer, ten el paso,
no apresures la desdicha,
que un amor desventurado
te acarrea.... No sé como
la misma tierra en sus anchos
y tenebrosos abismos
no me confunde! Aun ayrado
el cielo debiera ahora
abrasarme con sus rayos....
Ya la luna en su horizonte
el tiempo está señalando
de la execucion: me llego
á la ventana y las llamo.
Llega á la ventana, y llama con voz baxa.
Silvia... Leonida...
Silvia responde del mismo modo sin abrirla.

SILVIA.

Quién llama?
Es Carino?

CARINO.

El mismo: vamos
que es ya mas de media noche.

ESCENA IV.

CARINO *y* SILVIA, *que se asoma á la ventana.*

CARINO.

Pero sabe que Lisandro
no parece todavia.

SILVIA.

Hace, Carino, gran rato
que vino, y en practicar
un negocio está ocupado.

CARINO.

Qué negocio?

SILVIA.

Ten paciencia,
y lo sabrás. No tardamos
en salir.

ESCENA V.

CARINO *pensativo.*

CARINO.

Y quál será
la ocupacion de Lisandro!....
Si habrán trocado el proyecto
de como estaba trazado,
y se frustran mis ardides?...
Pero yo discurro en vano:

ya llegan, y se saldrá
de dudas y sobresaltos.

ESCENA VI.

CARINO, *y salen con reserva* SILVIA *y* LIBEO, *que trae de la mano á* LEONIDA.

LIBEO.

Carino.... amigo....

CARINO.

Aquí estoy.

LIBEO.

Anda, y no nos detengamos.

Van andando y los detiene Carino.

CARINO.

Deteneos.

LIBEO.

Qué pretendes?

CARINO.

Pues, y el amigo Lisandro
adonde está?

LIBEO.

A dar aviso,
sabe, que se ha adelantado
á mi casa. Ya estará
en el camino esperando.

CARINO.

(Qué escucho! Ya va perdido
el lance.)

SILVIA.

Dame un abrazo,
por despedida.

LEONIDA.

Sí: toma.

Se abrazan Silvia y Leonida con el mayor afecto y cariño.

Ay amiga! El dulce llanto
que vierto, tenlo por prueba
del amor mas acendrado,
y del dolor que me aflige
porque de tí me separo.

SILVIA.

El cielo piadoso quiera
sin dilacion consolaros,
á tan honestos amores
el galardon preparando.

CARINO.

(Y como podré enmendar
el error que se ha causado?)

LIBEO.

A Dios, Silvia.

SILVIA.

A Dios, Libeo.

CARINO.

(Mas así podré enmendarlo.)
Vé Libeo con Leonida
á la aldea caminando,
mientras á Silvia en su casa
dexo.

Caminan Leonida y Libeo hácia la aldea, y Carino lleva á Silvia á su casa.

SILVIA.

Carino, pues tanto
te interesas por el bien
de estos pastores, aguardo
que breve conseguirás
hacerlos afortunados.

CARINO.

Y entre tanto que mi intento
se consigue, no descanso.

ESCENA VII.

LIBEO *y* LEONIDA, *caminando muy despacio.*

LIBEO.

Anda pues.

LEONIDA.

La obscuridad
de la noche impide el paso.

ESCENA VIII.

Apenas se van ocultando en el monte LIBEO *y* LEONIDA, *vuelve* CARINO *inquieto.*

CARINO.

Consentir puedo que sea
Libeo sacrificado
al furor y la venganza,
que mi astucia preparado
habia tan solamente
á Leonida y Lisandro?
No merece este inocente
pastor tan severo hado.
Ah! vil corazon! Qué has hecho?
Ay miserable! Qué estrago
va á suceder!... Mas en que
me detengo, que no parto
á impedir esta desgracia?...
Me parece que ya el brazo
sangriento sobre su vida
habrá el golpe descargado...
Deten, Crisalvo, ese acero...
Pero qué dudo? A estorbarlo
correré por esta senda,
que mas corta llega al prado,

donde á sus vidas está
el término señalado.

Se entra en el monte con la priesa que permite la obscuridad.

ESCENA IX.

Teatro del acto primero: aparece LISANDRO *recostado sobre una peña, y dormido dice entre sueños.*

LISANDRO.

Deten, ó fiera inhumana,
ese voraz y sangriento
golpe... No esgrimas tus garras
en inocente cordero...
Que asombro!... O dolor! Qué hago
que no impido su violento
furor?... A qué aguardo?... Tente...
Despierta espantado y se levanta.
Mas que pavoroso sueño
es este, que ha lacerado
mi corazon y mi pecho?
Parecia que las peñas,
de la furia de los vientos
arrancadas, sobre mí
caían, y que su peso
me abrumaba, sin poder
articular un acento,
y en medio de este pesar
vi salir un leon fiero
del monte, y con sus agudas
garras á un manso cordero
arrebatar á mi vista:
que por librarlo, siguiendo
la fiera hasta el bosque, hallé

despedazados sus miembros...
Mas qué puedo yo inferir
de tan congojoso sueño?....
Podrá ser nuncio fatal,
ó presagio de funesto
acaso?... La misma noche
con relámpagos y truenos
me parece que se empeña
en afligirme!... Qué es esto?...
Si Leonida, mi amada,
habrá tenido algun riesgo
en su salida?... Pudiera....
y acaso el sueño funesto
será aviso que me invoca
á su amparo. Si contemplo
que ya es hora de que hubiesen
llegado, presumir puedo
algun desastre.

ESCENA X.

LISANDRO, *y* LEONIDA *dentro con voz lamentable.*

LEONIDA.

Ay de mí!

LISANDRO.

Que escucho! Turbado el pecho..
no sé que voz...

LEONIDA.

O Dios mio!

LISANDRO.

Estos lamentables ecos,
que el corazon me quebrantan,
de donde los trae el viento?
Escucha con atencion, y oye la voz que repite.

LEONIDA.

Vuela á mi amparo, Lisandro.

LISANDRO.

Ay de mí! Dolor acerbo!
No hay que dudar... es la voz
de Leonida.... O tormento
atroz! O dolor insano
que me traspasa!.... El violento
furor, que enciende mi enojo
me ciega.... O templado acero!
Saca el cuchillo.
O brazo ayrado! En menudos
pedazos será deshecho
el malvado, que atrevido
ofenda á mi dulce dueño.

Se entra en el bosque.

ESCENA XI.

Entra LEONIDA *pavorosa huyendo de su hermano* CRISALVO, *que la persigue para herirla, y no sabe donde ocultarse.*

LEONIDA.

Noche funesta! Que asombro....
O Dios! Ay de mí! Los cielos
me amparen... Triste pastor!...
O desgraciado Libeo!....
Víctima de la amistad
de un fementido!... que vuelcos
da el corazon consternado!...
Que horror!... Elados mis miembros
están sin accion... Adonde
me ocultaré? Dios Eterno,
amparadme! Desdichada

de mi! Ya el verdugo fiero
se acerca.

Al ver á Crisalvo que llega furioso, quiere huir y queda inmovil.

No hay quien amparo
dé á mi vida?... No hay remedio!...

CRISALVO.

Ya pagaste con la muerte,
vil amigo.

Saliendo, y dice al ver á Leonida.

De mi acero
no escaparás desenvuelta
muger.

LEONIDA.

Estoy sin aliento....
Dios mio!...

CRISALVO.

Suspende el paso,
infeliz.

Llega á Leonida, y la hiere con furor

Recibe el premio
de tus infames perfidias.
Muere, aleve.

Cae herida junto á la fuente.

LEONIDA.

Sempiterno
Dios de Justicia! suspende
tus iras... Ah! que te ha hecho,
Crisalvo cruel, tu hermana?

Al oir Crisalvo esta expresion queda inmovil, fixada la vista en Leonida, y embargada la accion, dice:

CRISALVO.

Qué escucho! Mi hermana? Cielos!
Estoy soñando, ó deliro?
Qué voz es esta? soy hielo...

LEONIDA.

No has respetado la sangre
de una hermana!...

CRISALVO.

O violento
dolor! tu mi hermana? Cómo!
Qué engaño es este! No acierto
á discurrir.... Es posible
que Leonida! ... Tan fiero
mi brazo ha sido!

Acercándose á reconocerla.

LEONIDA.

Ay ancianos....
tristes padres!...

Conoce que es su hermana, y se arroja á ella de rodillas.

CRISALVO.

Ese acento
traspasó mi corazon.
Dios mio! Ay de mí! Qué es esto
que me sucede? O traycion
infernal!... Cómo sangriento
verdugo soy de mi hermana!...

LEONIDA.

Y si no está satisfecho....
tu furor, de mi agonía....
acelera los momentos....
dolorosos.

CRISALVO.

Ah! no aumentes
mi pena, pues ya no puedo

sobrellevarla. Un infame
nos ha vendido!... Yo muero
al verte... O traycion ! O angustia!

LEONIDA.

Ah! Crisalvo !... Qué tormento!....
Tú mi verdugo !

CRISALVO.

Qué asombro !
calla, calla, pues el pecho
me despedazas... Perdona
mi error... Ay dulce embeleso
de tu hermano!... Y de unos tristes
ancianos padres espejo
de su querer!... Quando lleguen
á saber este suceso
lamentable, en que amargura
sumergidos los contemplo!...
Que cede tu triste vida
al riguroso y sangriento
golpe de mi brazo ayrado!...
Al mirarte desfallezco...
Míseros padres!... La hija
mas adorada!... A que extremo
me ha conducido el rencor!...
Cuitados padres! Qué acerbo
dolor, qué tormento insano
va á traspasar vuestros tiernos
paternales corazones!...
Y yo respiro y no muero
á la fuerza del dolor
que me penetra? O perverso
Carino, astuto y cobarde
pastor! Y en que me detengo
que no busco á tan aleve
vil traydor !

Se levanta furibundo.

Todo me enciendo
en rabia. Ay de mí! Perdona,
triste hermana.

LEONIDA.

No hay remedio...
Crisalvo, fuimos vendidos...
por un traydor... Yo padezco
inocente... A nuestros padres
consuela.

CRISALVO.

Y este sangriento
cuchillo, que nuestros males
causa, vengará violento
tu muerte. En la infame sangre
me parece que lo veo
ya bañado. En vano intentas
de mí huir: ni en el averno
pienses hallarte seguro...
Mas qué digo! y cómo puedo
desampararte en el trance
amargo!... Pero los cielos
miren por tí, que vengar
tu desgracia es ya primero.

Vase precipitado hácia la aldea.

ESCENA XII.

LEONIDA, *y* LISANDRO *dentro del monte.*

LISANDRO.

Adonde estás, mi adorada
Leonida? Adonde aquella
tu voz lamentable pudo
herir el viento? Renueva
tus suspiros: guiame
á tu amparo.

Al concluir estos versos entra Lisandro en la escena registrando el sitio.

LEONIDA.

Ay de mí!

Sorprehende esta voz á Lisandro, vuelve el rostro, y al ver á Leonida se precipita á ella.

LISANDRO.

O fiera
traycion! Que veo! Dios santo!...

Queda sin sentido por un rato: vuelve en sí, y expresa gradualmente la fuerza de su dolor.

Mi bien, qué desdicha es esta!
Anima mia!... O dolor!...
Quál fué la mano violenta
que no ha tenido respeto
á tu virtud y belleza?
En que te pudo ofender,
ah! fementida, ah! perversa
alma infernal, de mi amada
Leonida la inocencia
y ternura! O dura mano,
bárbara implacable y fiera!
A quién heristes? á quién?
A mi Leonida?... O acerba
dura afliccion!... Mi consuelo,
mi amor, mi dulce y mi tierna
esperanza ya acabaron...
Marchitada tu belleza,
será posible mirarla

sin que el alma desfallezca ?
Quién te ha herido ? Dilo, amada
pastora : qual fué la diestra
bárbara que á tal estado
te ha conducido ?... Tu lengua
embargada del dolor
á la palabra se niega ?...
Habla... Respira...

Abre los ojos, y hace extremos para hablar.

LEONIDA.

Ay, Lisandro !...
que lamentable y funesta...
fué de nuestro amor la suerte!...

LISANDRO.

Las palabras te se hielan
en el paladar?

LEONIDA.

No puedo...
Es muy penetrante y fiera...
la herida... Voy á morir...
pues las ansias postrimeras
me tienen desfallecida,
y ya se acaban las fuerzas.

LISANDRO.

Quién al ver alevosía
tan infame no se anega
en llanto y dolor ! No puedo
resistir... O dura pena !...
Será posible que vivo
quede yo, viendo que vuela
tu espíritu celestial
á las regiones etereas!
No puedo sobrevivir
á tanto mal... La fiereza
de mi tormento ya excede
mi flaca naturaleza...
Ay consuelo de mi vida !

mi adorada y dulce prenda!...
La coge con ternura una mano y la besa.
Aun el calor de tu mano
me da señales muy ciertas
de tu vida; vive, vive
mis amores... Considera
que yo tambien moriré
al verte sin alma... Alienta...
no me desampares, no...
Háblame... Ay Dios!... me dexas
sumergido en desconsuelo!
De parte á parte penetras
mi corazon... Un abrazo
dame.
Cogiéndola de los brazos desfallecidos.
Te faltan las fuerzas?...
Mi hechizo: recobra un tanto
el aliento... dí siquiera
para vangar tu desgracia
qual fué la mano violenta
que tu corazon ha herido.
Dimelo, sí: el pecho esfuerza...
No tardes...

Hace Leonida esfuerzos para hablar, y levantando la cabeza, que sostiene Lisandro, dice con mucha pausa.

LEONIDA.

Mi hermano... fué
mi verdugo... Las cautelas...
y astucias... del vil Carino...
lo causan... En paz te queda...
Libeo es muerto tambien...
A Dios.

LISANDRO.

Que miro!... Ya es muerta!...

Y yo vivo! y yo respiro!
Que tu hermano es quien lacera
tu corazon! Que Libeo
victima fué de su diestra
tambien! O Dios! Vil hermano!...
La misma naturaleza
se estremece, se conmueve
al escucharlo, y condena
tu infame accion... Ah! Crisalvo!
hombre cruel! De qué fiera
fuiste engendrado! Ay, zagala
querida! De esa manera
te apartas de mí! Detente...
no así huyas: considera,
luz de mis ojos, bien mio,
la orfandad en que me dexas...
Así, zagala, del triste
Lisandro infeliz te alexas!
No me dexes, no, no huyas
de mi llanto, y de mis quejas...
Que no hay remedio á tu mal!
Que para siempre te ausentas
de mi vista! O muerte! ó muerte!..
Mas podrá quedar exênta
del merecido castigo
esta bárbara tragedia!
No, no; me has dicho bastante
para que vengada seas.
Supremos astros, que atentos
escuchais estas querellas,
dad valor á este mi acero!...
Coge el cuchillo que habia dexado caer.
Arboles, prados, y peñas,
acompañad mi afliccion
en tempestad tan deshecha.
Podra negarse al dolor
quien en tal trance me vea!

No es posible... Pero qué
hago yo, que el alma ciega
al vil infame asesino
no busca! Mis miembros tiemblan
encendidos del furor
que me devora! O suprema
justicia! como no arrojas
desde las altas esferas
tus rayos abrasadores,
que consuman y disuelvan
los traydores en cenizas!
Oye pasos, se suspende, y dice en voz baxa.
Mas que oigo! Quién se acerca
á esta parte?

ESCENA XIII.

Entra CARINO *observando, y se dirige con paso lento hácia la fuente, siguiendole algo distante* CRISALVO: LISANDRO *le espera con el brazo levantado.*

CARINO.

Consumada
si habrá sido la tragedia!

LISANDRO.

(Ah traydor!)

CARINO.

Todo en silencio
está ya. Noche funesta,
que con tus obscuridades
me has descaminado en esas
colinas!
Se adelanta Lisandro dos pasos hácia Carino.

Mas hácia aquí
pasos siento. Oxála fuera
Crisalvo. Quién va?

CRISALVO.

(El te sigue,
traydor Carino.)

LISANDRO.

Mi diestra
el premio ya te prepara.

CARINO.

Crisalvo?... Responde.

LISANDRO.

De esta
manera yo te contesto ,
Se arroja furioso , y le hiere.
hombre vil.

CARINO.

Ah! Suerte fiera!
Ay de mí! Dios sempiterno!
Cae contiguo á Leonida.
perdonadme: mi protervia...
castigais...

CRISALVO.

Qué fiera mano
me venga?

LISANDRO.

Yo con la pena
que merecen los traydores.

CARINO.

Que congojas!

LISANDRO.

Y en las negras
y cavernosas entrañas
de los abismos le esperan
otros castigos mayores,
que merece su perversa
criminal alma.

CRISALVO.

La mia
aun no queda satisfecha.

Toma el cuchillo, adorada
hermana: tu mano yerta,
de mi impulso manejada,
ya que tu brazo no pueda,
entierrelo en ese pecho
aleve, y vengado sea
un delito, que de horror
pasma á los hombres y hiela.

Pone el cuchillo en la mano de Leonida, la impele con la suya, hiere á Carino dos veces, y despues dice:

CRISALVO.

Quién no llorará el exemplo
de esta bárbara tragedia?
A que funestos horrores
nos conducen las violentas
pasiones! Quando engañados
se abandonan y se entregan
los humanos corazones
á la venganza, no hay rienda
que los refrene, aunque estragos,
calamidades, miserias,
en castigo á los traydores
Dios justiciero reserva.

FIN.